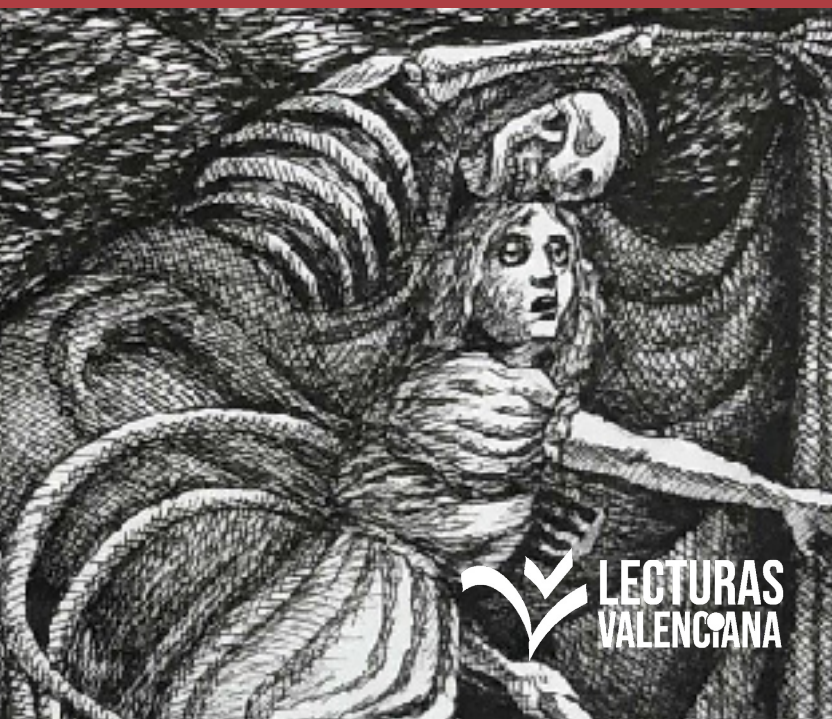


# EL NOCTURNO EN SOL (CHOPIN) Y OTROS CUENTOS

Rubén M. Campos

Edición comentada

*Alejandro Ramírez Medina*



LECTURAS  
VALENCIANA

*El nocturno en sol (Chopin)  
y otros cuentos*



**CÁTEDRA UNESCO**  
para la lectura y la escritura

UNIVERSIDAD DE  
GUANAJUATO



Ediciones  
Universitarias

COLECCIÓN LECTURAS VALENCIANA

16

EL NOCTURNO EN SOL (CHOPIN)  
*y otros cuentos*



Rubén M. Campos



Ediciones  
Universitarias



2023

## DIRECTORIO

---

Dra. Claudia Susana Gómez López  
*Rectora general*

Dr. Salvador Hernández Castro  
*Secretario general*

Dr. José Eleazar Barboza Corona  
*Secretario académico*

Dra. Elba Margarita Sánchez Rolón  
*Titular del Programa Editorial Universitario*

Dra. Teresita de Jesús Rendón Huerta Barrera  
*Rectora del Campus Guanajuato*

Dra. Claudia Gutiérrez Padilla  
*Secretaria académica del Campus Guanajuato*

Dr. Aureliano Ortega Esquivel  
*Coordinador de la Cátedra UNITWIN / UNESCO-MECEAL  
sede principal en México*

Dr. Miguel Ángel Hernández Fuentes  
*Director de la División de Ciencias Sociales y Humanidades*

Dra. Krisztina Zimányi  
*Secretaria académica de la División de Ciencias  
Sociales y Humanidades*

Dr. Andreas Kurz  
*Director del Departamento de Letras Hispánicas*

Dr. Felipe Oliver Fuentes Krafczyk  
*Coordinador de la Licenciatura en Letras Españolas*

Mtra. Flor E. Aguilera Navarrete  
*Coordinadora de la Colección Lecturas Valenciana*

*El nocturno en sol (Chopin) y otros cuentos*

Primera edición electrónica de esta Colección, 2023

D.R. © De los textos: los autores

D.R. © De las ilustraciones: los autores

D.R. © De la edición:

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Campus Guanajuato

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Departamento de Letras Hispánicas

Lascuráin de Retana núm 5, zona centro,

C.P. 36000, Guanajuato, Gto., México

La Colección Lecturas Valenciana es un proyecto editorial estudiantil de la Licenciatura en Letras Españolas que forma parte de la Cátedra UG/ UNESCO para el Mejoramiento de la Calidad y Equidad de la Educación en América Latina fundamentada en la lectura y la escritura.

Red UNITWIN/Cátedra UNESCO-MECEAL.

Diseño de portada: Flor E. Aguilera Navarrete

Grabado de portada: Julio Ruelas

Corrección: Flor E. Aguilera Navarrete y Alejandro Ramírez Medina

Maquetación: Alejandro Ramírez Medina y Flor E. Aguilera Navarrete

Diseño editorial: Flor E. Aguilera Navarrete

Coordinación editorial: Flor E. Aguilera Navarrete

ISBN: 978-607-441-728-9 (de la obra completa)

ISBN: 978-607-580-015-8 (del volumen)

Se autoriza cualquier reproducción parcial o total de los textos de la publicación, incluyendo el almacenamiento electrónico, siempre y cuando sea sin fines de lucro o para usos estrictamente académicos, citando siempre la fuente y otorgando los créditos autorales correspondientes.

Hecho en México • *Made in Mexico*

## CONTENIDO

### Presentación

*Flor E. Aguilera Navarrete* 15

### Sobre las ediciones

*Andreas Kurz* 21

### Advertencia editorial

25

### Estudio introductorio

*Alejandro Ramírez Medina* 29

### EL NOCTURNO EN SOL (CHOPIN)

#### Y OTROS CUENTOS

*Rubén M. Campos*

Krakowiak 61

Vuelo de nubes 67

El rey de copas 75

El supremo don 83

Flor y fruto 93

El dictado del muerto	101
Un egoísta	113
Cuento de abril	123
Pecado de amor	133
Cuento bohemio	145
¡A muerte...!	157
De Natura Rerum	167
Un noctámbulo	179
El nocturno en sol (Chopin)	193
Un suicidio	205
En el Chapala	215
Fuensanta	221
Clementina	233
El entierro de la sardina	245
Un cobarde	257
Rosamunda	271



**Rubén M. Campos**

*25 de abril de 1876-7 de junio de 1945*

*Fuente: Julio Ruelas. Revista Moderna,  
primera quincena de agosto de 1903.*

## PRESENTACIÓN

**L**a Colección Lecturas Valenciana inició como una simple actividad práctica de aula, con la finalidad de que los estudiantes experimentaran toda la cadena de producción editorial: desde la selección de obra, la curaduría, la corrección de originales, la preparación de material gráfico, la maquetación, la corrección de pruebas, etcétera. Sin embargo, la actividad se quedaba en un nivel técnico, por ello advertí la necesidad de que los estudiantes se involucraran en los procesos editoriales pero desde su formación literaria. Para mí, esto era una oportunidad magnífica para que, ya en su etapa final de formación académica, pusieran en práctica los conocimientos adquiridos durante toda la carrera. Además, me interesaba que se involucraran no sólo como actores secundarios de la producción editorial, que no generan material intelectual o que no toman decisiones. Más bien, me parecía de verdad trascendente que se sintieran la cabeza primordial de un proyec-

to, que se supieran capaces de tomar decisiones editoriales (como qué editar, cuánto editar, hasta dónde editar, bajo qué consideraciones específicas, etcétera), que entendieran que su participación en la edición significaba también poner en práctica su ideología, sus posturas estéticas, sus gustos literarios, su perspectiva crítica con respecto a nuestra propia cultura editorial y literaria. Es decir, que ejercieran la edición como un ejercicio cultural, como una actividad intelectual, con una actitud crítica que les ayudara a reflexionar sobre lo que significa editar obra literaria y la responsabilidad social que ello implica.

Así, hemos reflexionado no sólo sobre qué editar, qué textos seleccionar para transmitir a un determinado público lector, sino también hemos cuestionado las repercusiones de los procesos editoriales en la materialización de la literatura, pues reconocemos que la praxis editorial impacta en la transmisión literaria, en la canonización de los textos que ahora leemos. Sin duda, las decisiones que se toman durante esta etapa condicionan, de una u otra forma, la recepción de la obra literaria. Asimismo, ha sido una oportunidad para tratar de comprender el modo en que los proyectos editoriales han participado en la construcción de ideas, imaginarios, identidades o representaciones sociales y estéticas; y esto ha contribuido a visualizar el significado cultural de crear una colección editorial, reconocer que la edición influye en la formación de

gustos literarios, y que las colecciones funcionan como un programa de lectura que configura comunidades lectoras. Es decir, hemos tenido la oportunidad de entender nuestra literatura a partir de la experiencia editorial mexicana.

En este sentido, la Colección Lecturas Valenciana opta por un tipo de edición denominada *edición anotada* o *edición comentada*, de alta complejidad. Esto no quiere decir que sea complicada su lectura, de hecho se aspira más bien a la sencillez, pues son ediciones para públicos lectores en proceso de formación, sino que es compleja porque su proceso de producción requiere una ardua labor de investigación. La edición anotada busca la preservación de los textos, pero también el rescate de nuestro patrimonio literario, de nuestra cultura editorial. Por ello los estudiantes editores indagan, primeramente, en archivos hemerográficos, o bien, en distintos repositorios institucionales, para seleccionar algún texto o alguna edición de calidad, es decir, que mantenga una fidelidad importante con la obra original y con su autor; posteriormente transcriben el texto literario, lo cotejan, lo analizan en todos sus aspectos para definir los criterios y la metodología, y a partir de ello iniciar una investigación para ofrecer a los lectores, a modo de pies de página, una serie de notas que sirvan de apoyo o de guía para aclarar ciertos pasajes complicados o para definir palabras en desuso.



La finalidad es que el estudiante editor despeje posibles dudas del texto, solucione los problemas que plantea la obra: como dificultades textuales, lingüísticas, referencias eruditas y de contenido, etcétera, que pueden afectar la lectura. Las notas a pie de página que acompañan el texto, que buscamos sean el menor número posible, lejos de acribillar la obra, acompañan al lector, contribuyen a hacerle su experiencia de lectura más sencilla. Bajo este entendido, la Colección Lecturas Valenciana favorece la comunicación entre el lector y la obra, para que la lectura sea lo más completa, rica y precisa posible.

Estas ediciones también se caracterizan por ir acompañadas de un estudio introductorio y de una advertencia editorial, con el propósito de enmarcar la obra en su época determinada, porque el objetivo es hacer presente el texto dentro del panorama literario actual, asegurar su presencia dentro del contexto editorial. Sin duda, ello tiene una repercusión positiva en la recepción de la obra literaria.

Así, la Colección Lecturas Valenciana es un proyecto editorial con gran valor literario histórico y cultural, en tanto recupera el patrimonio intelectual nacional; es un espacio de formación académica con proyección didáctica, porque los estudiantes ponen en práctica lo aprendido durante toda la carrera, y de proyección social de gran trascendencia debido a que se busca formar un gusto literario y ampliar los públicos lectores. De esta forma el Departamento de Letras Hispánicas se compromete con la in-

vestigación literaria y con la sociedad, y yo, como coordinadora editorial de la Colección, me siento verdaderamente orgullosa de ello.

Flor E. Aguilera Navarrete

*Profesora y editora*

## SOBRE LAS EDICIONES

**E**n el mundo científico y académico se desarrolla, desde cientos de años, una discusión fastidiosa que, se escriba lo que se escriba, jamás terminará ni encontrará solución. ¿Las metodologías de ciencias duras y blandas se diferencian? ¿Las humanidades aportan conocimientos sólidos y duraderos? ¿Filosofía, literatura, historiografía y sociología son ciencia o no lo son? Estas preguntas resumen la discusión y, por supuesto, se trata de preguntas que son falacias porque no puede haber respuestas. El sentido común percibe las cuestiones que trata, por ejemplo, el estudio de las literaturas de regiones y épocas diversas como simple y vulgarmente inútiles, como vaguedades y pasatiempo de gente que se aburre. El sentido común no siempre acierta. El estudio de las literaturas genera un discurso que, en un mundo ideal, podría ser un regulador ético para otros discursos que sí son útiles y, porque son útiles, peligrosos: la técnica, la política, la física, la química, etcétera. Los estudiosos

de las literaturas podríamos decir —en nuestros libros, artículos, discursos y clases inútiles— que aún hay algo así como una responsabilidad ética, un ¡hasta aquí!, para las ciencias duras y los discursos que forman y moldean nuestras sociedades. Sin embargo, ya no sabemos qué nos da el derecho de sentirnos instancias morales. Tanto el comportamiento de la Academia, como nuestros estudios cada vez más metafísicos y vagos, cada vez más con base en teorías autorreferenciales, en postulados que sólo se explican a sí mismos, nos quitan este derecho. Urge que los estudiosos de literatura, filosofía e historia se reconcentren en objetos concretos, en libros, textos, manuscritos, documentos. Urge que aceptemos que nuestras disciplinas, como la física, la química y las matemáticas, antes de analizar y fraccionar, deben proporcionar datos, tener un corpus que se pueda estudiar.

La gran tradición y el bello arte de la edición de textos actualmente no tiene la posición destacada en nuestras universidades e instituciones que debería tener. Muchas veces basamos nuestros análisis y búsquedas de sentido en textos mal editados o manipulados, en textos que, antes de que se inicie el proceso de investigación, falsifican los datos que vamos a investigar. Al mismo tiempo, mucho de lo escrito en siglos pasados corre el peligro de perderse porque falta el editor paciente que lo rescate y lo presente en forma digna y confiable a los lectores e investigadores actuales.

En este sentido, hay que dar una acogida entusiasta al proyecto de la Mtra. Flor Aguilera y de sus estudiantes, un proyecto que, desde el aula, procura proporcionar esta base científica, los datos duros que también las ciencias blandas producen. Sin esta base no puede haber humanidades. Las ediciones presentadas en esta colección son un inicio y, más importante, una motivación para los estudiosos de las letras: sí se puede hacer ciencia, sí se puede ser útil ocupándose de cosas inútiles y bellas.

Dr. Andreas Kurz

*Director del Departamento de Letras Hispánicas*

## ADVERTENCIA EDITORIAL

La presente edición anotada, titulada *El nocturno en sol (Chopin) y otros cuentos*, que forma parte de la Colección Lecturas Valenciana, recupera la obra cuentística del escritor guanajuatense Rubén M. Campos, en su estética decadente y modernista. Se trata de una colección de veintiún cuentos publicados originalmente de 1898 a 1903 en la *Revista Moderna*, bajo la dirección de Jesús E. Valenzuela y la coordinación de Jesús Urueta, José Juan Tablada y G. de la Peña. Los números originales fueron consultados gracias a la Hemeroteca Nacional Digital de México (HNDM) y los impresos gracias al apoyo de Jorge Daniel Ciprés Ortega, jefe del Departamento de Servicios de Información de la HNDM. Se eligieron los cuentos de la *Revista Moderna* porque en ella se manifiesta la estética decadente y modernista de Campos; además porque fueron publicados en vida del autor, por tanto, es obra considerada legítima, pues representa la voluntad estética del autor.

Estos mismos cuentos fueron reeditados y antologados por Serge I. Zaitzeff en dos ediciones posteriores: una editada por el Gobierno del Estado de Guanajuato en 1983 con título *Rubén M. Campos: obra literaria* y la otra editada por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta) en 1998 con título *Cuentos completos, 1895-1915. Rubén M. Campos*. Sin embargo, la presente edición que se ofrece es distinta por las notas a pie de página que sirven de guía para los lectores en proceso de formación. Característica que la convierte en una edición anotada.

Con la finalidad de romper la posible distancia temporal de los cuentos, se hicieron ajustes de acuerdo con la normativa gramatical actual, pero se respetaron las marcas de época, como *hallábase, vosotros, meciála, llorece*, entre otros. Se ajustó el uso de mayúsculas, se eliminaron puntos suspensivos utilizados en exceso, ya que en muchos de los cuentos se utilizan puntos suspensivos en lugar de punto y aparte. También, para las oraciones exclamativas e interrogativas se colocaron signos de apertura en los lugares que se logró identificar; en aquellos que no se logró identificar, optamos por no colocar el signo de apertura, pero sí dejar el signo de cierre. Estos criterios los tomamos de la experiencia de los editores críticos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

La finalidad de las notas a pie de página es aportar información semántica, léxica, histórica y cultural para el mejor entendimiento de la obra. Campos

hace muchas referencias al mundo griego y latino, acerca de la mitología, corrientes filosóficas y personajes históricos, también referentes culturales, distintas festividades, obras de arte (pinturas, esculturas y piezas musicales) y diversas personalidades de la literatura. Para ello se utilizó el *Diccionario de la lengua española*, *Diccionario panhispánico de dudas*, *Tesoro de los diccionarios históricos de la lengua española* de la Real Academia Española y el *Diccionario de americanismos* de la Asociación de Academias de la Lengua Española. Para las referencias cultas se buscó en bases de datos o directamente con la obra referenciada en cuestión. Las traducciones del latín estuvieron a cargo del Mtro. Francisco Antonio Rivas Castañedo.

Además, se agrega un estudio introductorio que ofrece el contexto social, político, cultural y literario del autor, datos biográficos, y se traza un camino de interpretación de la obra para un mayor entendimiento.

Las imágenes utilizadas en la portada y la máscara de Rubén M. Campos fueron editadas y recordadas por Josthin Ali Cárdenas Pérez, se agradece su valioso apoyo.

Se espera que esta edición anotada cumpla su cometido, que los lectores la disfruten y conozcan a Rubén M. Campos en su etapa de mayor creación cuentística, que aparte la visión del político-académico y en su lugar destaque el espíritu juvenil del bohemio, romántico y decadente guanajuatense.

## ESTUDIO INTRODUCTORIO

### MODERNISMO Y DECADENTISMO

**P**ara acercarnos a la obra de Rubén M. Campos, en especial a los veintiún cuentos extraídos de la *Revista Moderna* que forman parte de la presente edición anotada, debemos entender los conceptos *modernismo* y *decadentismo*. Fueron dos corrientes literarias que se desarrollaron en el México del siglo XIX. Andreas Kurz, en su artículo “El desarrollo de la literatura nacional mexicana después de 1867. El proyecto liberal de Altamirano: una zona de contacto decimonónica”, nos da contexto sociohistórico, para después ofrecernos el contexto literario. Señala que era un tiempo aciago para las letras mexicanas: sucedió la Guerra de Reforma (1858-1861), entre liberales y conservadores, donde sufrimos la pérdida de dos escritores, Juan Díaz Covarrubias y Manuel Mateos, en la masacre de Tacubaya el 11 de abril de 1859. Al respecto, comenta Kurz:

Las novelas de Díaz Covarrubias, *Gil Gómez el insurgente* (1858) y *El diablo en México* (1860), habían indicado la superación de una estética romántica ya caduca y empezado a trazar un camino hacia la aplicación de nuevos modelos de corte realista e incluso decadentista dominados por la autoconciencia irónica de los narradores [...]<sup>1</sup>

Otra cuestión que azotó al país fue la Segunda Intervención Francesa durante el gobierno de Benito Juárez (1862-1867) y la resistencia republicana contra el Segundo Imperio de Maximiliano de Habsburgo impuesto por Napoleón III. Ello provocó el afrancesamiento en las letras mexicanas.

Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), después de los conflictos bélicos y de la dispersión de la cultura escrita, tomó el control de las letras mexicanas e inició un proyecto de “literatura de aparente compromiso social”.<sup>2</sup> Se buscó el patriotismo en la literatura, que fuera pedagógica y nacionalista, obviamente ilustre y llevada por la élite intelectual para educar al pueblo. Altamirano insistió en una “épica” mexicana, al modo de la antigua Grecia con su *Ilíada* y *Odisea*, por supuesto, artificiosa e histórica. El proyecto nacionalista de Altamirano no estaba nada mal, pero fueron sus alcances e ideales los que lo ter-

---

<sup>1</sup> Kurz, 2022, pp. 15-16.

<sup>2</sup> Kurz, 2022, p. 16.

minaron por derrumbar y convertir a su literatura en anticuada u obsoleta, a diferencia de lo que su contraparte, Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), ya estaba trabajando en la Ciudad de México, quien:

[...] en 1878 puede generar un juicio crítico positivo que se basa exclusivamente en el valor estético y artístico de una obra y relega su contenido ético o patriótico a un lugar irrelevante.<sup>3</sup>

Con Gutiérrez Nájera empezó el modernismo en México, corriente que apeló por una modernidad en las letras mexicanas que vino de una influencia romántica proveniente de Europa. Entre ellos, Charles Baudelaire, Lord Byron y diversos poetas románticos alemanes. Se hizo una infusión de los temas con el nacionalismo y se trasladó al lenguaje de Latinoamérica. Kurz lo describe así:

La literatura como discurso subordinado a la política y la pedagogía cede su lugar a una literatura evasiva con pretensiones marcadamente artísticas, una literatura universal y autónoma.<sup>4</sup>

Con el modernismo en boga, sólo era cuestión de tiempo para que la nueva corriente que se gestaba

---

<sup>3</sup> Kurz, 2022, p. 31.

<sup>4</sup> Kurz, 2022, pp. 36-37.

en Latinoamérica encontrara su pico más alto y, por supuesto, su faceta más radical. Es obligatorio mencionar que en 1888 se publicó *Azul* de Rubén Darío, que fungió como estandarte para el modernismo. Se trata de un libro de cuento y poesía, tanto en verso como en prosa.

Los textos comenzaron a ser metafísicos, estéticos y decadentes, rumbo a la poesía maldita de los franceses. Se abordaron temas como el suicidio, la enfermedad, las injusticias laborales y sociales, también hubo un rescate y referencialidad a figuras del mundo clásico. En *Azul* ya estuvo establecido el modernismo, sólo hizo falta un desliz por parte de los escritores para que esta literatura que se pretendió estetizante llegara a ser de mal gusto o incluso censurable para lo éticamente correcto en el siglo XIX. Esto provocó que en 1893 ocurriera algo que Juan Pascual Gay llamó “la primera polémica decadentista”. Ese año, en el periódico *El País* se publicó “Misa negra” de José Juan Tablada (1871-1945), poema satirizante donde se comparó el acto sexual con la celebración de una misa. El escándalo que provocó el poema fue motivo de censura y mucha crítica por parte de los medios periodísticos. La respuesta que dio Tablada fue referirse a su poema como decadentista. Sobre esto apunta Pascual Gay:

El hecho de que Tablada empleara el término *decadente* hay que entenderlo como una estrategia para diferenciarse del grupo de Gutiérrez Nájera

[...] no sólo heredaba la estética que recientemente comenzaba a llamarse ‘modernista’ sino que extremaba sus premisas literarias [...]”<sup>5</sup>

Carlomagno Sol Tlachi continuó la idea:

El Decadentismo fue una reacción contra la modernidad, vertido en la constante búsqueda del poeta por la renovación creativa, desarrollada, de preferencia, en la atmósfera de la bohemia.<sup>6</sup>

El decadentismo en México se volvió un espacio para la bohemia, una que compartió Rubén M. Campos junto con otros escritores, incluido Tablada. Se sabe que Rubén M. Campos, por las fechas en que se trasladó a la Ciudad de México e inició sus primeras publicaciones en periódicos, entró tarde a la corriente decadentista. Por lo que, si hablamos de un estilo de Campos, por los menos en los cuentos de la *Revista Moderna*, hay una línea muy difusa. Es difícil definir a los autores finiseculares, como también se les conoce, ya que estuvieron en el cambio de siglo XIX al siglo XX. Carlomagno Sol Tlachi comenta que “no todos los modernistas fueron decadentistas, pero sí todos los decadentitas fueron modernistas”<sup>7</sup>

---

<sup>5</sup> Pascual, 2012, p. 302.

<sup>6</sup> Sol Tlachi, 2011, p. 95.

<sup>7</sup> Sol Tlachi, 2011, p. 97.



Es una aseveración poco creíble, ya que hubo autores de la bohemia que directamente estudiaron a los poetas franceses y no a los modernistas latinoamericanos. La raíz que nació torcida en Europa buscó el individualismo lírico de los bohemios; por ejemplo Bernardo Couto Castillo (1880-1901), muerto joven, dejó una obra enteramente decadentista. Se entregó a los placeres y a los excesos, a la vida artística y a la creación de cuentos al estilo de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant. Tablada, por igual, aunque un poco más exótico; su poema “Misa negra” tiene una temática blasfema, pero el poema que mejor pintó el decadentismo es “Ónix” por los siguientes versos:

Fraila, amante, guerrero, yo quisiera / saber que  
obsuro advenimiento espera / el infinito amor de  
mi alma, / si de mi vida en la tediosa calma / no  
hay un Dios, ni un amor, ni una bandera.<sup>8</sup>

Regresando a la polémica que el decadentismo originó, existieron respuestas algo contrariadas sobre esta nueva forma de arte y de vida, porque el decadentismo es inmanente a la vida bohemia. Victoriano Salado Álvarez (1867-1931), político, autor y crítico literario mexicano, fue contemporáneo del modernismo y es considerado un gran detractor de este movimiento. Él abogaba por una idea del po-

---

<sup>8</sup> Tablada, 2008, p. 13.

sitivismo en las letras, entonces la llegada del decadentismo cayó como balde de agua helada sobre él. Redactó algún número de cartas, dirigidas a Jesús E. Valenzuela (1856-1911), director y fundador de la *Revista Moderna*, y a algunos escritores que publicaron en la revista, para referirse de un modo despectivo al modernismo y al decadentismo: los atacó por la falta de moral, de originalidad, los tachó de imitadores de los franceses, de complejos hasta el punto de que la élite los rechazó, de hacer que los poco versados dudaran de su época y su nacionalidad:

Es decir, que obran ustedes á manera de las niñas de las escuelas, que reciben de París el cañamazo, el estambre con que han de bordarlo y el dibujo que han de reproducir, y cuya tarea se reduce á saber cuántos puntos de la cuadrícula han de llenar para obtener un pájaro estrambótico ó una flor apelmazada.<sup>9</sup>

Para Victoriano Salado Álvarez, el mayor problema fue la pérdida del nacionalismo y, sobre todo, la del ser políticamente correcto en la sociedad. Los decadentes no fueron enteramente anarquistas, sin embargo dependieron de su individualidad ante el mundo, su arte en algunas ocasiones iba en aras del hartazgo de la civilización, de la “falsa modernidad”

---

<sup>9</sup> Salado Álvarez, 1899, pp. 4-5.

en la que sólo encontraron la bohemia. Otro problema fue la libertad estética, pues los decadentes experimentaron con la belleza enferma, cruel y sanguinaria. Salado Álvarez dijo que el modernismo no hubo alcanzado “una verdadera belleza”. Por otro lado, los decadentes eran “extravagantes y faltos de seso”.<sup>10</sup> Finalmente, algo les agradeció a los decadentes y fue que dejaron la enseñanza de no ser como ellos. En una carta que dirigió a Valenzuela, concluyó:

Yo no negaré que la obra decadentista en México traiga el resultado de enriquecer ó mejorar el diccionario [...] Pero estos imitadores serviles, á cambio de haber inventado cuatro frascitas y adaptado alguna combinacioncilla nueva á la índole del idioma, tendrán sobre sí el cargo formidable de haber condenado la literatura nacional, que ya vestía la toga pretexta, á permanecer envuelta en pañales por luengos años.<sup>11</sup>

Es importante el reconocimiento de los opositores en la gran polémica que suscitó el decadentismo para generar un juicio propio. No todos eran partidarios ni opositores. La visión de Salado Álvarez era amarga, pero sincera. El decadentismo fue una protovanguardia que se alejó del canon estético

---

<sup>10</sup> Salado Álvarez, 1899, p. 30.

<sup>11</sup> Salado Álvarez, 1899, p. 30.

propuesto por Altamirano, eran hijos del hastío y de Edgar Allan Poe.

Rubén M. Campos fue tanto modernista como decadentista, de ambas escuelas aprendió y se desarrolló bien. Los veintiún cuentos quedan a consideración de los lectores. Con lo dicho líneas arriba, cada uno podrá desarrollar su interpretación hacia qué es lo modernista o decadentista, descubrir el cuento bello y el cuento terrible.

#### VIDA Y OBRA

Rubén Marcos Campos Campos, mejor conocido como Rubén M. Campos, fue un guanajuatense ilustre: escritor, poeta, musicólogo, diplomático y docente. Perteneció a la bohemia que surgió en la Ciudad de México del cambio de siglo bajo el régimen del porfiriato. Fue músico apasionado y un escritor comprometido con el cambio estético de la nueva literatura mexicana cobijada por los ideales nacionalistas impuestos por Ignacio Manuel Altamirano.

Serge I. Zaitzeff, gran estudioso de la obra de Rubén M. Campos, aportó datos biográficos concisos: nació en Valle de Santiago, Guanajuato, en 1871 (el año varía según la fuente), quedó huérfano de padre a muy temprana edad, lo que llevó a su madre a criarlo sola en San Pedro Piedra Gorda, hoy ciudad Manuel Doblado. Luis Felipe Pérez Sánchez anotó que Campos estudió con el presbítero Ramón

Valle, sacerdote, dramaturgo, poeta y militar, presidente de la Arcadia Mexicana, del que “recibió una excelente preparación clásica”.<sup>12</sup> En 1882, murió su madre y pasó al cuidado de sus tías, volviéndose a trasladar ahora a la ciudad de León. Con 11 años de edad, el infante Rubén pasó al cuidado de otro presbítero, Arcadio Barajas, quien tuvo una escuela de música, lugar donde terminó por definirse quién sería Rubén M. Campos. Es en 1890 cuando el veinteañero Campos abandonó los llanos y cerros guanajuatenses para internarse en la cosmopolita Ciudad de México, buscando una carrera literaria y el nicho predilecto de donde parten los que buscan el mismo oficio: el periodismo.

Es en 1895 cuando, en la gran urbe, se le puede leer en el periódico *El Demócrata*, donde escribió poesía, cuento, crítica y semblanza. Al cierre de este periódico, en 1895, pasó a ser redactor en el periódico *El Nacional*, donde se le vio con más periodicidad escribiendo artículos. Para 1896, se lee un poema del guanajuatense en la revista más prestigiosa del momento: la *Revista Azul*, fundada por el ya mencionado poeta modernista Manuel Gutiérrez Nájera. Publicó el poema “A Manuel Gutiérrez Nájera”, donde vuelve etérea la figura del “príncipe del arte”, como Campos le llamaba a Gutiérrez Nájera.

---

<sup>12</sup> Pérez, 2021, p. 11.

Campos dejó su obra dispersa en varios periódicos de la época: colaboró en *El Mundo* y *El Mundo Ilustrado* en 1896 y en el diario *El Nacional* en 1897. Fue en 1898 cuando inició su mayor etapa de creación literaria, con composiciones más complejas y mejor logradas, apuntaladas hacia el decadentismo, y es entonces cuando se vuelve uno de los fundadores de la *Revista Moderna*.

Serge I. Zaitzeff hace una distinción de dos etapas de la obra de Rubén M. Campos, y éstas se pueden mediar a través de sus publicaciones en el periódico *El Nacional* y la *Revista Moderna*. Ambos suplementos contaron con basta obra de Campos y dieron cuenta de su transición como escritor.

La primera etapa se encuentra en *El Nacional*, donde sus cuentos iban enmarcados en una poética regionalista, de matices completamente mexicanos, con personajes campesinos, atmósferas desérticas, de plazuelas y cerros, y al modo de un Horacio Quiroga planteaba situaciones donde el humano se enfrentaba con la naturaleza y ésta siempre salía victoriosa, dejando alguna secuela, trauma o muerte en los desafortunados protagonistas. Los finales tremendistas siempre fueron los predilectos de Campos. En 1898, *El Nacional* editó un libro que reunía distintos cuentos publicados en los números periódicos bajo el título *Cuentos mexicanos*. En él podemos leer “Noche horrenda” (que no se halla en esta edición anotada), donde relata la historia de un mendigo que recuerda la muerte de su mejor amigo

mientras paseaban por los cerros de Guanajuato; en su caminata se encuentran con un toro que los ataca, matando a uno y dejando al otro ciego y “convertido en un idiota”.

La segunda etapa en la obra del vallense quedó cristalizada en la *Revista Moderna*, específicamente la que abarcó el periodo de 1898 a 1903, primer momento de la revista. En ella se pudieron leer cuentos enteramente decadentistas y modernistas, sobre la frontera que divide ambas corrientes estéticas, donde ambos términos se pueden confundir fácilmente. Luz América Viveros Anaya (2019) apunta que la *Revista Moderna* iba en aras de la “libertad estética”, aunque la propuesta era osada, amoral y corrosiva. Los cuentos que escribió Campos se volvieron más violentos y románticos, cargados de ornato y referencias al mundo clásico. Abandonó los llanos por las calles húmedas y frías de la ciudad, las plazuelas por los bares y los cerros por torres de inmensas catedrales. El enemigo ya no era la naturaleza, ahora era el amor, pero el corrupto, venenoso y traicionero, como se puede leer en el cuento “Un suicidio”, donde un hombre jura su suicidio, ya que su amada lo traiciona. El protagonista asciende al campanario de una iglesia y amenaza con lanzarse. La mujer lo incita al suicidio y el resto de los presentes intentan detenerlo. El enamorado, enfrentado con su propia psiquis, invoca criaturas infernales, y al igual que el protagonista anterior del cuento, éste termina “perfectamente loco”.

Rubén M. Campos concluyó su participación en la *Revista Moderna*, pero no su trabajo literario y musical, pues al unísono que escribió cuentos decadentistas y modernistas con vastas referencias musicales, con predilección hacia los pianistas, en 1902 compuso la ópera *Zulema*. Sus afinidades musicales lo llevaron a participar en distintas revistas especializadas de la época, entre las que se encuentran: *Gaceta Musical*, *México Musical* y *El Boletín Latinoamericano de Música*. En 1919, el guanajuatense fundó su propia revista musical, aunque sólo duró un año, hasta 1920; se llamó *Revista Musical de México*, la dirigió junto a Manuel M. Ponce (1882-1948), pianista y compositor de música romántica en México. La revista se volvió un documento histórico sobre el gusto y la crítica musical de su tiempo. En ella participaron grandes intelectuales como José Vasconcelos, Enrique González Martínez, Pedro Enríquez Ureña, entre otros.

La primera novela de Rubén M. Campos, titulada *Claudio Oronoz*, apareció en 1906. Una obra que se gestó desde sus composiciones narrativas en la *Revista Moderna*. La novela trata sobre la vida de un joven, Claudio Oronoz, héroe romántico por antonomasia: ateo, refinado, de familia rica, ávido de experiencias sexuales y artísticas, con una enfermedad fatal que terminará con su vida a muy temprana edad. Gran parte de la obra se ubica en la Ciudad de México del cambio de siglo. El nombre Claudio Oronoz ya había hecho aparición en algunos textos

de Campos, sobre todo en los de temática bohemia, como en el relato “Cuento bohemio”, donde Oronoz tiene una charla despreocupada sobre mujeres, licores y presume sus conocimientos del latín. El cuento “En el Chapala”, que apareció en la *Revista Moderna*, es un pasaje en la novela *Claudio Oronoz*. Este cuento narra el paisaje del lago de Chapala ubicado en el estado de Jalisco. Quien lea el cuento y después la novela encontrará prácticamente las mismas descripciones y sensaciones sobre el lago.

En 1908 se casó con Teresa Arechavala, con quien tuvo una hija: Berenice Campos Arechavala. El matrimonio duró poco, ya que en 1911 falleció su esposa.

En 1910 comenzó un momento tenso para el estado mexicano: inició la Revolución Mexicana, y Rubén M. Campos tomó partido en la denominada Guerra de Facciones. Conocemos la historia: se buscó derrocar a Porfirio Díaz después de más de treinta años en el poder. Madero tomó la Presidencia. Los que fueron sus aliados se levantaron en su contra persiguiendo “los ideales de la patria”. Esto provocó que se formaran las distintas facciones, y el Estado de México se fragmentó en zapatistas, orozquistas, villistas, entre otros. En 1913 sucedió la Decena Trágica y Victoriano Huerta subió al poder; como contrarrespuesta surgió el Ejército Constitucionalista, al mando de Venustiano Carranza, con quien se unió Rubén M. Campos, designado como secretario del general Pablo González Garza, autor intelectual del asesinato de Emiliano Zapata. En 1914, gracias

al Plan de Guadalupe, Carranza subió al poder. El líder del Ejército Constitucionalista designó al poeta guanajuatense, a finales de 1919, la labor de cónsul de México en Milán, lo que llevó a Campos a cambiar su residencia a la ciudad europea. En este lugar contrajo su segundo matrimonio. Debido a la inestabilidad política de México su estancia sólo duró hasta julio de 1921.

Durante los años convulsos del país, Rubén también se vio afectado en su producción literaria. Gracias a su puesto como cónsul y a su estancia en Europa, pudo trabajar en su segundo libro: *Las alas nómades*, un trabajo que reúne crónicas de sus distintos viajes por Europa, a modo de postales literarias, donde describió paisajes, arquitectura, escultura, clima, teatro y ópera. A su regreso a México, el libro se publicó en 1922.

No obstante, mucho antes de su residencia en el extranjero, de su participación en la Revolución Mexicana, del final de la *Revista Moderna*, Rubén M. Campos dedicó gran parte de su vida, desde 1898, al trabajo ininterrumpido de lo que sería la Secretaría de Educación Pública (SEP).

Sobre su labor académica, Luz América Viveros Anaya apunta:

[...] tanto en tareas administrativas —desde escribiente hasta jefe de sección— como académicas, ayudante de inspector, profesor de escuelas nocturnas, profesor de literatura en la Escuela Nacio-

nal Preparatoria, la Normal de Maestras, el Conservatorio Nacional, la Escuela Nacional de Artes y Oficios para Hombres y la Escuela Nacional de Maestros.<sup>13</sup>

En el Fondo Rubén M. Campos del Instituto de Investigación Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) se tiene una carta, fechada el 8 de septiembre de 1923, dirigida al secretario de Educación Pública, donde solicita su jubilación, pues ya tenía veinticinco años laborando para el órgano de gobierno. La jubilación le sirvió para dedicarse a lo que realmente le interesaba: la música y la literatura.

En la recta final de su vida, Campos pasó por varias etapas escriturales, desde cuentista regionalista, poeta y novelista decadente, periodista, compositor, cronista, hasta investigador del folklor mexicano, que lo llevó a publicar varios libros de este último tópico. Los títulos son: *El folklor y la música mexicana* (1928), *El folklor literario de México* (1929), *La producción literaria de los aztecas* (1936) y *Tradiciones y leyendas mexicanas* (1937). Su última novela fue *Aztlán, tierra de las garzas* (1935). Rubén M. Campos murió el 7 de junio de 1945 en la Ciudad de México.

---

<sup>13</sup> Viveros, 2019, p. xv.

En 1983, Serge I, Zaitzeff publicó *Rubén M. Campos: Obra literaria*, editado por el Gobierno del estado de Guanajuato, donde reúne sus textos desperdigados en numerosas revistas y periódicos. A su vez, deja a disposición del lector un índice hemerográfico donde se hallan las publicaciones originales de Campos. Gracias a este índice descubrimos que Campos también publicó en *El Independiente*, *La Gaceta*, *El Imparcial*, *Revista Blanca*, *México*, *Pegaso*, *Zig-Zag*, *Revista de Revistas* y *Pro-Cátedra*. Todas de la Ciudad de México, excepto la última que es de León, Guanajuato.

De manera póstuma, la UNAM publicó uno de sus libros más imprescindibles: *El bar. La vida literaria de México en 1900* (1996). A grandes rasgos, el libro se presenta a modo de memorias, donde relata la vida bohemia que le tocó vivir, los compañeros de tertulia, sobre todo ofrece una discusión literaria sobre el México de cambio de siglo. Este libro ya se venía gestando como una promesa desde 1907, y estaba fechado para ser publicado en 1935. Rubén M. Campos tuvo la intención de escribir su vida, y varios capítulos del libro se pudieron leer en distintos periódicos, pero sólo en fragmentos.

Campos siempre estuvo escribiendo *El bar. La vida literaria de México en 1900*, durante sus viajes al interior de la República, entre clases, durante veladas, en cafeterías o bares, al atravesar el Océano Atlántico de ida y vuelta. Rubén llevaba consigo notas de su acontecer cotidiano, decidido a mostrar todo lo

que lo rodeaba, como un testigo que se aparta y sólo observa y apunta los hechos. Fue gracias a Serge I. Zaitzeff que el libro se publicó en 1996, dejándonos el último legado del autor guanajuatense.

#### LA BOHEMIA DE LA *REVISTA MODERNA*

Después de la breve revisión de la vida de Rubén M. Campos, nos toca hablar del objeto que enmarcó la etapa más importante de creación literaria del autor guanajuatense, y la que nos compete para esta edición anotada, ya que, como se dijo al inicio del estudio, los veintiún cuentos que presentamos son recogidos de la *Revista Moderna*. Esta época fue su mejor etapa como cuentista, aunque también publicó poesía, semblanza y crónica, sin embargo son los cuentos los que merecen una lectura ávida y gozosa. Rubén no estuvo solo en la revista, ahora hablaremos de los otros protagonistas, los “raros”, compañeros de bohemia, colegas del oficio escritural, de ideales afines y comprometidos con el arte: los decadentes.

En 1898 fue cuando un joven poeta, arrojado a los excesos de los bares y casas de citas, de familia acomodada y estudios tempranos en el extranjero, llamado Bernardo Couto Castillo, en un lance de juventud, se decidió a fundar la *Revista Moderna* en la porfiriana Ciudad de México. Para llevar a cabo esta empresa, se alió con el mecenas-poeta Jesús E. Va-

lenzuela, hijo de magnates y políticos de Chihuahua, que hizo estudios en la Escuela Nacional Preparatoria y que había dejado la academia para dedicarse a los negocios, formando una fortuna. Esto le sirvió para crear cenáculos dedicados al arte, al modo de los franceses del siglo XIX. Se necesita aclarar que muchos de los ideales que perseguía el grupo de la *Revista Moderna* estaban empapados de exotismo y refinamiento, entre francés y japonés, característico del Porfiriato. Bajo el estandarte de la bohemia fue que consiguieron unir el arte con una vida trasgresora.

La alianza entre Couto Castillo y Valenzuela resultó un acto de socarronería. En las memorias de Jesús E. Valenzuela, tituladas *Mis recuerdos. Manojito de rimas*, reunida en un tomo por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta) en 2001, se pueden leer pasajes respecto al trabajo y fundación de la *Revista Moderna*. Transcribo uno que nos ofrece información sobre el propio Couto Castillo y Valenzuela:

Fue a verme a Tlalpan, donde yo vivía, un amigo mío que ya no lo es, diciéndome que Couto deseaba fundar un periódico de teatro, si yo le ayudaba. Le contesté que no, pero si Couto quería hacer un periódico literario, yo le ayudaría. Pocos días después estuvo a decirme que estaba Couto de acuerdo. Posteriormente llegó el licenciado Dávalos a verme y me sugirió que se llamara *Revista Moderna*. Dávalos recordaba *La Lucha*, periódico

que publicaba un señor De la Vega, joven muy simpático, y que habían escrito, si no recuerdo mal, Tablada y Jesús Urueta, hablándose allí de la fundación de *Revista Moderna*. Couto decía tener en el Banco Nacional el dinero necesario, depositado para llevar a cabo la empresa. Publicó Couto el número uno y no publicó el dos. Nos echamos el amigo y yo a buscar a Couto en todas las cantinas, pues era muy vicioso a pesar de no haber cumplido los veinte años. ¿Qué sucede con el periódico? Nada. ¿Y qué piensa usted? Nada. ¿Estoy autorizado para hacer lo que me parezca? Sí, me contestó. Y habiendo ido al día siguiente a ver al impresor Carranza, que vivía en el callejón del Cincuenta y Siete, me dijo éste que no estaba resuelto a hacer el número dos, porque del número uno que había circulado, le debía Couto una parte todavía. Le pagué la parte que se debía y corrió de mi cuenta el periódico, y *Revista Moderna* fue.<sup>14</sup>

Hay mucho que analizar del anterior pasaje. Se enmarca la personalidad de Couto que el mismo Valenzuela tacha de “vicioso” y de ser muy joven. Además queda estipulado que Valenzuela es fundador y dueño de la *Revista Moderna*, ya que paga por su publicación, y finalmente aparecen algunos nombres de quienes participaron en la *Revista Mo-*

*derna*: Balbino Dávalos (1866-1951), Jesús Urueta (1867-1920) y José Juan Tablada (1871-1945). Este último, como se dijo, puso la etiqueta decadentismo a la nueva corriente estética que comenzó a gestarse en las letras mexicanas.

Así fue como en julio de 1898 apareció el primer número de la *Revista Moderna*. En su primer año llevó el subtítulo de “Literaria y Artística”. En los años posteriores se cambiaría a “Arte y Ciencia”. Para su primer año, las entregas de los números eran quincenales, para el segundo año se volvieron mensuales y para el tercero regresarían a la modalidad quincenal, con excepción de ciertas entregas. Bernardo Couto Castillo y Jesús E. Valenzuela eran los fundadores. El director era Valenzuela, el jefe de redacción era Jesús Urueta y el administrador de la revista fue Guillermo de la Peña. Se imprimió, como dice Valenzuela en sus memorias, en el taller de “el callejón del Cincuenta y Siete”, por el impresor Eduardo Dublán (mismo que imprimió, en 1897, *Asfódelos*, el único libro de Bernardo Couto Castillo). De hecho, se puede leer en las últimas páginas de los números de la revista “Tip. Callejón de 57 Núm. 7”. La *Revista Moderna* publicó, mayormente, literatura (poesía y cuento), tanto hispanoamericana como traducciones del inglés, francés y japonés. También admitió artículos de divulgación científica, “notas de actualidad” e ilustraciones de distintos artistas plásticos; a quien se debe mencionar casi por obligación es al pintor y grabador Julio Ruelas (1870-1907), quien

<sup>14</sup> Valenzuela, 2001, p. 121.



perteneció al círculo de la revista desde sus inicios. Entonces, así quedó el grupo de los decadentes que participaron en la *Revista Moderna*, aparte de los ya mencionados Couto, Valenzuela, Urueta, Dávalos, De la Peña y Tablada; en el grupo ya estaban Ciro B. Ceballos (1872-1938) “que con pretexto de hacer analogías, insultaba a todo el mundo”,<sup>15</sup> Luis G. Urbina (1864-1934), Amado Nervo (1870-1919), Alberto Leduc (1866-1908) y Rubén M. Campos, por mencionar algunos.

En el primer número de la revista, Campos publicó el cuento “Krakowiak”, mismo nombre que lleva una pieza musical de Frédéric Chopin (el pianista predilecto de Rubén). Se trata de un cuento que narra el hastío de un hombre que ve su juventud morir al unísono que su hermana ejecuta esta pieza para piano. Termina con una fuerte declaración: “¡Ah! ¡Mi amado Chopin!... ¡Quien no ha gozado con tu música, no será contigo en el Paraíso!”.

El espacio de los literatos y academicistas se reservó para las bibliotecas, instituciones y anfiteatros. Para los bohemios decadentes fueron los espacios del bar, las casas de citas, los salones o las propias viviendas de los miembros. Los decadentes fueron los primeros bohemios en México, elegantes y aristócratas, ungidos por aceites de flores francesas, pero de las más malévolas. Juan Pascual Gay, en *El beso*

---

<sup>15</sup> Valenzuela, 2001, p. 121.

*de la quimera*, dilucida sobre toda la influencia europeizante de los bohemios. Nos muestra a un grupo que, aunque vivía en la antigua Tenochtitlan, se sentían parisenses. Consumían los periódicos de allá, específicamente *La Plume* o de *L'Ermitage*, donde se leía al grupo conocido como los *poetas malditos*: Arthur Rimbaud (1854-1891), Paul Verlaine (1844-1896), Charles Baudelaire (1821-1867), Stéphane Mallarmé (1842-1898), entre otros. La influencia estuvo ahí y sus temas no eran muy distintos. El contraste es que un contexto era parisiense y otro el de la Ciudad de México.

En 2017, Luz América Viveros publicó, bajo el sello editorial del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, una edición crítica de las memorias de Juan Sánchez Azcona, bajo el título *Mis contemporáneos*. Azcona fue un periodista del Porfiriato que estuvo muy cerca del grupo bohemio. En un capítulo se haya una semblanza de la figura de Jesús E. Valenzuela. Gracias a esta semblanza descubrimos los sitios de predilección donde se reunía el grupo: si no era en la casa del poeta-mecenas (Valenzuela) era en el Salón Bach, una cantina y fonda, ubicada en la avenida San Francisco, hoy Francisco I. Madero, y el Salón del Comercio, ubicado en la calle de La Palma. Es importante reconocer estos sitios donde se gestaban las veladas, donde se leían cuentos y poesía, se escuchaba música, se fumaba y se bebía ajeno. Por supuesto, eran sitios reservados para la élite de la *Revista Moderna* e invitados. Es curioso leer la re-

vista y descubrir en algunos números invitaciones y órdenes del día para cuando se celebraban las tertulias, como por ejemplo en el número 1 del año 4 de la revista, en la última página se lee:

En homenaje al Duque Job [Así era como se le conocía a Manuel Gutiérrez Nájera]. Organizará en su salón la *Revista Moderna*, la noche del día 3 del próximo Febrero, un festival artístico. Oportunamente se repartirán invitaciones.

Es importante reconocer estos espacios que ilustraron los decadentes tanto con la palabra como con el dibujo. Julio Ruelas dejó dos grabados para el cuento “Un noctámbulo” de Rubén M. Campos. La historia relata a un joven ocioso que se pasea en la noche por las calles de la ciudad, que está fascinado con la figura de un vagabundo embebido que busca que alguien le invite un trago. El joven lo lleva a la cantina más cercana y el vagabundo le cuenta la historia de todos sus males provocados por una mujer a la que creyó amar, pero no pudo por ser prostituta, “el ebrio sacudióse en una embestida espantosa de rabia, de dolor, de desesperación, de frenesí; bebió de un trago su vaso y lo azotó vacío despedazándolo contra las losas”. Julio Ruelas ilustró magníficamente las escenas: la primera pone al vagabundo siendo atacado por mosquitos que le traen el recuerdo de haber sido un caballero disfrutando de la sensual compañía de damas que él creía de otra índole; en la

segunda escena vemos a dos hombres en la mesa de la cantina exigiendo más tragos, y todo esto acompañado con una siniestra tipografía que decoró el título del cuento a modo de humo que se expide de un cigarrillo. Ése es, a grandes rasgos, lo que decora las páginas de la *Revista Moderna*. Carlos Monsiváis termina el cuadro de la bohemia de esta forma:

Ampliése el patrimonio de la bohemia: mesas de cantina que desbordan cigarrillos y vasos de ajeno, luces sombrías de casas de citas, delirios verbales alrededor de las botellas de coñac, ‘febricitante palidez’ que asemeja a las jóvenes de los prostíbulos y los poetas en trance, secuencias de la auto-destrucción desdichadamente real, chambergos, capas, alegatos que se extravían en las madrugadas, incursiones en las casas de empeño, desprecio por los hábitos burgueses, actitudes radicales pero no revolucionarias en lo político y, síntesis y principio, arraigo múltiple en la urbe, el espacio no contaminado por la pureza.<sup>16</sup>

La *Revista Moderna* duró cinco años, dejándonos un total de 110 números. Señaló Sánchez Azcona:

---

<sup>16</sup> Monsiváis, 2007, p. 67.

La colección de la *Revista Moderna* es un gallardo estandarte de toda una edad literaria de México [...] Quien posea la colección completa de la *Revista Moderna*, posee un tesoro.<sup>17</sup>

La *Revista Moderna* se transformó en la *Revista Moderna de México*, ya más como objeto material y abandonado del espíritu decadentista y pasó a manos de don Jesús E. Luján, amigo de Jesús E. Valenzuela. El cambio de manos de la revista fue un episodio que Ruelas retrató en el cuadro *Entrada de don Jesús Luján a la Revista Moderna* de 1904. La nueva revista duró hasta 1911. En ésta se perdió el sentido estético decadente del cuento, de la poesía, la semblanza y las traducciones. La revista ahora tendría más publicidad, notas políticas y se volvería más comercial, apartando el ideal de una élite artística, trasgresora e incomprensible. Pero de igual forma, Campos publicó en la *Revista Moderna de México*, aunque ya no cuentos, más bien pocos poemas, artículos referentes a la sociedad, la música y despedidas a los bohemios que fallecieron en esa época; por ejemplo, se puede leer en 1907 “El arte de Ruelas”, un homenaje al artista Julio Ruelas, quien falleció ese mismo año. La revista también publicó pasajes de las novelas que comenzó a gestar el guanajuatense tanto de *Claudio Oronoz*, *Aztlán*, *tierra de garzas* y *El bar*.

---

<sup>17</sup> Sánchez Azcona, 2018, pp. 219-220.

El grupo de bohemios se despidió en los últimos números de la *Revista Moderna* con una sección titulada “Las máscaras”. Ahí Rubén M. Campos hizo aparición, en la primera quincena de agosto de 1903, con un grabado de su rostro hecho por Julio Ruelas (mismo que aparece al inicio de la presente edición anotada) y una breve semblanza que redactó José Juan Tablada que dice así:

Una eterna sonrisa vaga su máscara criolla [...] á quien predestinaba su nombre para una labor exquisita de poeta artista [...] es un melómano, un enamorado de la música, un discreto y delicado pianista.

El último cuento de Rubén M. Campos en la revista fue “Rosamunda”, publicado en la segunda quincena de febrero de 1903, que trata sobre una mujer que luchó por su libertad para al final enamorarse de un “hombre ególatra y neutro se adoraba en su propia efigie, insensible a su crimen, inconsciente de su degeneración orgánica, muerto para todo sentimiento alto, ¡para toda vergüenza y todo honor!”, al estilo de *El retrato de Dorian Gray* de Oscar Wilde.

#### LOS CUENTOS DE RUBÉN M. CAMPOS EN LA *REVISTA MODERNA*

Son veintiuno los cuentos que el lector tiene a su disposición. Anteriormente ya hemos hablado de

algunos para poder ejemplificar mejor la distinción entre modernismo y decadentismo, así como para mencionar datos curiosos o ciertas aclaraciones. De los que hemos hablado son: “Un suicidio”, “Cuento bohemio”, “En el Chapala”, “Krakowiak”, “Un noctámbulo” y “Rosamunda”.

Dentro de la recopilación, los cuentos fueron compilados por fechas de aparición en los distintos números de la *Revista Moderna*. En un vistazo general a la cuentística de Rubén M. Campos, podemos distinguir su estilo entre modernismo y decadentismo. Algunos cuentos no tienen exactamente la estructura tradicional del cuento, es decir, un inicio, desarrollo y final. Es más, hay cuentos que carecen de personajes, son enteramente paisajistas con descripciones cargadas de ornato, como una especie de prosa poética, y esos textos podrían ser considerados experimentales, en aras de madurar el cuento, sólo son símbolos embellecidos por las palabras. La narrativa se forma a partir de complejas estructuras oracionales, el léxico ornamentado resulta excesivo, como si fuera un tipo de arte barroco, pero uno adaptado a la modernidad (la del siglo XIX). Algunos cuentos simplemente son antologías donde el lector vislumbra las bellas artes, se enumeran piezas musicales, cuadros pictóricos, esculturas, personajes de novelas y cuentos, autores, hechos históricos, mitología y demás elementos. Rubén M. Campos era un escritor culto y sus cuentos son un despliegue de todos sus conocimientos.

Ahora bien, si se nos permite hacer una guía de lectura, podríamos dividir los cuentos de Campos por su estructura, dividir las prosas poéticas del cuento tradicional y enmarcar otros que se presenten un poco más especiales en sus temáticas muy marcadas. Textos paisajistas, escritos en prosa poética serían: “Krakowiak”, “Vuelo de nubes”, “Cuento de abril” y “En el Chapala”. Los cuentos que se presentan más tradicionales, con un inicio, desarrollo y desenlace claros, pero no por ello de estructura sencilla, serían: “El rey de copas”, “El supremo don”, “Flor y fruto”, “Un egoísta”, “Cuento bohemio”, “*De natura rerum*” y “Un cobarde”.

Nos gustaría hacer una mención específica de cuentos con un género marcado: el terror y lo fantástico. El decadentismo provocó que, con sus cuentos violentos y amorales, algunos autores se permitieran explorar el género del terror y jugaran con figuras siniestras: fantasmas, demonios, muertos “vivos”, apariciones y criaturas mágicas de distintos folclores. Campos tiene dos cuentos a los que se debe prestar atención si se gusta de esos tópicos: “El dictado del muerto” y “Un suicidio”.

Campos tenía fascinación por los temas de amor, por ello muchos cuentos abordan el tópico desde distintas perspectivas. En su mayoría notarán que siempre hay dos personajes protagonistas: uno masculino y otro femenino, entre ellos existirá una relación, ya sea de amor, admiración, deseo, pasión o incluso desagrado. Los cuentos que mejor explo-

ran la temática del amor son: “Pecado de amor”, “¡A muerte...!”, “Fuensanta”, “Clementina”, “El entierro de la sardina” y “Rosamunda”.

Y por último, el cuento del que nos falta hablar, y el que lleva por título la presente edición anotada: “El nocturno en sol (Chopin)”, es un cuento siniestro, melancólico y melómano. Es la última carta de admiración que escribe Rubén M. Campos a su pianista y compositor favorito: Frédéric Chopin. El cuento es un auténtico nocturno, una pieza musical cargada de pasión, tristeza, intimidad y sangre. La invitación a su lectura se debe hacer con una recomendación: se deben escuchar los *Nocturnos* de Chopin mientras se lee, es algo que Campos tuvo que haber hecho de manera intencionada. Queda completamente claro que, cuando se lee el cuento, podemos escuchar el *Nocturno* en cada oración.

## REFERENCIAS

- CAMPOS, Marco Antonio y Luz América Viveros (2022). *Antología del cuento modernista y decadentista (1877-1912)*. México: Instituto de Investigaciones Filológicas / Universidad Nacional Autónoma de México.
- CAMPOS, Rubén M. (1996). *El Bar. La vida literaria de México en 1900*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- KURZ, Andreas (2022). “El desarrollo de la literatura nacional mexicana después de 1867. El proyecto liberal de Altamirano: Una zona de contacto decimonónica”. En *Más allá de la torre de marfil. Relaciones entre literatura y sociedad en México y Chile*. México: Universidad de Guanajuato.
- MONSIVÁIS, Carlos (2007). “La entrada de Julio Ruelas al modernismo”. En *El viajero lúgubre. Julio Ruelas modernista 1870-1907*. México: Instituto Nacional de Bellas Artes / Editorial RM.
- PASCUAL GAY, Juan (2012). *El beso de la quimera. Una historia del decadentismo en México (1893-1898)*. México: El Colegio de San Luis.
- PÉREZ SÁNCHEZ, Luis Felipe (2021). *Acercamiento a El Bar. La vida literaria de México en 1900, de Rubén M. Campos: Memorias de un testigo*. México: El Colegio de San Luis.
- SALADO ÁLVAREZ, Victoriano (1899). *De mi cosecha*. Guadalajara: Imp. de Ancira y Hno. A. Ochoa.
- SÁNCHEZ AZCONA, Juan (2018). *Mis contemporáneos. Notas sintéticas y anecdóticas (1929-1930)*. México: Instituto de Investigaciones Filológicas / Universidad Nacional Autónoma de México.
- SOL TLACHI, Carlomagno (2011). “Rubén M. Campos y el contexto literario en la Ciudad de México”. *Revista Valenciana*, año 4, núm. 8, pp. 95-116.
- TABLADA, José Juan (2008). *Material de lectura*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

VALENZUELA, Jesús E. (2001). *Mis recuerdos. Manojó de rimas*. México: Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

VIVEROS ANAYA, Luz América (2019). “Postales literarias por Europa”. En *Las alas nómades. Rubén M. Campos*. México: Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México.

----- (9 de noviembre de 2022). *Arte y cultura en el porfirismo. Literatura*. CEPE Videos [Archivo de video]. Recuperado el 2 de febrero del 2023, de <https://www.youtube.com/watch?v=W04KTXa3ncQ&t=3168s>.

ZAITZEFF, Serge I. (1983). *Rubén M. Campos: Obra literaria*. México: Gobierno del Estado de Guanajuato.

----- (2013). “Prólogo”. En *Claudio Oronoz. Rubén M. Campos*. México: Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

## EL NOCTURNO EN SOL (CHOPIN)

### Y OTROS CUENTOS



**A**na, hermana Ana, hermana mía en dolor y en arte, la primavera desgaja los botones de los rosales, irisa los pétalos de las flores, enciende el oro de las yemas y pone el pío alegre en el pico de los pájaros canoros que enamoran a sus hembritas...

Ana, abre el Pleyel,<sup>2</sup> esplende con tu peinador blanco de cachemira<sup>3</sup> bordada de oro, muestra desnudos tus brazos ebúrneos<sup>4</sup> y tus ducales<sup>5</sup> manos sonrosadas; que la luz de la mañana riele en tus crespos cabellos rubios semejantes a un copo de seda china; que tus ojos azules sueñen de amor y lleven tu pensativa y errante melancolía a Krakowiak.<sup>6</sup>

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año 1, núm. 1, primera quincena de julio de 1898, pp. 8-9.

<sup>2</sup> Es un piano fabricado por Ignace Joseph Pleyel.

<sup>3</sup> Se refiere a una prenda de dormir de tela fina, cómoda y sedosa.

<sup>4</sup> Del color del marfil.

<sup>5</sup> Término utilizado para referirse a la realeza y los duques.

<sup>6</sup> Danza polaca que se hizo popular en los salones de Viena y París.

¿Oyes? No son las teclas de marfil y ébano las que hieres, sino la nerviosidad enferma del músico eslavo.<sup>7</sup> Surge su espectro doliente en la penumbra de tu evocación extática, y hiere a su vez la exquisita sensibilidad de tus nervios de artista.

¿Oyes? ¡No son las crispaturas<sup>8</sup> de su genio poderoso y magnífico, sino el lamentar de un niño enfermo, el doliente gemir de un proscrito de la patria, de la dicha y del amor! ¡Krakowiak!... ¿Sabes tú qué sentimientos despertó en el incurable polaco ese nombre, en su espíritu educado en la aristocracia de un palacio real, con sedimentos palatinos, con atavismos de grandeza y exquisitos refinamientos de esteta y de artista?

Su adolescencia educada a la par que la adolescencia de sus príncipes protectores, las suntuosidades que gozó desde que su precocidad despertó a la vida, diéronle el poder de selección y el poder de creación; extasióse temprano con la belleza de las excelsitudes del arte y su música fue dotada con el privilegio de no herir más que los organismos vibrátiles, las neurastenias espasmódicas, las abstracciones que sueñan lejos de la vida, en los espíritas<sup>9</sup> arrobamientos visionarios...

---

<sup>7</sup> Se refiere al pianista romántico Frédéric Chopin, natural de Polonia del siglo XIX.

<sup>8</sup> Es un término utilizado para hablar de la tensión del cuerpo, la contracción de los músculos en un éxtasis.

<sup>9</sup> Una posesión espiritual.

¡Krakowiak! ¡Ah!, la síntesis de lejanas olimpiadas de gloria, de estirpes imperadoras desde los Cárpatos a los Urales,<sup>10</sup> de sangre eslava dominadora y potente, de palatinos señores tan poderosos como sus reyes.

¡Krakowiak!... Aurora boreal de la frígida estepa, espejismo maravilloso visto a través de un meteoro herido por un sol austral, Ilión<sup>11</sup> muerta, ¡estrella polar extinguida luengos siglos ha para la esclava Polonia! ¡Cómo surges en el murmurio de notas palpitantes del visionario músico y te pierdes poco a poco en la nublazón perenne que envuelve tus palatinados derruidos, semejante a un sueño del pasado, a una visión flotante que se extingue!...

Ah, mi amado Chopin, ¡cuál te han ultrajado, cuál te han profanado y escarnecido!... Tú que debías ser evocado solamente en la abstracción del arte, en la meditación soñadora, en el espiritual arrobamiento celeste, por los elegidos, por los enfermos de neurosis, por los quemados con el fuego divino de la tisis, por los calenturientos clarividentes que condensan en un día el placer de amor de toda una vida.

---

<sup>10</sup> Se refiere a los Montes Cárpatos ubicados en Europa, abarcan Austria, República Checa, Eslovaquia, Polonia, Ucrania, Rumania, Bulgaria, Serbia y norte de Hungría. Los Montes Urales son una frontera natural entre Europa y Asia, abarcan Rusia y Kazajistán.

<sup>11</sup> Era el primer nombre que se le dio a la ciudad de Troya en la épica de Homero.



¡Ah, divino Chopin! Tú, cuyo nombre ha sonado a blasfemia en los que no te han sentido ni gozado, en los profanos a quienes no ha enervado tu sopor mortal, en los espúrios que no han caído intoxicados por tu venenoso y bienhechor hastío... Desciende un rayo de tu genio sobre esa frente de sibila,<sup>12</sup> sobre esa mirada extática de vestal,<sup>13</sup> sobre esa encarnación seráfica de Ligeia<sup>14</sup> y sostén el arrobamiento místico de su transfiguración.

La pequeña boca sonrío apasionada y levemente; el escorzo del ojo divinamente azul se ve estriado de rayos de luz de oro; el perfil helénico se destaca como en un Fra Angélico;<sup>15</sup> su veste desceñida parece flotar sobre una pradera estrellada de flores como *Las musas* de Puvis de Chavannes,<sup>16</sup> y el Pleyel riela su cascada de notas de cristal en un aleteo de alas blancas...

Me siento desfallecer en la mecedora de vaivén de hamaca y mi cabeza febril deja volar mi pensamiento allá, muy lejos, en donde confinan

---

<sup>12</sup> Viene de la expresión griega *sibylla*, era un nombre que se le daba a las mujeres sabias de dones proféticos.

<sup>13</sup> Eran las mujeres consagradas a la diosa romana Vesta, que tenía la labor de proteger el fuego de los humanos.

<sup>14</sup> Podría referirse al cuento *Ligeia* de Edgar Allan Poe, o bien, podría ser a la sirena que pintó Dante Gabriel Rossetti con el mismo nombre.

<sup>15</sup> Pintor italiano del siglo xv.

<sup>16</sup> Cuadro *La invocación de las musas* de Pierre Puvis de Chavannes.

la vaguedad y la nada, en donde flotan *reveries*<sup>17</sup> de alas diáfanas, deseos vagarosos,<sup>18</sup> esperanzas perdidas, lo que fue el cielo de mi adolescencia infortunada y el hastío devorante de mi juventud moribunda...

Se estremece la noche de mis presentimientos de muerte y nada, y una ráfaga caliente y luminosa me abre el paisaje de la ventura gozada, del placer escanciado<sup>19</sup> en bocas hechiceras, del deleitoso éxtasis de Venus y Tannhäuser...<sup>20</sup> Algo como un suspiro ardiente susurra un verso mío: vivir es florecer en primavera y tú ya floreciste... y me embriaga una desolación infinita, un placer de hastío, un sueño de morir y desaparecer...

Me siento cansado, vencido, enfermo, incurablemente enfermo, agostado<sup>21</sup> en flor... siento profundamente la inutilidad de vivir, el desequilibrio de un espíritu magnífico en el anquilosado cuerpo humano; me fulmina la suprema ley del dolor, y pasada la crisis descanso en una soñolencia de adormideras, en un paréntesis de faquir,<sup>22</sup> en un anona-

---

<sup>17</sup> Palabra francesa que significa “ensueños”.

<sup>18</sup> Significa que se desplazan continuamente, que van de un lado a otro.

<sup>19</sup> Acción de servir una bebida, especialmente vino, sidra u otro licor.

<sup>20</sup> Hace referencia a la ópera *Tannhäuser* de Richard Wagner; en ella se exploran los temas del amor profano y el sagrado.

<sup>21</sup> Se refiere a una flor marchita, seca por el calor excesivo.

<sup>22</sup> De sufrimiento.

damiento de mi ser, como cuando se despierta de un sueño de fiebre...

¡Ah, mi amado Chopin!... ¡quien no ha gozado con tu música, no será contigo en el Paraíso!

## VUELO DE NUBES<sup>1</sup>

### STRATUS<sup>2</sup>

Allá van, allá vuelan, veloces cual parvada de alas: alas pujantes de albatros de remo nervudo, alas languidecientes de garzas reales de vuelo lento, alas de mariposas microscópicas y luminosamente arcoirizadas, alas líricas y horribles de acroterios<sup>3</sup> quiméricos, alas de apis tardos de teogónica<sup>4</sup> mirada apacible y misteriosa, alas heráldicas de oriflamados<sup>5</sup> leones persas, alas membranosas y torpes

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año II, núm. 4, primera quincena de abril de 1899, pp. 107-108.

<sup>2</sup> Estado de las nubes en que se vuelven espesas y grises, como si fuera a llover.

<sup>3</sup> En la arquitectura griega se refiere a un pequeño muro saliente en las cornisas, normalmente se utiliza para sostener pequeñas estatuas decorativas.

<sup>4</sup> Se refiere a Apis, dios del antiguo Egipto. Se representaba como un toro, se le atribuía la fertilidad, el sol y los ritos funerarios.

<sup>5</sup> Estandarte o bandera de colores que se despliega al viento.

de vampiro sanguinario y macabro, alas tremendas y espantosas de Luzbel y Azraël,<sup>6</sup> alas divinamente bellas de Gabriel y Baraquiel,<sup>7</sup> alas equinas de hipocentauros unicornios y piafantes,<sup>8</sup> alas de sierpes terciarias de vuelo rasante<sup>9</sup> y demoniaco, alas vívidas y resplandecientes de pez volador, alas negras inauditas y devastadoras de tifón, alas enfermas de soñador neurótico, alas que fingen parvadas quiméricas de deseos, multitud innúmera de alas, de alas, de alas...

#### CUMULUS<sup>10</sup>

Allá van, allá vuelan, tardías y siniestras cual pavorosos hacinamientos: hacinamientos de selvas indostánicas<sup>11</sup> abrasadas en una fabulosa hoguera, hacinamientos de escuadras bombardeadoras y humeantes, hacinamientos de monstruos fantásticos de los océanos siderales, hacinamientos de hullas<sup>12</sup> encandecidas donde se forjan las centellas, hacina-

---

<sup>6</sup> Luzbel: nombre de Lucifer cuando era un ángel. // Azraël: el ángel de la muerte en la religión judío-cristiana.

<sup>7</sup> Arcángel Gabriel: el mensajero de dios. // Arcángel Baraquiel: serafín que custodia el trono de dios.

<sup>8</sup> Caballos que realizan la acción de levantar sus patas delanteras.

<sup>9</sup> Se refiere a una culebra que vuela a ras del piso.

<sup>10</sup> Estado de las nubes en que se encuentran aisladas, en forma vertical, de bordes definidos. Se les concibe como si fueran de algodón.

<sup>11</sup> Relativo a la región de Indostán en Asia.

<sup>12</sup> Otro tipo de carbón.

mientos de espejismos de ciudades perdidas: Nínive, Karnak, Baalbek, Ur,<sup>13</sup> hacinamientos de ruinas, de devastaciones, de cataclismos, de negruras, de horrores, de pavorizaciones,<sup>14</sup> de desastres, hacinamientos, espantosos hacinamientos, aterradores hacinamientos...

#### CIRRUS<sup>15</sup>

Allá van, allá vuelan, radiantes como emblemas gloriosos: gloriosos arcos de triunfo bajo cuya arcada ha de salir Febo<sup>16</sup> en su cuadriga voladora de pegasos olímpicos, gloriosas palmas ecuatoriales que atraviesan el zenit<sup>17</sup> e inclinan sus hojas desmayadas sobre las regiones boreales y australes,<sup>18</sup> gloriosas bandas consteladas de estrellas y semejantes a Vía

---

<sup>13</sup> Nínive es ciudad de la antigua Mesopotamia, ubicada en Irak. // Karnak es ciudad del antiguo Egipto que resguardaba el complejo religioso más importante. // Baalbek, ubicada en la región del Líbano, fue ciudad erigida en nombre del Dios babilónico Baal. // Ur es ciudad en ruinas de la antigua Mesopotamia.

<sup>14</sup> Se refiere a un estado de pavor.

<sup>15</sup> Estado de las nubes en que se hallan compuestas de cristales de hielo, forman delgadas bandas y finos velos.

<sup>16</sup> Dios de la antigua Grecia, también llamado Apolo, dios del Sol.

<sup>17</sup> Momento culminante de alguien o algo.

<sup>18</sup> Visto desde el espacio, la zona boreal es relativo a todo lo que se halla al norte del planeta y la austral es lo que refiere al sur.

Láctea o a nevados collares de toisones<sup>19</sup> de oro, gloriosos mechones leonados de la real capa carlovin-gia<sup>20</sup> del cielo, gloriosa ramazón lila de la sacerdotal capa pluvial morada del cielo, gloriosa panoplia<sup>21</sup> estriada de reflejos argentinos de alfanjes y yataganes<sup>22</sup> moros, gloriosa y apocalíptica visión de palmas de gloria, de palmas de Paraseeve,<sup>23</sup> de palmas triunfales de Sión,<sup>24</sup> de palmas de entrada triunfal en Jerusalem, de palmas de gloria, de jerosolimitanas<sup>25</sup> palmas de gloria...

---

<sup>19</sup> Se refiere a una joya del grado de los Toisones, una antigua orden de caballería, ligada a la dinastía de los Habsburgo, que gobernaban Austria y España.

<sup>20</sup> Relativo a la época de Carlomagno, emperador del Sacro Imperio romano germánico del siglo VIII.

<sup>21</sup> Estante donde se exhiben sables, escudos y otras armas de esgrima.

<sup>22</sup> Alfanje: un tipo de sable corto y curvo. // Yataganes, un cuchillo asiático curvo.

<sup>23</sup> Del latín *parasceve*, que significa “preparación”. Hace alusión al Viernes Santo, día en que Cristo murió.

<sup>24</sup> Se refiere a la fortaleza que aparece en la Biblia, se encontraba en Jerusalén y le llamaban “la madre de todos los pueblos”.

<sup>25</sup> Significa que es relativo a Jerusalén, capital de Israel.

## NIMBUS<sup>26</sup>

Allá van, allá vuelan, semejantes a aureolas de paganas desnudeces nimbadas:<sup>27</sup> nimbadas caderas rotundas de las Pléyades,<sup>28</sup> nimbado vientre fecundo y sacro de Venus Sidérea,<sup>29</sup> nimbada cabeza augusta y serena de Astrea,<sup>30</sup> nimbada cabellera de áurea lluvia de amor de Berenice,<sup>31</sup> nimbada anca disparada del flechador Sagitario,<sup>32</sup> nimbada cabeza horrible de Medusa de Perseo,<sup>33</sup> nimbados escorzos de mujeres, nimbados muslos de divinas y blancas mujeres, nimbados torsos de celestiales y fabulosas

---

<sup>26</sup> Un estado de las nubes en que se encuentran cerca de la tierra y, por lo general, vienen acompañadas de una precipitación. Son espesas y de color gris oscuro.

<sup>27</sup> Nimbada, que están coronadas por una aureola.

<sup>28</sup> Las siete estrellas más brillantes en el cielo, pertenecientes a la constelación de Tauro. Son muy mencionadas en la literatura, la historia y la mitología.

<sup>29</sup> Refiere al planeta Venus.

<sup>30</sup> Astrea, diosa hija de Zeus y Temis, representa la justicia de los hombres. También el nombre se le atribuye a un cinturón de asteroides.

<sup>31</sup> Podría hacer referencia a Berenice, hija del rey Herodes de Israel. El emperador romano Tito quedó perdidamente enamorado de ella. Mozart lo representa en una pieza musical titulada “La Clemencia de Tito”.

<sup>32</sup> Se refiere a la constelación de Sagitario, representada con un centauro a punto de tirar una flecha.

<sup>33</sup> Mito griego donde a Perseo, por órdenes de Atenea, se le encomienda cortarle la cabeza a Medusa. Benvenuto Cellini, escultor italiano del siglo XVI, lo representó en la escultura “Perseo con la cabeza de Medusa”.

mujeres, echadas sobre las ondas azules del ciclo en yacimientos de Venus Egea,<sup>34</sup> esperezadas<sup>35</sup> en las regiones azules como soñolientas dominadas que despertaran de un sueño antiguo, de un sueño de bacantes locas y danzadoras fatigadas, de escorza las mujeres espasmódicas,<sup>36</sup> de celestes mujeres desnudas, de impúdicas mujeres desnudas, de oceánicas mujeres desnudas, de sirenas y huríes,<sup>37</sup> desnudas, desnudas, desnudas...

Allá van, allá vuelan, y en la esplendorosidad de la tarde que muere, echado sobre los prados de Junio, sigo su vuelo de flamencos rosados, de garzas blancas, de grullas negras, sigo el vuelo de las nubes color de cuarzo, color de salmón, color de ascua<sup>38</sup> de oro, color de concha nácar, color violeta y ámbar, color índigo y perla, color de cobres ardientes, de oros licuados, de pavonamientos<sup>39</sup> acerados, de

---

<sup>34</sup> Un culto que adora a Venus en la costa del mar Egeo.

<sup>35</sup> Acción en la que se estira el cuerpo para desentumecerlo.

<sup>36</sup> Se refiere a la contracción de los músculos, generalmente provocado por un reflejo involuntario.

<sup>37</sup> Las sirenas son criaturas mitológicas representadas como mujeres mitad humano mitad pez. Las huríes pertenecen a la mitología musulmana, se les representa como mujeres bellísimas con el propósito de acompañar a los bienaventurados en el paraíso.

<sup>38</sup> Ascua es toda pieza sólida que al contacto con el fuego se pone incandescente, emitiendo un brillo propio sin necesidad de la llama.

<sup>39</sup> Se refiere a una técnica de herrería que consiste en generar una capa de magnetita en piezas de acero para evitar su corrosión y mejorar su aspecto.

sangre ardiente y vívida, de nieve immaculada y esplendorosa...

Y pienso y sueño: ¿qué es la vida comparada con ese vuelo de nubes?, ¿qué son nuestros deseos, nuestras ambiciones, nuestras divinas miserias, nuestras caídas de cada día, caídas de Jesús en el Vía crucis de la vida, comparadas con ese vesperama grandioso que vuela más alto que las torres alzadas por los hombres, que vuela más alto que las montañas empuñadas por los hombres?

Mi melancolía enferma está en ese vuelo de nubes, mi doliente mal atávico está en ese visionario vuelo de nubes, mi languidez apasionada está en ese peregrino vuelo de nubes... y yo siento que es inútil ahondar las miserias humanas para echarnos al rostro lo que todos sabemos, lo que todos ocultamos, lo que todos escondemos con vergüenza y rubor, nuestros males, nuestras manchas, nuestros extravíos y nuestras iniquidades...<sup>40</sup>

¿Para qué?... La eterna poesía vuela en ese vuelo de nubes, la divina y espléndida poesía va por el cielo en raudo vuelo, y despliega ante mis ojos el abanico de haces<sup>41</sup> de oro del ocaso, y me refresca y me sonríe, y me consuela y me perdona y acoge

---

<sup>40</sup> Significa todo aquello que es injusto y malvado en grandes proporciones.

<sup>41</sup> Es el plural de la palabra *haz*, que es un conjunto de partículas o rayos luminosos que provienen de un mismo origen.

piadosa mi juventud claudicante, mi juventud moribunda, mi juventud hastiada y agostada...

La soberana poesía fulgura en ese paisaje celeste, fulgura y fulmina su anatema<sup>42</sup> sobre los disecionadores que se ceban en la carne muerta, que no estudian sino cadáveres de almas, que no se levantan sino para rondar carroñas a la altura de las aves negras... que vuelan torpemente abajo de esas nubes...

La soberana poesía está en la vaguedad del ensueño, en la música del idioma, en la esplendidez de la frase, en el soberano orgullo de la aristocracia del arte, en encumbrarse sobre las miserias de la vida y seguir ese augusto y prodigioso vuelo de nubes...

## EL REY DE COPAS<sup>1</sup>

**E**l viejo Rey estaba alegre como castañuela. Se había bebido un buen trago para matar el gusanillo, y de pie sobre el quicio<sup>2</sup> de su barbería contemplaba la luz del sol que subía radiante en el cielo. El aroma de las campiñas florecientes saturaba sus roídos pulmones con fluido de vida, y su tos de viejo bronquítico se dejaba oír de tiempo en tiempo casi sonora, como un lujo de su gastado organismo rejuvenecido por la primavera.

Aquel día no amenazó encolerizado al oír a los chiquillos de paso para la escuela:

—¡Salud, Rey... de Oros!

—¡Buen día, Rey... de Burlas!

—¡Ave, Rey... de Copas!

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año III, núm. 15, primera quincena de agosto de 1900, pp. 226-227.

<sup>2</sup> El *quicio* es la parte vertical de una puerta o ventana donde se colocan las bisagras de la puerta o ventana.

---

<sup>42</sup> Es un rito de excomunión, también significa “maldición”.

Esta última salutación era la que le crispaba los nervios, pues bien sabido es que el viejo Rey, en cuanto cerraba la barbería a las doce, rodaba por las tabernas del pueblo hasta quedarse dormido hecho una uva. Pero aquella mañana sentíase alegre con el suave calor de su *mañanita* de mezcal, despertaba efímera su vieja alegría, y escuchaba la canción de los pájaros mecidos en su ensueño lejano...

De pronto se oyó un tropel, y frescas voces varoniles gritaban:

—¡Por aquí!... Almorzaremos antes de seguir...

Y una cabalgata de charros, brillantemente enjaezada,<sup>3</sup> dobló la esquina y pasó en turbión. Uno de los jinetes volvió el rostro, y viendo el rótulo del flebotomiano,<sup>4</sup> exclamó:

—¡Hola! ¡Un salón de aseo!... Yo me afeito mientras ustedes almuerzan, y si me tardo, los alcanzo en el camino...

—¡Que no tardes! –le gritaron, en tanto que el viajero se dirigía al viejo Rey:

—¿Puede el tío despachar?

—¡Andando el amo! –respondió el viejo, contento de su fortuna; y después de que el viajero ató el cabrestante de su caballo a una celosía, penetraron al cuartucho.

---

<sup>3</sup> Adornos que van en las cintas que se entrelazan en las crines del caballo.

<sup>4</sup> Hombre que tenía por oficio desangrar a los animales.

—¿Va su merced a afeitarse solamente?

El viajero consultó su reloj y dijo:

—El pelo y la barba... ¿Entiendes tu oficio?... Voy a una fiesta en la hacienda de Peotillos<sup>5</sup> y quiero presentarme bien... No tuve tiempo de arreglarme en la ciudad...

—¡Quedaré el amo satisfecho!... Sólo que... –dijo midiendo la bizarra<sup>6</sup> postura del cliente –mis navajas están mal afiladas y tendrá el señor que esperar un momento a que afile bien una...

El viajero, que se había descubierto instalándose en el sillón sobre el que el viejo Rey había extendido una gran toalla limpia, se sintió contrariado, pero su presunción triunfó de su impaciencia, y chasqueando los dedos ordenó imperativo:

—¡Pues date prisa, viejo! –Y en tanto que el barbero echaba a girar su mollejo,<sup>7</sup> Julián Fernández, el hermoso calavera<sup>8</sup> que ya peinaba los cuarenta, púsose a inspeccionar los cromos sucios que decoraban la barbería: panoramas de batallas, paisajes de nieve, bustos de emperadores y guerreros... de improviso llamó su atención un óleo marcado<sup>9</sup> en roble; era una muchacha morena, de soñadores ojos

---

<sup>5</sup> Se refiere a la exhacienda de Peotillos ubicada en San Luis Potosí.

<sup>6</sup> Exótica.

<sup>7</sup> Piedra redonda usada para afilar.

<sup>8</sup> Hombre que sale de fiesta, irresponsable y poco serio.

<sup>9</sup> Se refiere a que el cuadro se halla en un marco de roble.

negros, crenchas<sup>10</sup> oscuras cayendo a los lados del busto fuerte y bello. Fijóse más y descubrió cierta semejanza en un recuerdo suyo, comparó, levantóse sañudo y sorprendido, acercóse al óleo y estudiándolo murmuró a media voz:

—¡Diablo, diablo!... Sí... ¡pero no!... ¡o el pintor era un artista que copió al natural a Lupe Rey, o la casualidad quiere jugarme una broma!

Y volviéndose al viejo:

—Sabes, tío, ¿que te compro ese cuadro?

El viejo había observado placentero la curiosidad del desconocido, pero al oír su soliloquio suspendió su tarea, y al escuchar el nombre de Lupe Rey sintió una conmoción espantosa. Palideció profundamente, mas fustigó su voluntad poderosa, y riendo como reiría un tigre, adelantóse jovialmente haciendo la corte al desconocido:

—¡Como su merced quiera! El cuadro es suyo... sólo que... sólo que... —añadió con una seña que indicaba un buen precio.

El viajero tuvo un sobresalto:

—¿Cómo te hiciste de ese cuadro? Es un retrato, ¿verdad?

El viejo sobresaltóse más aún, pero tranquilamente:

—Lo compré un día de feria en la ciudad... —dijo— pero he oído decir que vale... que el cuadrito es de mérito... se han interesado por él y quiero venderlo bien.

Julián Fernández, sereno entonces de su vago perturbamiento, añadió mientras volvía a instalarse en el sillón:

—Bien. El cuadro es mío; ¡tú pones el precio! —Y seguro de adquirirlo por poco dinero, que para el viejo sería mucho, dio rienda suelta a su verbosidad de aventurero ante la sagaz impertinencia del viejo que lo había halagado como serpiente fascinadora:

—¡Ah, mi amo!... ¡Se conoce que a su merced le gustan las lindas mozas!... ¡Y esa, si es retrato, debe ser una real hembra!... Fresca como una flor... y unos ojos... y una boca... y unos hombros... y unos cabellos... ¡Cuenta! ¡Cuenta, mi amo, si ha conocido cosa igual! —Agregó entusiasmado al ver que Julián sonreía, con su sonrisa cínica de mujeriego que encuentra auditor para relatar una aventura.

—Te diré: esa muchacha se parece como una gota de agua a cierta Lupe Rey —¡De esto hará unos veinte años!— una potosina que conocí en un barrio de San Luis. ¡Preciosa muchacha! Diez y seis años, linda como una onza, con unas caderas, unos pechos y una boca, ¡qué boca!, ¡era una fruta que yo mordía con deleite al gozar los soberanos dones de la hermosa!...

---

<sup>10</sup> Línea que se forma en la cabeza por el cabello, para que caiga de lados opuestos; el término se utiliza para el pelaje de los caballos.



Mientras Julián hablaba, enervado con la fricción<sup>11</sup> de la jabonadura fresca sobre su rostro ardiente, el viejo escuchaba con avidez, sin dejar su sonrisa satánica, veteados los ojos ictéricos<sup>12</sup> por venas sangrientas. ¡Dios de Dios! Era su historia. La historia desgarradora de su vida. ¡Su hija única mancillada y robada y arrojada al vicio por un señor dueño de vidas y haciendas! ¡El deshonor y la infamia entrando en su casa como hienas aullantes, para cebarse en su pobre corazón de padre, matando de dolor a su esposa, matando de crápula<sup>13</sup> a su hija!... Y aquel seductor, en sus manos, a su voluntad, exacerbaba su llaga urente<sup>14</sup> en el fondo de su alma, recrudeciéndola con su delación minuciosa, avivando recuerdos torturadores, enloqueciendo la eterna sed de sangre y venganza del viejo Andrés Rey, el infeliz soldado que no pudo hallar en la guerra la muerte, pero que la encontró para su corazón, en su hogar deshecho durante su ausencia.

El viejo había regresado desconocido y se había instalado cerca de las posesiones de Julián Fernández, a quien sólo conocía de nombre por viajar casi siempre atisbando el momento precioso de caer inexorable sobre el seductor, que no sospechaba la

---

<sup>11</sup> Complacencia.

<sup>12</sup> Se refiere a la ictérica, una enfermedad que colora las venas de los ojos a amarillo.

<sup>13</sup> Referente al libertinaje, también usado para referir una borrachera.

<sup>14</sup> Que hierve, arde o quema.

existencia de un viejo barbero ebrio a quien el pueblo apodaba *Rey de Copas*. Y ahora que Andrés Rey tenía en sus manos a Julián Fernández, el mismo, joven aún, dichoso, poderoso, señor en placeres y fiestas, sentía una alegría inexplicable, una alegría de gastrónomo ante un manjar exquisito, presto a saciar su hambre, a acariciar sus dientes con su calor deleitoso de carne viva, a acariciar su paladar con el sabor sávido de la más dulce y embriagante de las venganzas.

Esmerábase el viejo en mondar de la corteza de la barba negra y sedosa aquel cuello sano y pletórico de vida; descubría cuidadosamente la yugular y la carótida, no quería que su navaja tropezara con el menor obstáculo exterior, y tenía que dominar con voluntad inaudita el temblor de sus manos febriles...

Dos hombres se presentaron a la puerta y quisieron entrar a la barbería. El viejo los vio en el espejo y volviéndose frenético gritó:

—¡Largo de aquí! ¡Estoy sirviendo a un gran señor!

Y tornando a Julián, que sonreía orgulloso de aquel arrebatado adulator, luchaba con negras ideas que infernaban el momento supremo de su venganza. ¡Le delatarían, le aprehenderían, no tendría tiempo de huir, la justicia inexorable caería sobre su cabeza maldita y no podría sobrevivir para saborear largos años su ventura de vengador!

¿Y qué era la vida después de vengado?

Preparóse para el golpe supremo; plegó su rostro patibulario la más demoniaca de las sonrisas, y pidiendo permiso a Julián para quitar un lunar de vello que había quedado sobre su cricoide,<sup>15</sup> puso en tensión los músculos del cuello de su víctima, echando atrás su cabeza, y con un grito ahogado que surgió del fondo de sus entrañas, a tiempo que asía a Julián de los cabellos, aulló a su oído en un paroxismo<sup>16</sup> de rabia:

—¡Esa Lupe Rey era mi hija!

Y le separó la cabeza de un golpe.

---

<sup>15</sup> Cartílago que se encuentra en la parte baja de la laringe. La tienen los mamíferos.

<sup>16</sup> Exaltación de los sentimientos.

## EL SUPREMO DON<sup>1</sup>

La prisión amaneció ese día con su habitual vida parasitaria y monótona. El grito angustioso de los carceleros llamando a los presos afortunados que recibían de la calle, de sus mujeres luchadoras y heroicas, pequeños cestos con viandas sazonadas por el amor, dejábase oír de tiempo en tiempo semejante al grito de un pájaro agorero; y la marea del mar encadenado temible, bajo la opaca luz del día brumoso de noviembre, rugía aprisionada en los viejos muros de Belem, despedazando en los ángulos ennegrecidos la cólera sorda de su oleaje pavoroso bajo la activa apariencia sardónica del despertar diario a una vida inútil.

En la celda de Antero López no despertaba hoy la desesperanza. Después de una noche de insomnio encabritado, habíase levantado el preso al primer

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año III, núm. 20, segunda quincena de octubre de 1900, pp. 306-307.

fulgor tardío de la aurora lívida, y con apresuramiento de soldado al toque de diana habíase vestido su ropa limpia, una camisa blanca bien oliente a jabón y su pobre traje complementario de antiguo hombre del pueblo, laborioso y honrado. Llamaron a la distribución del desayuno y el preso no concurrió: no sentía hambre, sino la emoción profunda, suprema, del hombre que después de veinte años de presidio iba a recobrar ese día su libertad.

Mientras era llamado por última vez para ser notificado de libertad absoluta, encontróse de pronto con que sus aprestos habían terminado en breve; su pequeña maleta quedó hecha, su mísero capital acumulado en largos años de trabajo de tejedor de palma y mermado por generosos préstamos a los presos más desgraciados, quedó guardado en su cinto, su víbora nutrida de relucientes pesos. Y entre tanto llegaba el momento ansiado con la suprema pasión de la vida, la de ser libre, echóse a descansar de la fatiga de su emoción incomparable. Una lasitud deliciosa, de convaleciente ávido de reconquistar su salud, le envolvía en la fruición<sup>2</sup> deleitosa de su enervamiento;<sup>3</sup> un temblor imperceptible de felicidad recorría sus miembros, galopaba en sus nervios, agolpaba la sangre a su corazón marchito

---

<sup>2</sup> Se puede interpretar como *goce* o *complacencia*.

<sup>3</sup> Viene del verbo *enervar*, que significa “debilitar”, ya sea a la razón o el estado físico.

que milagrosamente volvía a florecer como un árbol viejo; y pues que la suprema dicha trae aparejada siempre la suprema tristeza, insensiblemente volvió los ojos a los tiempos pasado, a su lejana juventud perdida, a su edad de vida y fuerza, de esperanza y de felicidad.

Soñóse recién casado con la hermosa muchacha morena que tenía demasiado fuego en la sangre, la dulce compañera de labor en sus días, la ardiente compañera de placer en sus noches; volvía a ver, hacendosa y limpia, fresca como una rosa, con la sonrisa siempre en la boca un poco pronunciada, con sus dos ojazos siempre brillantes de deseo, grises y dilatados por fulgores felinos, ir y venir, infatigable en su combustión de vida, palpitante y ágil como mariposa de amor. Antero López recordaba con intensa y amarga dicha su luna de miel inacabable, la posesión deleitosa de aquel ser insaciable y devorador que le hizo concebir por su esposa una pasión intensa y dominadora, que le hizo ambicionar para ella una vida mejor que la humilde vida frugal<sup>4</sup> de obrero, y que lo decidió a engancharse de mecánico en una compañía constructora de caminos de fierro para volar muy lejos en busca de fortuna. Recordaba la negativa de Matilde a acompañarlo al saber su decisión, su altercado queriendo él imponer su voluntad, sus súplicas, su flaqueza de hombre enamorado,

---

<sup>4</sup> Austera, restringida, sin mucho lujo.

vencido en la última noche de amor en que ella le había abrumado a caricias, dominadora por sus halagos y su omnipotencia de mujer.

—Yendo contigo gastaremos todo lo que ganes (le había dicho) y así no habremos ahorrado nada al concluir tu contrato. Yo trabajaré, ya sabes que sé trabajar, y cuando vuelvas seremos felices... ¡Anda, mi vida!...

Y al despertar y desasirse de aquellos brazos adorados, al dar el último beso a la mujer cautivadora que no se levantó del lecho para despedirlo, pues solamente al despertar era un poquito perezosa, había sentido un secreto y profundo dolor... Pero era el día de la partida por contrato, y partió. La obsesión de Matilde le seguía donde quiera; su silencio, a pesar de que él le escribía asiduamente, le destruía el corazón; un presentimiento de infortunio amargaba sus días y sus noches, y por fin, después de tres meses de padecer su soledad, rompió un día el contrato y regresó a México.

El cerebro de Antero López se entenebreció con la sombría tragedia que surgía en su memoria. Había llegado a su hogar una tarde huracanada y diluvianante; atravesó el patio desierto y llamó a la puerta; nadie le contestó y llamó más fuerte, exasperado bajo el aguacero torrencial; y de pronto vio que la puerta se abría y un hombre lo derribaba en el fango con un vigoroso golpe y se escapaba huyendo; Antero quiso perseguirlo, pero herido por un pensamiento espantoso penetró súbitamente en la habitación y vio a su

esposa desnuda en su lecho revuelto, pálida, con la delación<sup>5</sup> puesta en el semblante. Una nube de sangre ofuscó a Antero al ver a Matilde desnuda, como la había dejado al partir; se la imaginó yacente en lecho de adulterio durante toda su ausencia, y rápido como un tigre cayó sobre ella cuchillo en mano y lo hundió de un golpe en el pecho de la infeliz, que solamente pudo exclamar entre la vida y la muerte:

—¡Has matado también a tu hijo!

Fulminado por el tremendo cargo de la expirante, que tronó como un grito supremo maldición en su corazón de padre, pidió el castigo, se entregó a la justicia, no quiso atenuar su crimen a pesar de que todas las circunstancias concurrían para demostrar el flagrante adulterio de Matilde: su desnudez en el lecho, la ausencia de Antero, las visitas furtivas de un desconocido en su hogar, nada fue bastante a domar la obstinación del matador, que a las conjuraciones solemnes del juez instructor para que declarar la verdad y a las súplicas del defensor que le prometía la absolución, respondía impasible: “La he matado porque quise. Premedité el crimen y lo consumé”. Pero en la conciencia de los enjuiciadores estaba palpable, tangible, la revelación de la sombría tragedia pasional, y pasmados ante la inflexibilidad del reo que tenía en su mano la salvación y renunciaba a ella, tuvieron que cumplir con su deber. An-

---

<sup>5</sup> Acusación.

tero López vio pasar como en un sueño su proceso, la audiencia de su causa vista en jurado, y sólo cuando el agente del Ministerio Público formuló su tremenda requisitoria, pintando con los más pavorosos epifonemas<sup>6</sup> el crimen nefando de aquel criminal nato, impasible, odioso en su testarudez, autor de dos muertes horribles en una sola: uxoricidio y filicidio,<sup>7</sup> dos veces merecedor de muerte; Antero López dejó correr un raudal de lágrimas de sus ojos agostados, ¡porque la muerte para él era el descanso!

El jurado conmovióse a la vista de aquel llanto copioso y silencioso, interminable y lamentable; la defensa, después de argüir sólidamente y probar el acto pasional, se apasionó haciendo palmario el sacrificio del desgraciado; en las tribunas y en el pueblo hubo un estremecimiento de misericordia, y la pena fue, por obra de las pasiones humanas puestas en lucha, conmutada en veinte años de prisión.

Antero López vio transcurrir sus primeros años de cárcel con un abatimiento profundo durante el día; pero sus noches eran febriles y siniestras; la quemadura del deseo imposible le atenaceaba la carne, que menguaba y flaqueaba consumida por la pasión y el remordimiento. Amó a la muerta con frenesí y locura, era su visión perpetua en el silencio noctur-

no, y en su helado cenobio<sup>8</sup> de viudo y recluso, y la consunción<sup>9</sup> afligió su pecho y consumió su juventud. Su cabello y su escasa barba de indio encanecieron, y del hombre vigoroso que ingresó en Belem solamente quedaba un espectro claudicante que pedía compasión a los presos. Solícitas complacencias rodearon su huraña soledad, piadosos respetos sucedieron al desprecio primitivo de su desgracia; pero aquel hombre había muerto para toda afección; la jauría de sus recuerdos torturadores lo perseguía, lo acosaba como a una fiera vieja acorralada, y su única obsesión era la libertad, el supremo don del hombre, para huir de su martirio, como si fuese posible huir de un enemigo encarnado en nosotros mismos.

Pero él ansiaba la libertad como su única redención. El paisaje de su perdida felicidad florecía perenemente, se renovaba día a día en su fiebre por volver a gozar de la vida; y el infeliz decrepito, vivo solamente en el pasado, imaginaba encontrar el día suspirado de su regreso al mundo las dichas de otro tiempo, las amistades nobles de su juventud, los consuelos que en la desolación se sueñan como divinas promesas celestes que tienen que cumplirse. Su doble crimen estaba purgado; una dulce melancolía vino con los años cayendo como un sudario de nieve

---

<sup>6</sup> Se refiere a una exclamación de lo antes dicho, un reproche.

<sup>7</sup> Cuando un padre o una madre mata a su propio hijo.

---

<sup>8</sup> Es una forma de referirse al monasterio, un lugar de oración y claustro.

<sup>9</sup> Acción en la que la persona se debilita, se consume.

sobre su tumultuoso corazón; sus sentidos cansado al fin por la sobreexcitación diaria menguaron en vigor y concluyeron para aquietarse, adormecerse, extinguirse; y de su pasión terrible no le restaba sino un sentimiento amargo, una secreta queja contra su destino, que se apagaba en el concierto de su renacimiento a la libertad.

Contó los años, los días, las horas; impúsose como epílogo<sup>10</sup> de su sacrificio renunciar a toda idea de evasión, a todo pensamiento de pedir gracia, para salir purificado, libre, redimido, a una segunda vida... Y he aquí que el momento llegaba, he aquí que la ahora tanto tiempo maldecida por lejana y acaso imposible, sonaba en su alma como la campana de Schiller...<sup>11</sup>

Una voz plañidera<sup>12</sup> y cantante, cadenciosa y lúgubre, lo sacó de su ensueño:

—¡Ese Antero López!... ¡En libertad!

Un estremecimiento prodigioso lo sacó de su postración aflictiva, se levantó de un salto, olvidó tomar su paquete, y abrumado por el peso de su felicidad atravesó, flaqueando como herido de paraplejia, los corredores y los pasillos hasta la reja se abrió por última vez para soltar por fin aquella presa, aque-

lla fiera humana, aquella pobre bestia desdentada y vieja, abatida y miserable, inútil ya para hincar sus zarpas macilentas en el rebaño humano.

Antero López salió atontado, sonriendo como un idiota a los presos envidiosos de su felicidad, pero que lo felicitaban como a un antiguo y buen camarada inofensivo; y cuando el alcalde con voz parsimoniosa y fría lo despedía en el umbral de la prisión, cuando sus pies temblorosos y vacilantes se posaron en tierra libre, cuando lo hirió la triste luz meridiana del día nublado, Antero López sintió en su alma una transformación espantosa.

Se vio de súbito viejo, miserable, enfermo, desconocido, olvidado en el turbión humano que pasaba indiferente arrollándolo en su oleaje. Su ensueño de felicidad había muerto. Su corazón quedaba sepultado en la cripta de su prisión. ¡No volvería a ser dichoso nunca, nunca, nunca! La clarividencia de la realidad le hizo ver hasta la sima pavorosa de su miseria: ¡el supremo don, la libertad, se convertía para él en el más formidable golpe de desencanto y de sarcasmo que hubiera inventado el lenguaje humano! Solo, desamparado, sin hogar, sin amigos, sin familia, proscripto<sup>13</sup> de la celda en que vivió veinte años con sus recuerdos, no tenía ni una mano que estrechara su dolor, ni un rodrigón<sup>14</sup> que apoyara su

---

<sup>10</sup> En una composición literaria, el epílogo es el discurso final donde se recapitula lo dicho y se trata de explicar.

<sup>11</sup> *La canción de la campana* de Friedrich Schiller, poeta alemán romántico de los siglos XVIII y XIX.

<sup>12</sup> Con voz triste y lastimera.

---

<sup>13</sup> Desterrado.

<sup>14</sup> Tutor, criado de compañía.

senectud de parásita caduca, ni una mirada piadosa que vertiera en su alma el más amargo de los bálsamos: ¡la compasión!

Y abrumado por sus miserias, sin fuerzas para errar a los cuatro vientos del cielo, sin alientos para luchar y reanudar la vida, claudicante, solitario, maldito, harapo humano barrido y pisoteado, sentóse anonadado y trémulo en la esquina de la prisión, y se echó a llorar como un niño.

## FLOR Y FRUTO<sup>1</sup>

**V**iola tenía los cabellos blondos, tan rubios como las espigas de estío, y tan caudalosos que un paje hubiera podido llevarlos como la cauda<sup>2</sup> de su reina.

Viola tenía, además, la pequeña boca siempre entreabierta por una sonrisa; sonreía siempre, sonreía sin saber por qué la extrema sensibilidad de sus nervios cubiertos por una tez blanquísima y sedeña<sup>3</sup> salía a flor de su boca en una perenne sonrisa seduciente. Pasó, pequeña y graciosa, abanicando con sus blondas la mesita en que nosotros bebíamos un espumoso *bock*<sup>4</sup> de cerveza, esparciendo la frescura de su sonrisa en la tarde calenturienta de abril...

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año IV, núm. 2, primera quincena de enero de 1901, pp. 31-32.

<sup>2</sup> La cola del vestido.

<sup>3</sup> Que contiene seda.

<sup>4</sup> Se refiere a un estilo de preparación de la cerveza usado en Alemania.

—¡Qué primor! —dije yo.

—Semeja la encarnación de la alegría, y tiene una historia bien triste —dijo mi amigo, y prosiguió:

A Viola, que adolescente era un botoncito de rosa, le impresionaban los amoríos románticos de los pollos<sup>5</sup> más guapos. En las noches de luna, placíale flanear<sup>6</sup> con sus amigas por los senderos floridos de los jardines solitarios, y allá iba tras ella, tras ella solamente, una nube de jovencitos blasonados<sup>7</sup> con los nombres más aristocráticos, a cortejar a la primorosa Viola que sonreía, sonreía siempre en su inconsciente promesa de felicidad. Por ella hubo desafíos de futuros caballero, lides<sup>8</sup> de amor por su sonrisa, navajas abiertas por atavismos macarenos<sup>9</sup> en callejuelas desiertas a donde los pequeños Don Juanes iban a disputarse a Viola.

Su fama de cautivadora esparcióse por la ciudad; las muchachas casaderas la miraban con envidia disfrazada de curiosidad; los garzones<sup>10</sup> conquistadores inscribiéronse en la corte de amor del hechicero botón de rosa que en breve tiempo, milagrosamente, se

había abierto en magnífica flor de juventud, aunque sin dar aún su olor, como el nardo de Sulamita.<sup>11</sup> Y esa flor, abatida por mariposas sedientas, por abejas insaciables, debía ser tronchada en breve. Una mañana en que pasaba la preciosa por una de las avenidas brillantes, en el ardor del medio día, ataviada y seductora en su sonrisa turbadora, al pasar frente a un bar elegante, una cortina de seda se alzó con presteza y dos ojos ávidos devoraron a la niña, que acariciada por ellos, ruborizóse y sonrió...

—¡En verdad es guapa! —dijo Rogerio Aldaz a dos camaradas con quienes libaba alegremente— ¡y juro por la infancia de Baco<sup>12</sup> que la gozaré como gozo esta copa!

Y vació su *bitter*<sup>13</sup> de un trago.

Desde entonces el irresistible calavera asedió a Viola sin misericordia: más audaz y más práctico que los amadores platónicos de la linda rubia, se hizo corresponder de ella, que estaba orgullosa de ver rendido a sus pies al galán más famoso entre la garzonía<sup>14</sup> turbulenta; las citas a media noche fueron concedidas pronto; las frases quemadoras de

<sup>5</sup> Hombres jóvenes.

<sup>6</sup> Viene de la palabra francesa *flâneur*, que significa “paseante”, alguien que solo vaga por las calles sin un propósito.

<sup>7</sup> Se refiere a que presumen de adorno un escudo de armas, tanto de una familia como de una ciudad.

<sup>8</sup> Que se pelean o luchan.

<sup>9</sup> Es una palabra de uso coloquial refiere a una persona guapa.

<sup>10</sup> Jóvenes que van en búsqueda de cortejar a alguien.

<sup>11</sup> Nombre propio de origen hebreo, significa “la mansa o la pacífica”.

<sup>12</sup> Dios antiguo romano que representa el vino, la fiesta y los vicios. Viene del griego Dionisio.

<sup>13</sup> Referente a una bebida alcohólica aromatizada con esencias de hierbas.

<sup>14</sup> Una persona que lleva la actitud de cortejar.



Rogerio abrasaron el corazón apasionado de Viola, sus nervios vibrátiles se espasmodiaron en los dulcísimos coloquios y concluyeron por rendirse a la soberana voluntad del vencedor; y una noche en que él desplegó todo prestigio de su palabra arrolladora, la niña, rendida, le dijo en un suspiro:

—“¡Llévame!” —y él no tuvo más trabajo que alzarla en sus brazos codiciosos para que salvara las medias rejas de su balcón bajo, y raptarla, semidesnuda y palpitante, para hacerla suya.

El idilio duró breves meses. El seductor, protegido por la orfandad de Viola, pudo ostentarla en triunfo por la ciudad, más bella que antes de ser raptada, florida y joyante,<sup>15</sup> caída en sus brazos como abejaruco<sup>16</sup> seducido por fascinadora serpiente; pero cuando Viola, en su inocencia sorprendida, comprendió que su pureza habíase deshojado; cuando, atada a su amor fatal, vio desaparecer la pléyade de sus amigos y el cortejo de sus amadores, alejados unos por el estigma social de Viola y otros por miedo a Rogerio, la dulce niña comenzó a entristecer y a marchitarse. Su gracia deleitosa, la sonrisa, desapareció con su pureza y su alegría, y cuando el amante la vio pensativa y desconocida en su taci-

turnidad, pronto se hastió de ella. Las macabeas<sup>17</sup> y el bar lo atraieron de nuevo; las copas desdeñadas por el ardor de la conquista femenina llenaron el vacío de su desencanto; pero encontróse súbitamente repudiado por las bellas a quienes saludaba en la calle y fríamente acogido por sus amigos: solamente sus camaradas de taberna le acogieron alegremente pidiéndole noticias íntimas de Viola, con curiosidades de libertinos que olfatean un nuevo placer.

Rogerio no era tan depravado que no repugnara tales preguntas; alejóse también de los antiguos camaradas que pisoteaban una pureza que solamente él había tenido derecho a hollar, y encontrándose súbitamente desencantado, joven, rico, libre, un día desapareció dejando a Viola bajo un sobre un rollo de billetes. La dulce niña se vio entonces abandonada y sola, a la merced de una ronda de codiciosos de su belleza y juventud; pero esta vez no era la garzonía florida de los aristócratas imberbes,<sup>18</sup> sino una ronda fatídica de banqueros, viejos sátiros, libertinos, matronas que la asediaban, la acosaban sin descanso. Pintábanle con aborrecible hipocresía su desamparo, su irremediable miseria, su falta de sostén; unos cínicamente declarábanle su amor y su de-

---

<sup>15</sup> Se refiere a la seda, fina y lustrosa.

<sup>16</sup> Pájaro de colores muy llamativos, entre los que destacan el amarillo, verde y rojo.

---

<sup>17</sup> Lo utiliza para referirse a mujeres. El macabeo es relativo de Macas, una ciudad del Ecuador.

<sup>18</sup> Significa que todavía no tiene barba. Puede referir a muchachos muy jóvenes.

seo; otros cobardemente franqueaban su puerta en nombre de antiguas amistades de sus hijas o de sus hermanos con Viola; pero ella se mostró inflexible, incorruptible, inexpugnable.

El amor habíale abierto los ojos a las traiciones de la vida; comprendió la fatalidad de su caída cuando la sonrisa desapareció de su boca; lloró la ausencia de Rogerio y su cobarde abandono con lágrimas amargas; pero la alivió un celestial consuelo al sentir en sus entrañas la renovación de su vida. Desde entonces prometiéndose, arrepentida y fuerte, no descender en la pendiente, ser toda para su hijo, ofrecer a la adolescencia del niño la honradez de su vida pura, para que él al comprender la vida no se sonrojara de ser hijo del amor. Pero en su ignorancia de las necesidades y las miserias no pensó que el dinero se agotaría, y encastillada en su casa fue consumiendo uno a uno los billetes que constituían su efímera fortuna. Una mañana vio con terror que cambiaba su último billete y que desaparecía rápidamente. Llegó el primer día en que faltó dinero y su criada le aconsejó vender una lámpara; poco a poco fue vendiendo todo lo que poseía, y al aproximarse por momentos su alumbramiento, no le quedaba más que un colchón para recibir a su hijo, pues había vendido su lecho para afrontar los gastos del parto. La criatura nació, linda como un querubín, un niño, y la pobre y feliz Viola, apenas se puso en pie, lo llevó al orfanatorio a que se lo cuidaran mientras ella trabajaba en un taller para ganarse la vida.

Habían pasado más de dos años cuando el brillante calavera Rogerio Aldaz volvía de un viaje por Europa, donde había bebido gozado a sus anchas, donde había saboreado todos los placeres con la avidez con que un día vaciara una copa de *bitter*. Volvía con un joven gentilhomme español a quien le mostraba su ciudad con el orgullo de mostrar la única ciudad mexicana de abolengo ilustrísimo; y una tarde en que con su tarjeta se había hecho abrir las puertas del orfanatorio, enseñaba a su amigos los diversos departamentos cuando se detuvo de pronto ante una aparición que lo dejó arrobado y petrificado:

Una rubia primorosa, humildemente vestida, daba el pecho a un pequeñito bambino, y la púrpura del pezoncito del casto y culminante pecho era tan viva como la boquita que se contraía en ávida succión. La joven contemplaba al niño que le sonreía, y Viola sonreía también, con su antigua risa infantil y cautivadora. En un instante Rogerio evocó el paisaje de su felicidad de amor, la sonrisa que lo había cautivado y enardecido y que ahora le despertaba una emoción intensa y desconocida, profunda y dulcísima, ante aquel niño que era su vivo retrato, el retrato de Rogerio niño en uno de los cuadros de la galería señorial de su familia.

Alzó Viola los ojos sonriendo siempre, y al reconocer a Rogerio lanzó un grito, cubrióse el pecho súbitamente y púsose encendida como la grana, mientras Rogerio, flaqueante y dichoso, arrepentido y venturoso ante la flor y fruto de su vida, decía

lacrimoso estrechando a la madre y al niño contra su corazón:

—¡Marqués, ésta es mi Viola muy amada y éste es mi hijo, y os pido con toda mi alma que apadrinéis mi boda!

## EL DICTADO DEL MUERTO<sup>1</sup>

Cuando entramos al pequeño recinto de las sesiones espiritistas, algunos fanáticos esperaban con rostros de mansedumbre, rostros inclinados oblicuamente como en las figuras consagradas de Van Eyck<sup>2</sup> en las reales tapicerías de España. Silenciosos, mansos, vacuos, en abatimiento de grey carneril,<sup>3</sup> tenían su anímula<sup>4</sup> presta a desligarse del cuerpo mal alimentado con legumbres al uso de Cornaro,<sup>5</sup> para dejarla pacer anchamente en los Campos Elíseos de la bobería. No pude reprimir mi desagrado al dominar de una ojeada el escenario e imaginarme fugazmente

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año IV, núm. 7, primera quincena de abril de 1901, pp. 106-108.

<sup>2</sup> Jan van Eyck, pintor flamenco del siglo xv.

<sup>3</sup> Se refiere a que adoptaron la actitud de un rebaño de carneros. Grey viene del latín *grex* que significa “rebaño” y “carnil”, relativo al carnero.

<sup>4</sup> Alma pequeña.

<sup>5</sup> Podría referirse a Luigi Cornaro, escritor veneciano del siglo xvi, conocido por sus tratados sobre la dieta.

la *comedieta*<sup>6</sup> que seguiría, y saludé parsimonioso al honorable Sr. Llaven que se adelantaba hacia nosotros místicamente afable, con la beatitud de un inquilino de Sión.<sup>7</sup>

La visita procedía de mi amigo que me había tentado:

—Ven; es un caso curioso y raro: una histérica, admirable médium escribiente a quien se le acaba de morir su prometido, que desea saber las primeras impresiones del espíritu amado, en su vida ultraterrestre.

Y en verdad que los ojos fosforescentes, errantes, flameadores, de la joven enlutada que destacaba fuertemente su perfil asceta<sup>8</sup> de visionaria apocalíptica, irradiaban una fascinación irresistible. Colocado yo en un ángulo de sombra, pude observar sin ser observado la organización admirable de la médium para la transfiguración cataléptica,<sup>9</sup> su nerviosidad excesiva, perturbada ostensiblemente por sacudimientos vibrátiles involuntarios, su palidez marmórea y patológica, su lasitud pectoral amenazada de consunción, en tanto que Panurgo<sup>10</sup> abría a

su aprisco una estrecha rendija de lo incognoscible y por ella se precipitaba, atropellándose, la venturosa idiotez del buen Sancho, rediviva en aquel rebaño de sanchos auténticos.

Al oír la voz del sugestionador que la llamaba para la prueba suprema, la joven se estremeció como si saliera de un sueño, avanzó dócil, anhelante —¡por fin iba a realizar su ensueño de comunicación con su amado!—, y en breve no fue en manos del hipnotizador sino una materia dúctil, una máquina humana que provista de lápiz y papel escribía febrilmente, con religioso pasmo de la grey congregada, escribía con rapidez taquigráfica, hasta que el Sr. Llaven, consultando su reloj, cortó la conexión del espíritu transmisor, y por medio de tres habilísimos pases hizo abrir los ojos enloquecidos a la joven que, trastabillante, soñolienta aún, fue a ocupar su anterior asiento.

El Sr. Llaven, sin abandonar su beatífica flebilidad,<sup>11</sup> iba a hacer tal vez una síntesis del escrito leyendo mentalmente, cuando a las primeras líneas lo vi palidecer y vacilar... El auditorio esperaba, y el sugestionador, haciendo un gran esfuerzo para dominar su turbación, dijo fatigosamente:

—El espíritu evocado goza de bienaventuranzas eternas... os bendice y os exhorta al bien... pero hoy ya es tarde y en la próxima sesión os diré su volun-

---

<sup>6</sup> Es el diminutivo despectivo de *commedia*, palabra italiana.

<sup>7</sup> Revisar la nota 24, p. 70.

<sup>8</sup> Se refiere a una persona que busca la perfección espiritual, para ello se ha alejado de lo mundano.

<sup>9</sup> El cuerpo se suspende en sensaciones y queda inmovilizado, como si se estuvieras muerto, pero aún se sigue vivo.

<sup>10</sup> Personaje de *Gargantúa y Pantagruel*, de François Rabelais.

---

<sup>11</sup> Se refiere a una buena actitud, muy flexible y comprensiva.

tad... Y vos también, hija mía –añadió dirigiéndose a la joven que escuchaba tremulante– hasta entonces oírís su palabra... os ruego que esperéis...

Y como todos se levantarán obedientes y se despidieron unos a otros con humildad de bienaventurados pobres de espíritus para quienes fue hecho el reino de los cielos, increpé a mi amigo sacudiéndole un brazo:

—¿Crees que también soy del vil rebaño?... me has traído a ver un caso curioso y raro, y yo quiero leer lo que hay escrito en ese papel.

—¡Yo también quiero! –dijo él, y aprovechándose del aturdimiento del hipnotizador, se apoderó del papel olvidado sobre la papelera y huimos a un café, donde ya solos leímos esto, esto que me pavoriza aún, hoy que procuro reconstruir la espantosa revelación.

Alma:

Todas las torturas del infierno, todo los suplicios infamantes de los precitos, inventados por la locura de los hombres, no son comparables a la despedazante agonía que he sufrido en mi lecho de muerte y en mi sepultura maldita... ¡Yo yacía vivo, vivo, con el infinito deseo de verte, de gozarte, de perpetuar la fiesta de mi juventud inmortalizada por tu amor!... ¡Maldición! ¡Y un médico ignorante había declarado que yo estaba bien muerto!... Mi catalepsia provocada por el ataque

agudísimo de neurastenia<sup>12</sup> que sufrí había paralizado todos mis movimientos, las manifestaciones más sutiles de mi vitalidad latente en el núcleo de mi corazón, esparciendo un frío cadavérico en mis miembros rígidos... ¡pero yo oía y pensaba, y era un tormento abominable saber los preparativos de mi entierro!... Oía el llanto lamentable de los míos, el llanto de mi madre que sollozaba del fondo de sus entrañas, el llanto de mis hermanas, cuyo amparo fui, y los gritos desgarradores tuyos, tus gritos de amor y delirio que me partían el corazón... Cuando te sujetaron por fuerza y te arrancaron de mí, oí la carcajada estridente de tu nerviosidad exasperada por el dolor, y al alejarte de mi estancia comprendí que me arrancaban la última esperanza de volver a la vida... Mi espanto crecía desmesuradamente a cada instante que volaba... Los cuchicheos de los dolientes que acudían atraídos por el miedo tenebroso de la muerte me hacían sufrir pavuras indecibles. ¡Ah! ¡Ellos no sabían si estaban tan próximos como yo a saber lo que era la muerte!... La impotencia de hacer palpable mi vida me exasperaba hasta el vértigo; mi razón se entenebrecía con la noche de la locura y por un prodigioso esfuerzo volvía a la lucidez con la sarcástica ilusión de que pasaría mi catalepsia antes de ser inhumado. ¡Dolorosa irrisión de mi anhelo febril de vivir!... ¡No parece sino que tenían prisa de deshacerse de mí! Apenas habían

---

<sup>12</sup> Trastorno que debilita el sistema nervioso.

dejado la estancia mortuoria tú y mis hermanas, piadosos parientes se encargaron de la fúnebre tarea de vestirme para tenderme; yo lo sabía por las palabras que murmuraban en torno mío. Después comprendí que me ponían en el ataúd angosto donde debía yacer para siempre, y me trasladaban a una pieza en cuyos ángulos se agrupaban las plañideras<sup>13</sup> encargadas de ronronear camándulas<sup>14</sup> por mi anima, las veladoras de oficio, aborrecibles en su apariencia de aves negras de los cadáveres... Las horas pasaban con tediosa monotonía para ellas, pero con vertiginosa velocidad para mí, que renegaba de la estupidez humana y de mi fatalidad inexorable... Yo tenía dos amigos, médicos inteligentes, y anhelaba que alguno de ellos me visitara en mi lecho de muerte y que por curiosidad, ya que no por afecto, me examinara para cerciorarse de si ya no existía; pero, o no sabían mi fallecimiento o no quisieron molestarse en concurrir. El silencio del cansancio en quienes me velaban, la suspensión de las preces<sup>15</sup> por el sueño de las plañideras, fue para mí más espantoso todavía que el cuchicheo; preveía el momento definitivamente fatal y un terror inconmensurable me hacía luchar inútilmente por romper mi odiosa apariencia mortal, más la

---

<sup>13</sup> Revisar la nota 12, p. 90.

<sup>14</sup> Referente al rosario.

<sup>15</sup> Oración, súplicas, a dios por el socorro en necesidades públicas o particulares.

paralización invencible hacía que se estrellara mi rebeldía inútil con una impotencia mil veces cruel... Recorría ya minuciosamente mi vida, con avidez desenfadada, a fin de recordar qué crimen, qué monstruosidad habría cometido para merecer aquel tremendo castigo, y no encontraba en mi requisitoria inflexible méritos bastantes a justificar suplicio tan horrendo... Me llevarían, así, consciente e inerme, los verdugos sanguinarios e irresponsables, los homicidas tenebrosos bajo la apariencia aflictiva de su máscara dolorida, ¡Dios del cielo! ¡Y me enterraría vivo! ¿Dónde estaba, pues, aquella misericordia infinita que los hombres han pregonado en su cobardía delincuente como supremo atributo de la divinidad?... Y mi impiedad se espantaba de su formidable imprecación, y caía de la cima de su soberbia a la sima insondable de su miseria, y de lo más profundo de mi alma apostasiaba<sup>16</sup> de mi rebelión y me prosternaba en el polvo de mi contrición demandando gracia, con ardiente fe en el prodigio... “¡Señor!, que descienda hasta mí tu infinita misericordia! ¡Tú que resucitaste a Lázaro! ¡Tú que resucitaste al hijo de la viuda de Nain<sup>17</sup>! ¡Haz, Señor, el milagro, pequeño para tu portentoso poder, de redimir mi apariencia mortal! ¡Auxíliame! ¡Sálva-

---

<sup>16</sup> Que está abandonando su religión.

<sup>17</sup> Se refiere a un pasaje bíblico, en donde Jesús revive al hijo de una viuda en el pueblo de Nain.

me! ¡Tú, el único Todopoderoso!... Y mi delirio místico y mi deseo vehemente y mi locura de vivir para amarte, ¡oh alma que has sido amada como ninguna lo fue en la tierra!, se estrellaban como mi rebeldía irreductible ante la impasibilidad de lo irremediable. Mi rogación delirante, de amarga y dolorosa vehemencia, me abismaba en la vorágine insondable que ha tragado a la humanidad durante dos milenios en la divinización del milagro; y naufrago, perdido en las entrañas del maelstrom,<sup>18</sup> imploraba con la ceguedad de la fe, con la venda sempiterna de la esfinge; y mi festinación de creyente, de contrito, de piadoso, de propositario<sup>19</sup> en proclamar a mi vuelta al mundo las excelencias de la inmortal misericordia, se atropellaba en mi cerebro enloquecido ante la videncia de la tenebrosa realidad... Cortó mi ruego sin fin un ruido de pasos que me circundaban y escuché frases que me cercioraron de que la hora de llevarme al cementerio había llegado... ¡Maldición!... Un terror inconcebible se apoderó de mí, quise gritar con todo mi ímpetu, quise con un esfuerzo prodigioso romper los lazos invisibles que ataban mis miembros rígidos; pero a despecho de mi voluntad, ningún músculo, ni el más noble, ni el más sensible, me obedeció, ni mi lengua vibró con la menos perceptible contracción,

---

<sup>18</sup> Remolino que se forma en los mares.

<sup>19</sup> Que tiene un propósito.

ni mi garganta emitió el menor aliento que no arrojaron mis pulmones fosilizados, ni mis párpados, ni mis labios, ni mis vertebras, ni los flexores del dorso de mis manos, ni mi tórax, que yo juzgaba jadeante y henchido por la angustia y el espanto, ni mis flancos que en plena posesión de mi sensibilidad se hallarían palpitantes como las hijares<sup>20</sup> de un perro fatigado, ni mis arterias que con tan tremenda sobreexcitación hubieran estallado... ¡nada, nada obedecía a mi voluntad impotente!... Si alguien me hubiese auscultado el corazón oprimiendo su oído sobre mi pecho, no habría percibido sus tenuísimas palpitations: ¡mi pecho era la losa de mi sepulcro y sobre él habría sido impotente la sensibilidad de un micrófono!... ¡Me levantaron!... Lo comprendí con terror inmedible en la explosión de lamentaciones lacrimosas, me levantaron y colocaron mi féretro en el pavimento para que, alzada la tapa de mi ataúd, los míos me vieran por última vez... ¡Dios tremendo! Un martillazo estridente, lúgubre y seco, me hizo saber que clavaban la tapa, que me aherrojaban<sup>21</sup> para siempre, que me proscribían de los vivos, que me condenaban para toda una eternidad a la muerte, a la putrefacción, a la nada. Me veía interiormente roído por los gusanos que holgaban en

---

<sup>20</sup> Cuero rígido.

<sup>21</sup> Cuando a una persona la subyugan y la meten en prisiones de hierro.

mis pústulas, que se multiplicaban en mi carne disuelta... ¡Condenación! ¡Y yo estaba vivo, vivo, y me entregaba así, odiosamente inerme, a que me echaran como pasto putrefacto a la voracidad de las larvas inmundas!... Contaba con estupor los martillazos que daban a cada clavo... ¡era una horrible sinfonía la de los martillazos y el llanto!... ¡Cuando se cercioraron de que la clavazón era hermética, de que no podría escaparme para venir por las noches a llorar mi desventura en los sitios para mí más queridos, me alzaron en hombros y me llevaron!... Y mi pobre corazón lacerado, despezado, triturado, venciendo en su poder de entraña, más noble que mi cerebro quebrantado, abrió a raudales la fuente viva de mi dolor y gemí en mi ánimo con la amargura dolorosa que no ha existido jamás... Me pusieron en un tranvía fúnebre cuya trepidación me torturaba horrorosamente, y yo oía la vida resonar en torno mío, la vida colmenearía de la ciudad estruendosa, y una angustia infinita se anudaba como víbora constrictora a mi corazón apasionante y me mordía para inocularme de nuevo el virus viperino de la rebelión... ¡No! ¡Dios de Dios!... Aquello era formidablemente injusto como es omnipotente el poder divino, y yo acusaba a Dios de impío, y mi alma blasfema lo

apostrofaba<sup>22</sup> con los dicterios<sup>23</sup> más candentes, en explosión de cóleras horribles que solamente los condenados del Cócito<sup>24</sup> pueden formidarse... La ciudad quedaba atrás con una vertiginosidad kaleidoscópica; el trayecto no fue para mí más que una ilusión de trayecto, y con una lejana vislumbre de sensibilidad exterior, sentí cuando el carro se detuvo definitivamente a la entrada del panteón, y que manos abominables se apoderaban de mí, y me bajaban ¡oh, sí, me bajaban!, ¡y me conducían atropelladamente al lugar del camposanto, del campo maldito donde estaba abierta mi sepultura! Tormentos indecibles, torturas sin nombre me corroían como corrosivos hirvientes... ¡Ah! ¿Era, pues, consumado mi sacrificio?... Me suspendieron en el aire... ¡Maldición de maldiciones!, ¡y me bajaron lentamente hasta que caí para siempre en tierra, en el fondo de mi sepulcro!... Entonces sentí un zumbido sordo, como de riada que desciende, en mi cráneo, en mis sienes, en mis arterias... ¡Era la sangre, la sangre vivificadora que se precipitaba de nuevo en mi organismo para bañarlo con su riego de vida!... En este instante supremo, oí con terror inconcebible un

---

<sup>22</sup> Se refiere a hacer preguntas a algo inanimado, o que carece de vida, ya sea una persona o un objeto.

<sup>23</sup> Insultos.

<sup>24</sup> En la mitología griega, el Cócito era un río del Hades por donde vagaban los condenados que no podían pagar a Caronte, durante cien años.



ruido sonoro y siniestro sobre mi ataúd: ¡la primera paletada de tierra! Y luego un redoble furioso que caía cada vez más sordo... ¡Dios mío! ¡Dios de piedad!... ¡Me enterraban!... ¡Me habían enterrado!... ¡Dios de misericordia!... Y yo respiraba trabajosamente... Yo abría los ojos... ¡Vivo!... ¡Al fin vivo!... Y la asfixia...

(Aquí fue donde el honorable Sr. Llaven consultó su reloj).

## UN EGOÍSTA<sup>1</sup>

— **P**rimo –me dijo la pequeñita Maud que parecía una muñeca de porcelana de Saxen,<sup>2</sup> dieciséis años, blanquísima, ojos lilas y crenchas<sup>3</sup> rubias–, primo, ve a hablar a papá, te lo ruego... León es tu mejor amigo, y papá me tiene en una prisión y yo no puedo hablar con él... Papá te quiere mucho y no te negará que León entre a casa... ¡Anda!...

La encantadora decía esto con tal mimo, que yo sonreí subyugado y obedecí. Atravesé el basto salón resplandeciente en la fiesta señorial de la familia congregada; acaricié a uno de los minúsculos sobrinos, un bebé picaruelo<sup>4</sup> como un gorrión, que vino

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año IV, núm. 8, segunda quincena de abril de 1901, pp. 122-126.

<sup>2</sup> Puede referir a Sachsen, es decir Sajonia, cuya capital Dresden es el centro de manufactura de porcelana.

<sup>3</sup> Término que se les da a las líneas que forma el pelo.

<sup>4</sup> Se refiere a que es tierno y a la vez malicioso.

a mí con los brazos abiertos y se asió a mis rodillas gozoso, y en medio del bullicio de conversaciones y risas de la dichosa velada en que viejos, garzones<sup>5</sup> y niños celebraban el día de la abuela, me dirigí al buen sesentón que reposaba en una poltrona,<sup>6</sup> pensativo a pesar de sus ojos risueños, pleno todavía de vida juvenil.

—¿Tío, me dispensas que te llame aparte?

El tío se levantó apoyándose en mi brazo

—¿Qué mosca te pica, muchacho? —y complaciente me llevó a un ángulo solitario y agregó en tono zumbón<sup>7</sup>:

—Sentaos, caballero, y decidme qué os pasa.

—Tío —reanudé envalentonado con la cariñosa acogida, pues el viejo en verdad me quería como si fuera uno de sus hijos—, León Valmar está verdaderamente enamorado de la bella Maud...

—¿Y?... Me interrumpió poniéndose en guardia al ver mi súbito desplante.

—Y Maud está impresionada del bravo mozo, que bien sabes es un pundonoroso<sup>8</sup> heredero de su nombre; por lo cual te ruego encarecidamente, salvo tu experiencia y tu criterio, le permitas visitar...

—¿Mi casa?... —concluyó el viejo irguiéndose. Pero dominándose y venciendo su extraña impetu-

sidad en él que era la bondad misma, ante el afecto que me dispensaba y ante mi sinceridad irreflexiva que a pesar mío lo había herido, me dijo en dulce reconvencción:

—¡Bien se ve, Jorge, que no sabes nada de la vida!... ¡Vaya! Te contaré a ti, ya que juegas a hombre... aunque no, ya que eres un hombre, puesto que hablas en serio de estas cosas... te contaré a ti la pena que me roe lentamente el corazón a pesar de los años que todo lo hielan, aun los pesares más candentes...

Y ordenando que llevaran dos tazas de té a su estudio, contó así el buen viejo:

—Antes de que se viera, como esta noche, reunida toda nuestra familia, como bien sabes, azares de la suerte hicieron que se dispersara en distintas ciudades y países. A los veintisiete años de edad, yo vivía con mis dos hermanas y mi madre en una pequeña casa que el laborioso esmero de ellas hacía parecer un pequeño palacio de infantas en exilio. Un trabajo abrumador de escritorio me tenía alejado todo el día del hogar, y por las noches era para mí un dulce consuelo, la satisfacción heredada de nuestros mayores, pasar breve descanso en la velada familiar, a lado de mi madre, mis hermanas y Alfredo Orrantía, el consentido de la casa, guapo mozo, de treinta años a quien yo trataba ceremoniosamente por serme antipático, pero al que mi hermana mayor, Andrea, nos había impuesto a mi madre y a mí, después de oposiciones acres, para aceptarlo como novio oficial. Él se presentaba todas las noches correcto, atil-

<sup>5</sup> Revisar nota 10, p. 94.

<sup>6</sup> Silla de brazos bajos, amplia y cómoda.

<sup>7</sup> Tono burlón, poco serio.

<sup>8</sup> Intención de mejorar como persona.

dado, desde hacía cinco años, y saludándonos con galanterías palaciegas,<sup>9</sup> nos platicaba versatilidades, del mal o del buen tiempo, de la política, porque éste ha sido desde antaño el país por excelencia de la política, de bailes y de no sé qué cosas, pero siempre hallaba coyuntura para hablar a solas con Andrea, hasta que mi madre se levantaba de su asiento indicando que ya era hora de dormir. El caso es que mi pobre hermana estaba loca por Orrantia; por él había despreciado ventajosos partidos que se habían iniciado con aprobación de mi madre, que veía en ellos alianzas de familia y prendas morales que solamente con los años se saben escudriñar y justipreciar. ¡Nada!, a todos renunció con afabilidad o dureza, según que insistieran ellos en su pretensión, para preferir aquel hermoso, es verdad, pero hurafío joven, taciturno, hastiado de los placeres, según inquirió mi madre, que había sabido dominar a Andrea con su arte maligno para cautivar a las mujeres.

Yo me sublevaba ante aquel noviazgo que contaba un lustro, y me sentía herido al ver que para estudiar el carácter mi hermana, era mucho estudiar, y que la limpieza de nuestro linaje era bastante blasón<sup>10</sup> a decidir a un joven oscuro, advenedizo, que no poseía bienes de fortuna, sino un alto empleo gubernativo y que estudiando el carácter de su prometida con

más prolijidad que un psicólogo moderno, se había enseñoreado en mi hogar gracias a que Andrea era la consentida, la tiranuela por su carácter altivo, pero cautivadora por su hermosura prodigiosa.

Andrea era, en verdad, un prodigio de hermosura: cuerpo donairoso y garrido, rostro de diosa griega, manos ducales,<sup>11</sup> pies pequeños y un porte y una viveza de inteligencia que hacían el delirio de todos los garzones que tenían la felicidad de tratarla... ¿Qué esperaba, pues, aquel bausán<sup>12</sup> que no se casaba? Bien sabía que Andrea era tan hermosa moralmente como era bella en cuerpo y rostro, y que era la encarnación soñada de la felicidad que él estudiaba concienzudamente para ver si le convenía o no le convenía darle su blanca mano.

Por entonces cambió mi vida que yo veía deslizarse inútilmente, complicando mis sagrados deberes de heredero, sin otra herencia que sostener a mis hermanas, pues la adversidad había segado todos nuestros bienes, y aprovechando la circunstancia de que mi hermano menor se creaba una posición bastante para sostener a la familia como yo la sostuve, después de una entrevista en que me juró cumplir como yo cumplía, desaparecí exasperado por la mediocridad, a impulsos de la ambición que desperataba en mí con los alientos tardíos pero fuertes, de

---

<sup>9</sup> Actitud de realeza.

<sup>10</sup> Se refiere al escudo de su familia, es decir, lo que representa.

---

<sup>11</sup> Revisar nota 5, p. 61.

<sup>12</sup> Persona boba.

nuestra estirpe conquistadora, y me lancé en busca de fortuna, animoso, apto, desafiador de los peligros que inventa el temeroso y débil, pero que no existen para el que en acción lucha por la vida.

Los primeros años fueron crueles y amargos: no parecía sino que la suerte se obstinaba en vencer mi obstinación, en domar mi voluntad indomable. Bregué<sup>13</sup> como un luchador maldito; saqué fuerzas de mi flaqueza no moral, sino corporal, por el hambre que roía mis entrañas hambrientas. Emigré al Norte, a los Estados Unidos, y erré de ciudad en ciudad como perro vagabundo, sin encontrar más que el precio de mi trabajo diario en labores duras e ingratas, jornal cada vez más difícil por mi estigma de extranjero (entonces el cosmopolitismo no era lo que es hoy) y mi aspecto de judío errante; azoté a New York con mis pies descalzos, me harté en él Bawry con bazofia inmundada, cargué fardos en los muelles, todo hice, menos mendigar ni prostituirme al alcohol porque mi voluntad de triunfar era inflexible.

Un día vi en un diario la noticia de los placeres de oro de California, y sin saber cómo, a pie o en trenes o en caravanas de *cowboys*, me encontré de la noche a la mañana en California, en plenos placeres de oro, y me hice gambusino.<sup>14</sup> Luché día y noche, sin descanso,

---

<sup>13</sup> Significa “luchar”.

<sup>14</sup> Término utilizado en México para definir a las personas que buscan el oro.

con el puñal entre los dientes y las manos ocupadas febrilmente en acaparar oro; y cuando hube reunido lo bastante para emprender trabajos de porvenir, de especulación rápida, fui arriero y contratista y ganadero en gran escala, traje muladas y caballadas a los estados mexicanos fronterizos; y cuando hube acumulado bastante, cuando mi tesoro fue codiciado en Arizona y mi actividad celebrada a los dos lados del Bravo,<sup>15</sup> decidí realizar mi sueño dorado, el sueño de toda mi vida, volver a México, rico, triunfante, poderoso por el poder del oro, salvador de todas las penurias de los míos con quienes había dejado de comunicarme, según mi firme propósito, hasta no hacerme rico.

Volví, pues, casado con mi excelente Alicia, y sin previo aviso me presenté en mi antiguo hogar. ¡Pero no creas que había pasado el tiempo que he tardado en contártelo! Habían pasado veinte años, toda mi juventud, y yo volvía a estrechar con mis brazos vigorosos de cuarentón a mi madre anciana ya, de cabellos blancos y ojos hundidos, aunque por bendición del cielo todavía no declinante, puesto que la ves presidiendo la velada, a mi hermana Andrea (mi hermana menor se había metido monja y mi hermano se había casado), pero que Andrea, ¡Dios mío!, consumida, echa una cotorra,<sup>16</sup> con el

---

<sup>15</sup> Río que divide el norte de México y el sur de Estados Unidos.

<sup>16</sup> Es un modismo que utilizan los mexicanos para referirse a una persona que no logró casarse.

rostro marchito, aparentando juventud a fuerza de afeites, macilenta y resignada, sin los antiguos bríos que desaparecieron al claudicar su belleza peregrina.

El corazón me dolía de ver aquellas dos ruinas vacilantes en su soledad por mi abandono. Pero yo había vuelto, ¡vive el cielo!, ¡e iba a resarcirlas de tantos males! Nos disponíamos a pasar la velada como en otros tiempos, a reanudar las horas felices de que mi esposa Alicia gozaría tan bien, cuando de improviso apareció en la puerta un vejete acicalado, empomado, embetunado; saludó con galantería palaciega y penetró de rondón, con desenvoltura cortesana, deteniéndose a saludar a Andrea que se había levantado a recibirlo.

—¿Quién es? —pregunté a mi madre en voz baja.

—Alfredo Orrantía... ¿No te acuerdas de él?

—¡Alfredo Orrantía...! Es verdad, sí, recordaba vagamente al apuesto doncel<sup>17</sup> estudioso de almas, en aquel ridículo vejete calvo, de dentadura postiza, pues bien se le notaba en su voz sibilante, de escasos cabellos y bigote pintados, que me simulaba un esbozo de abrazo que no contesté, y se sentaba ampliamente, a sus anchas, charlando como un viejo loro, del calor, de las enfermedades, de sus achaques y reuma, de quién sabe cuánto más, en tanto que yo lo contemplaba asombrado de su locuacidad.

---

<sup>17</sup> Joven noble.

—¿Qué viene hacer? —pregunté de nuevo a mi madre.

—Su visita de siempre... —dijo ella con timidez.

—¿Y viene con frecuencia?

—Como siempre: todas las noches —suspiró mi madre con amargura.

Aquella amargura de mi pobre madre me partió el alma. ¡Cómo! ¿Era este mismo bribón el que seguía estudiando a Andrea para ver si le convenía casarse con ella?... ¿Era éste el monstruoso egoísta que había matado una juventud, que había marchitado una hermosura preciosa y digna, yacente ahora en resignación dolorosa, convertida en un harapo de belleza, sacrificada al abyecto egoísmo de aquel Narciso verde,<sup>18</sup> de aquel criminal abominable en su inconsciente egolatría? Toda la vida inútil de mi infeliz hermana pasó como una visión tristísima con su cortejo de esperanzas, de rebeliones, de exasperaciones, de resignaciones, de amarguras sin nombre, y de pronto, no pudiendo sufrir la greguería<sup>19</sup> del canalla que charlaba como un papagayo, me levanté y le dije fríamente:

—Salga usted de aquí... y no vuelva jamás.

Y no bien él, aterrado ante mi frialdad, obedecía rabo entre piernas y se largó por donde vino, me

---

<sup>18</sup> Personaje de la mitología griega, que era muy bello y se enamoró de su reflejo. Es dicho de una persona egocéntrica.

<sup>19</sup> Refiere cuando hay alboroto y mucho ruido de distintas voces.

volví a mi hermana que también se había levantado espantada y la estreché llorando en mis brazos...

—He aquí por qué —concluyó el buen tío— te prohíbo que me vuelvas a hablar de la pretensión de tu amigo... ¡Un novio oficial para mi Maud, que tiene los mismos ojos de mi Alicia!... ¡Cielo santo!... Que la ganen como yo he ganado a la mía: ¡defendiéndola y arrancándola a una horda de indios salvajes en los desiertos de Arizona!

## CUENTO DE ABRIL<sup>1</sup>

A don Jesús E. Luján<sup>2</sup>

**M**ignon, escucha:  
Una vez la reina Mab<sup>3</sup> convocó a los genios de los prados sería en el buen tiempo en que los pájaros se aparean, macho y hembra, para gozar sus nupcias de primavera: era el buen tiempo en que voz de tórtola se ha oído en nuestra región, como en el Cántico de los Cánticos<sup>4</sup>; el tiempo de la canción era venido y la reina Mab envió sus heral-

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año IV, núm. 10, segunda quincena de mayo de 1901, pp. 154-155.

<sup>2</sup> Fue amigo de Jesús E. Valenzuela, también director de *Revista Moderna de México*, compartió el espacio de la bohemia. Fue mecenas de los decadentistas y en futuras entregas él sería el nuevo director de la revista.

<sup>3</sup> La reina Mab se volvió un arquetipo de la literatura. Se refiere a un hada del folclor inglés. Aparece en obras de William Shakespeare, Garcilaso de la Vega y Rubén Darío.

<sup>4</sup> *Cantar de los cantares*, libro del antiguo testamento, que relata una historia de amor.

dos flordelisados<sup>5</sup> a ordenar a los silfos y a los gnomos<sup>6</sup> que llevaran a su palacio encantado las flores más preciosas, las gemas de cuna más ilustre y más joyantes para aderezar su tocado, pues que la reina Mab languidecía de amor.

Los gnomos pequeñuelos, enanos, semejantes a nibelungos,<sup>7</sup> con caperuza encarnada, ojos malignos, barba luenga y nariz de ave raptora, con su jubón gris y su calzón corto, con sus calzas de Mephisto y su pipa bohemia, trajeron divinas flores de piedras preciosas trabajadas por lapidarios invisibles: rosas simbólicas de una flora extraña, cuyos pétalos eran jacintos y zafiros, cuyos pistilos eran sardónicas y berilos, cuyos cálices eran ágatas y calcedonias, cuyos estambres eran crisoprasos y sardios, cuyos sépalos eran crisólitos y esmeraldas.<sup>8</sup>

Los gnomos, atropellándose por alhajar a la reina Mab, caían de vientre y se levantaban derrenegados, o saltaban en un pie como las zancudas, o tejían rondas en torno de ella, mientras ella ponía las rosas de gemas purísimas y aguas semivivas sobre cabellos de Berenice, sobre sus orejas pequeñas

de lóbulos encendidos, sobre su cuello desmayado de hebrea Noemí,<sup>9</sup> sobre sus hombros marmóreos y nutridos de Cleopatra, cual broches siderales de su real clámide impalpable, sobre la conjunción y arranque de sus dos pechos culminantes y cupulados, sobre sus dedos gráciles y blanquísimos, sobre su cintura que podría haber una jarretiera<sup>10</sup> de Venus... Pero los gnomos huyeron cabizbajos, porque la reina Mab desprendió las rosas maravillosas de su cuerpo lumíneo y las esparció como lluvia iridiscente sobre el tapiz pérsico de los musgos grumados de rocío.

Vinieron entonces los silfos semejantes a risueños amorcillos desnudos, de ebúrneos carrillos<sup>11</sup> redondos como los de los Céfiros que mecen a las flores y a las nubes, de manos hoyueladas, de morbideces que harían el deleite de un sádico; vinieron los silfos de alas lepidópteras<sup>12</sup> y trajeron abrazadas, entre sus pequeños brazos, peonías y *stellarias*, *convólulus* y *gloxínias*, *hyacinthus* y *caladios*, orquídeas y clemátides, las flores más raras y más preciosas robadas al alba en los jardines y *verandahs*, *nymphneas*

---

<sup>5</sup> Con forma de flor de lis.

<sup>6</sup> Silfo: ser fantástico, espíritu del aire. // Gnomo: ser fantástico, espíritu de la tierra.

<sup>7</sup> Nibelungo: criatura de la mitología germánica representada como enanos.

<sup>8</sup> Términos científicos para referirse a las partes de una flor. En la narración se comparan piedras preciosas con la estructura de las flores.

---

<sup>9</sup> Personaje hebreo del Antiguo Testamento.

<sup>10</sup> Viene del francés *jarretière*, que se utiliza para nombrar una liga con hebilla que sirve para atar la media o el calzón.

<sup>11</sup> Parte más carnosa de la cara, desde los pómulos hasta la parte baja de la quijada. La característica *ebúrnea* significa blanca como el marfil.

<sup>12</sup> Dicho de un insecto con trompa en espiral para succionar, similar a las de las mariposas.

y *heliianthus*<sup>13</sup> tronchados a flor de agua en los lagos, beleños<sup>14</sup> y cactus arrancados a las grietas de los peñascales, y cubrieron con ellas los pequeños pies de la diosa que parecía Flora emergiendo de un búcaro de rosas; pero la reina, que había sonreído al mirarse ceñida de flores, empenachada de flores, suspiró y las deshojó pensativa, y los pétalos cayeron en lluvia de alas de libélulas y constelaron su clámide transparente enhebrada de haces de sol.

Entonces oyóse una música melodiosa de gorjear de pájaros, una música deleitosa que hubiera arrobado a Stephen Heller, que parecía escapada del clavicordio de Boccherini<sup>15</sup> y se esparcía por los huequecillos de los ribazos, por los resonantes alcores en busca de la ninfa Eco<sup>16</sup>: era una parvada de *syringas* y *plagiaulos*<sup>17</sup> asidos a los labios de pequeños faunos salvajes, que semiocultos en una nube de polvo dorado al sol fingían la irrupción de un hato caprino,<sup>18</sup> pero que al despejar a plena luz mostraron

---

<sup>13</sup> *Verandahs* viene del latín y significa “veranda” (porche o el mirador de un jardín). // *Nympheas*, también es una palabra latina y refiere a la planta del nenúfar. // *Hellanthius* es el nombre científico de los girasoles.

<sup>14</sup> Un tipo de flor.

<sup>15</sup> Stephen Heller fue compositor y pianista del siglo XIX. // Luigi Boccherini fue compositor y violonchelista del siglo XVIII.

<sup>16</sup> En la mitología griega, Eco era una ninfa de la montaña que se enamoró de su propia voz.

<sup>17</sup> *Syringas*: referente a las lilas. // *Plagiaulos*: instrumento de viento utilizado en la antigua Grecia, similar a la flauta.

<sup>18</sup> Se refiere a un grupo de cabras.

sus rostros aún imberbes, sonrosados y picarescos y sus pitones tiernos de corzo joven. La polifonía de su música áulica<sup>19</sup> no era ritmada, pero como la música de las aves era de una vaguedad embelesadora y hacía soñar a la reina Mab en deliquios de amor...

—¡Oh reina de los sueños! —mecíala el canto—, soy el alma silvana de Hélade<sup>20</sup> pastoral, soy el idilio biónico, el que tus poetas brumosos, desde Ossian a Shelley,<sup>21</sup> no sintieron, sino soñaron!... ¡Soy el aroma panida que el Nasson aspiró con su intensa avidez de placeres, y que el moribundo Byron<sup>22</sup> solamente bebió en un efímero hálito desde la proa de su nave!... Soy la alegría, la siempre niña alegría, la locuela danzarina de cosquilleante boca ávida de besar, que enoja los dedos nacarados de sus pies desnudos en el arroyuelo borbollante mientras pesca conchuelas menos encendidas que sus mejillas de durazno... Si quieres amar, ve a los cármenes<sup>23</sup> dichosos en que el verso es flor, en que la cigarra vive de rocío y de luz de sol, y es vibrante élitro<sup>24</sup> siempre sonoro de la eterna poesía bucólica...

---

<sup>19</sup> Relativa a la realeza.

<sup>20</sup> Región de la antigua Grecia.

<sup>21</sup> Ossian es el personaje de una leyenda del poeta romántico James Macpherson. // Percy Bysshe Shelley fue un poeta romántico inglés del siglo XIX.

<sup>22</sup> Lord Byron, poeta romántico del siglo XIX.

<sup>23</sup> Esta palabra tiene dos interpretaciones: que se refiere a una composición poética o que es una palabra utilizada en Granada para referirse a un jardín.

<sup>24</sup> Se refiere a las alas de los insectos.



Y el ensueño de la música purísima de los caramillos<sup>25</sup> se mecía en el viento, encarnando la poesía de las cosas vivientes en el alma de las flautas, y la reina de los sueños languidecía de amor porque la primavera iba a su soledad y la primavera era su hermana, su *sorellina innamorata, passionante*<sup>26</sup> como ella de algo más alto que llenara el vacío de su corazón... La música de las *syringas*<sup>27</sup> también pasó en un vuelo; también los pequeños faunos capricornios se dispersaron dando cabriolas, porque la reina Mab oía sin oír la canción alada, oía sin oír el murmurio de agua corriente de las notas y escuchaba otra música sin nombre, la música de los sueños sumisos a su imperio, que la arrullaba en un vaivén de hamaca celeste prendida a un cuernecillo de Hebe y a una estrella de la Lyra...<sup>28</sup> Y aquella música sin nombre musitaba en su alma una balada plañidera, mesta,<sup>29</sup> como el zurear<sup>30</sup> de las palomas torcaces, y la canción era de amor... y la flébil canción era de amor...

Y oye, bella Mignon, lo que pasó. Un paje rubio y lindo –el paje Abril– pidió permiso para besar los pies de la hechicera Mab, y no bien ella sonriendo

---

<sup>25</sup> Flautilla de sonido muy agudo.

<sup>26</sup> Del italiano: “hermanita, enamorada, apasionada”.

<sup>27</sup> Es el nombre científico de la familia de las lilas.

<sup>28</sup> En la mitología griega, Hebe era la representación de la juventud. Lyra es una constelación.

<sup>29</sup> Triste o afligido.

<sup>30</sup> Ruido que emiten las palomas.

lo besaba en la boca –¡tan gracioso y gallardo era, con sus crenchas blondísimas y crespas, su truza y medias de seda lila, manos sensuales, ojos dormidos, boca pequeñita como botón de flor!–, el mozo, dechado de zalema<sup>31</sup> y gracia, la dijo:

—¡Reina!, mi señor el príncipe Mayo, que se halla a las puertas, te envía este joyel en prenda de amor, y desea, rendido de pasión, besar tu boca y dormir en tus brazos...

—¿Y acaso tu señor es más bello que tú?...

—¡Mi príncipe Mayo es hermoso como Lohengrin y Morsamor!<sup>32</sup> Las dos sangres generosas de los héroes de ensueño parecen florecer en sus ojos azules y en sus cabellos brunos, en su perfil nazareno y en su altivez latina. ¡Mi señor es el dios de amor, pues que cuando él llega sube la savia, bulle la sangre embravecida y riega los corazones en pasión y deleite!... ¡El imperio de mi señor no tiene murallas ni fronteras!... ¡Sus siervos son la vida, la juventud, la felicidad, el amor!... Todo lo que florece y espande, lo que vibra y se expande, lo que riega dones generoso y fuerte; la vida ebria de salud y poder; cuanto sueña, cuanto vuela, cuanto se encumbra y magnifica está presto al poderío de Mayo que despierta flores

---

<sup>31</sup> Reverencia.

<sup>32</sup> Lohengrin: caballero que da nombre a la ópera de Richard Wagner estrenada en 1850. // Morsamor: personaje de la novela romántica de Juan Valera.

y enciende huracanes de pasión, que hace germinar los bienes fecundos de la esperanza y del amor.

—¡Bienvenido! ¡Amor! ¡Alma del cielo! —clamó la enamorada Mab cuya voz era más hechicera que las flautas, cuya tez era más suave que las rosas— ¡Ve, paje mío, puesto que eres su paje, ve y proclama que soy suya porque es mi rey y mi dios y mi amor!... ¡Que los prados sean estrellados de flores y los cielos florecidos de estrellas!... ¡Que las nubes empavesadas<sup>33</sup> boguen y traigan a las sílfides<sup>34</sup> y las hadas a presenciar mis reales bodas!... ¡Que las ondinas<sup>35</sup> y las sirenas hiendan las espumas con sus aletas de pedrería y sus bifurcadas colas de delfín!... ¡Que las amadríadas<sup>36</sup> de cabelleras verdes como crisólitos<sup>37</sup> hechos guedejas<sup>38</sup> surjan de los bosques al conjuro de Pan!... ¡Que las ninfas broten como flores de carne de los alcores y los boscajes, y vengan danzando en ronda de amor a ceñir como diadema de rosas vivas el lecho en que yacerá en mis brazos mi bien-amado!

---

<sup>33</sup> Utilizado por la marina. Es una faja azulada que recubre la borda durante celebraciones.

<sup>34</sup> Espíritu elemental del aire, representado con una mujer muy delgada y esbelta.

<sup>35</sup> Ninfas del mar.

<sup>36</sup> Ninfas del bosque.

<sup>37</sup> Mineral cristalino que adquiere la calidad de piedra preciosa, por lo general son de tono verdoso.

<sup>38</sup> Cabellera muy larga.

Y cuentan que desde entonces, desde que el paje Abril corrió gozoso a llevar a su señor la buena nueva, a su paso brotaron las yemas de los ramajes, se constelaron los musgos de flores micropétalas, los céfiros mecieron blandamente a las nubes, la luz sonrió en el cielo brumoso que era imperio de Mab y la esperanza en los corazones apasionados de soñar... Y cuando Mayo imperator entró a banderas desplegadas por el arco de triunfo de Oriente...

Pero, aunque yo quisiera contar las bodas de Mayo y Mab, éste es solamente, linda Mignon, el cuento de Abril...

## PECADO DE AMOR<sup>1</sup>

**¡P**adre, piedad para mi tribulación<sup>2</sup>! –musitaba la pecadora con voz melodiosa y apasionada–. Padre, yo le amé, le amo aún con todas las potencias de mi alma... A pesar de su ingratitud y de mi expiación<sup>3</sup>, a pesar de que él me abandonó a mi dolor como se abandona a un leproso en su lazareto,<sup>4</sup> yo le amo y le amaré hasta la muerte, hasta más allá de la muerte.

La luz violeta del crepúsculo agonizante ponía diafanidades alabastrinas<sup>5</sup> en aquel perfil blanquísimamente de mujer de amor, mujer de treinta años cuya blancura mate y lumínea era una profanación de su

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año IV, núm. 13, primera quincena de julio de 1901, pp. 206-208.

<sup>2</sup> Aflicción.

<sup>3</sup> Se refiere a limpiar las culpas por medio de un sacrificio.

<sup>4</sup> Establecimiento solitario donde se aísla a las personas con enfermedades contagiosas.

<sup>5</sup> Piedra alabastrina, blanca y traslúcida.

estructura bizantina,<sup>6</sup> de virgen-mártir inviolada, por la tremenda lascivia que despertaba la sola contemplación de sus ojos negrísimos y dolorosos, de su pequeña y purpúrea boca semejante a un botón de flor reventado, de sus dedos largos, exangües<sup>7</sup> y ardientes de tísica. La luz violeta del crepúsculo agonizante esquemaba apenas el espectro del septuagenario levita hundido como una momia asiria en la pequeña cripta del confesionario, los ojos marchitos, las falanges estriadas y retráctiles, el cuello descarnado cuyos nervios recordaban los bordones de un violón. La luz violeta del crepúsculo agonizante condensaba sus últimos fulgores en aquel rostro fascinante de mujer de amor, y estiqueaba<sup>8</sup> con pavorosidad tumularia aquel espectro claudicante.

Y la pecadora proseguía:

—¡Padre!, amor tan culpable y tan divino como el mío no lo ha habido en la tierra... Yo conocí el dolor de la violación y la maternidad sin haber sentido placer, porque me casaron sin amor, tiránicamente, y me arrancaron mis dos hijos, con la misma tiránica barbarie, sin que hubieran probado mis pechos. La estirpe de demonios que hizo alianza con mi estirpe de siervos, me enclaustró en un palacio solitario

---

<sup>6</sup> Esta palabra tiene dos acepciones: una relativa al imperio bizantino y otra a que tiene una apariencia artificiosa.

<sup>7</sup> Sin fuerza.

<sup>8</sup> Quizá se refiere a *estoquear*, que significa “herir con punta de espada”.

cuyos balcones fueron tapiados, cuya puerta férrea y enmohecida no chirriaba sino para dar paso a mi señor, al odiado fornicario, de cuando en cuando, en noches siniestras para mí.

Una noche, el viejo criado de mi prisión, se presentó en mis habitaciones por la primera vez, pálido, temeroso, y me dijo con rostro abatido, sin osar levantar sus ojos del suelo: “Señora, he cometido un grave delito y vengo en demanda de perdón... ¡Y lo que es más, de ayuda para encubrir ese delito!”. Yo me puse a temblar espantada, temiendo una abominable revelación, y él prosiguió: “Señora, antes de servir aquí, yo serví a los señores de Noguerido muchos años; les debo grandes favores; ellos han muerto, y el último descendiente de ellos, el niño Raúl, caído en la pobreza y en la lucha de la vida, es perseguido yo no sé por qué, pero no debe ser por un crimen porque no es un criminal; ha venido a pedirme ayuda y yo le he dado asilo, lo he salvado de la policía frenética de cuyas garras pudo escapar... ¡Señora, yo pido clemencia para él y para mí!

Yo estaba helada por el asombro. ¡Pedirme clemencia, perdón y auxilio a mí, una secuestrada en cuerpo y alma!... ¿Era, acaso, una burla cruel? ¡No!, porque el pobre viejo imploraba mi gracia con sincera humildad; y no bien le contesté que él era el guardián de aquella cárcel y que por mi parte no diría nada, puesto que no hablaba con nadie, el pobre viejo me miró con un relámpago de sus ojos rien-

tes, jubiloso, y desapareció a dar la buena nueva a su protegido.

No pude dormir aquella noche. La presencia de un desconocido en mi prisión, de un joven, puesto que el viejo criado le había dicho niño; su nombre que oído fugazmente me hirió como un dardo, Raúl Noguerido, su persecución, su infortunio, todo me pesaba como mi propia desdicha.

A la madrugada dejé el lecho y llamando a Andrés le pregunté si el fugitivo se hallaba todavía oculto; me contestó que sí y me pidió permiso en su nombre para ofrecerme personalmente sus agradecimientos...

¡Dios mío, qué hermoso era! Fiero, torvo, nervioso, con la cabellera florida al viento, con sus ojos fulminantes a veces, pero a veces tristes, con su barba precoz y sedeña del matiz de las avellanas sobre sus mejillas sonrosadas de sangre pura, a pesar de su insomnio y su trance no bastante a domar su alma fuerte. Al verme él ruborizó hasta los lóbulos, contrastando su rubor con su aspecto altivo, y yo debo haber estado pálida como la muerte, porque sentí un fluido helado en mis arterias.

—Señora —me dijo con ansiedad—, no soy un criminal, soy un perseguido político; se me busca para suprimirme, para hacerme desaparecer, y mi libertad y mi vida son necesarias para el triunfo de mi partido; me acordé que Andrés fue leal a mi casa y he venido a pedirle hospitalidad; yo sabía que

guardaba esta propiedad, pero no que la habitara usted... Pido solamente un refugio en las habitaciones de Andrés por breves días, mientras pasa la efervescencia de mi persecución, para poder comunicarme con mis partidarios y huir de la ciudad...

Yo no oí, no escuché más, estaba subyugada, fascinada, vencida por el poder magnético de Raúl; contesté balbuceando que hiciera lo que le pareciera prudente y apenas se retiró, caí anonadada y temblorosa como si fuera a morir... ¡Oh, sí!, no era criminal, no era reo... ¡qué digo!, ¡era grande, era bueno, era noble, era bello!... Temí por su vida con un pavor hasta entonces para mí desconocido, como si fueran a arrancar de mi corazón algo menos sagrado, pero más humano que el amor de mis hijos a quienes no conocí sino por un dolor moral y físico tan tremendo, que me había dejado insensible. Pero ahora que despertaba de mi catalepsia criminal e inconsciente, de mi pasividad de hembra secuestrada, de hembra infamada por el arrancamiento de los hijos de mis entrañas bajo el pretexto de que no se nutrieran con mi leche enferma, la savia que yo sentía acumularse en ondas rebosantes en mis pechos úberes,<sup>9</sup> pero con el fin demoniaco de que mi cuerpo no perdiera su hermosura, ahora que mi alma despertaba en rebelión ante el conjuro de algo que es más poderoso que la muerte y que la vida, sentía despertarse todos

---

<sup>9</sup> Viene del latín *uber* que significa "en abundancia".

mis afectos muertos en el amor de aquel hombre, sentía que todas mis pasiones latentes hacían erupción condensadas en aquel cráter.

Me levanté de un salto, como una tigre sorprendida en su sueño; llamé a Andrés imperiosamente, por la primera vez de mi vida, y le ordené que dispusiera y amueblara una habitación digna de su huésped, al otro extremo de los aposentos. La orden seca y breve me produjo un temor pueril, el de haber herido al criado y que alejara a Raúl de la casa; llamé nuevamente y le recomendé con dulzura dijera al joven que no tenía que temer nada, que aquel alejamiento provenía de mi situación delicada y para evitar la murmuración de la servidumbre, por otra parte segregada en su departamento por estricta orden, si llegaba a descubrir o sospechar su estancia. Le hice llevar libros al solitario, dos o tres pobres libros que eran los únicos que poseía, y pasé la mañana y la tarde agitadísima y febril. Llegó la noche y mi sufrimiento fue indecible... Raúl escaparía, huiría atormentado por la incertidumbre y la nerviosidad de la lucha... Huiría al azar, a la ventura, siguiendo su destino, y yo le perdería... ¡le perdería cuando apenas le había conocido!... Creí oír un ruido lejano de una puerta que se abría y ya no pude más: salté del lecho, eché sobre mis hombros un peinador y salí semidesnuda, azorada, palpitante, creyendo llegar ya tarde para impedir la fuga... Bajé los peldaños trémula, sintiendo con la frescura de la piedra en mis pies desnudos y ardientes un

consuelo... Era un plenilunio de agosto, suavemente velado por copos de nubes bogadoras...<sup>10</sup> Hollé<sup>11</sup> el césped del pequeño parque perfumado por las lilas... ¡y de súbito, frenética, loca, venturosa, hallé refugio en unos brazos constrictores y sentí que una boca anhelante se prendió a la ardorosa mía...!

—Sé tu historia —me decía después en mis brazos—, tu amarga y horrible historia cuya pavorosidad me ha relatado Andrés...

Y yo riendo y llorando de felicidad, le respondía:

—¡Pero hoy ya soy dichosa contigo, ya soy dichosa por ti!... ¡De mis brazos tan sólo te arrancará la muerte!

¡Ah! ¡Padre! ¡Amor tan culpable y tan divino como el mío no lo hubo en la tierra!... ¡La dulce cautividad de mi prisionero de amor fue para mí un suicidio insaciable de ventura!... ¡Me destruí, me agosté, me consumí, me abrasé como liana al fuego, bebí con avidez la copa henchida de mi vida que me escanciaba<sup>12</sup> mi amado ya tarde!... ¡Mi espíritu y mi cuerpo manchados se purificaron en mi don soberano, en la donación que de mi ser todo y de mi vida toda hice en aquellas perennes nupcias!... Mi amado, ebriante<sup>13</sup> de amor y deleite los primeros días, se

---

<sup>10</sup> Que se desplazan.

<sup>11</sup> Dejar una huella.

<sup>12</sup> Revisar la nota 19, p. 65.

<sup>13</sup> Ebrio.

dejó mecer en aquel paréntesis extraño de su vida azarosa, se dejó llevar a flor de agua en el barco de velamen<sup>14</sup> de púrpura de nuestro lecho flotante en pleno éxtasis, se dejó aprisionar en la cadena de nardos floridos de mis brazos... ¡Yo supe adunar<sup>15</sup> el ardor de Noemi la Sulamita, el pudor de Bethsabee,<sup>16</sup> sorprendida infinitas veces por Raúl al borde del lecho o al borde del baño, con el solo ropaje de mi tez de azucenas!... ¡Oh, Padre!, ¡he sido muy culpable!... pero yo sabía que la irresistible seducción de mis encantos era mi única arma para detener a mi amado, en cuyo corazón, secretamente, sin que él mismo lo comprendiera, comenzaba a germinar la flor envenenadora del hastío... ¿Qué frases mías podían cautivarlo, a él que lo sabía todo, a él, que en los instantes de ebriedad me decía palabras tan bellas, que a su sonido yo me sentía desmayar y morir de dicha?... ¿Qué encantos cortesanos desplegar ante él, si yo no poseía ningunos, enterrada viva lejos del mundo?... A veces quedábase él pensativo, con la mirada errante por el panorama de lucha y de gloria que evocaba su imaginación rauda, espoleado por su sed irreductible de brillar, de predominar, de triunfar, y asaeteado por el remordimiento de su

---

<sup>14</sup> Conjunto de velas.

<sup>15</sup> Juntar.

<sup>16</sup> Noemí la Sulamita y Betsabé son personajes bíblicos. El texto refiere a una tradición de pinturas en las que se representa a una mujer tomando el baño, como en el cuadro *Betsabé en su baño*, de Peter Paul Rubens.

inactividad, contraía su boca un rictus sardónico y plegaba sus cejas la garra de águila de la ambición. Entonces creía yo perderlo para siempre, y como mi fuerza no era el ruego, cautivábalo con mi aroma de flor, con mi desnudez de flor, con mi frescura deleitosa de flor, con mi alma y mi cuerpo sin artificios ni hipocresías, con mi resignación silenciosa que él leía en mis ojos que le decían: “si te vas me muero”... y tras esos desfallecimientos volvía como en la rueda de Onfalia<sup>17</sup> a tejer las hebras de sol de mi amor en cenit, y en renovados holocaustos proseguía yo desbordando mi vida, precipitando mi muerte por donar una felicidad que me hizo y me hace aún tan venturosa.

La tisis que agolpaba furiosamente en mi organismo para roer mi juventud predestinada y atávica, ponía fulgores prodigiosos en mis ojos quemantes, en torno de ellos ojerías deleitosas que eran la adoración de mi Raúl, y regaba con diafanidades lunescuentes mi cuerpo bellissimo, donándole la apariencia de las manzanas legendarias del Mar Muerto... La combustión vertiginosa de mi sangre precipitaba mi vida a una última explosión de hermosura prodigiosa; pero me moría, Padre, me moría de amor y de ventura, me moría y me muero de tanto haber amado.

---

<sup>17</sup> Mito griego de Onfalia, reina de Lidia, quien esclaviza a Hércules, lo viste de mujer y lo pone a tejer en una rueda.

La pecadora se detuvo un instante para reanudar entre sollozos la narración de su inmensa desdicha, la huida de su amante que había bebido el amor hasta las heces y corría a beber la gloria, la ambición, el poder, sus grandes ideales no saciados... Pero el sacerdote ya no la oía.

Recorría pesaroso, con la videncia de su claro intelecto, su vida entera semejante a una sábana desierta, sin anfractuosidades,<sup>18</sup> infecunda y maldita... su infancia consagrada a Dios, su juventud consagrada a Dios, su vejez consagrada a Dios... ¡Cómo!, ¿era posible que una pasión humana pudiera así arrasarse una vida cual un tifón, un litoral entero?... ¿Qué cosa era, pues, el amor humano que consumía en breves días una vida, en tanto que la vida de él no se consumía aún en el amor divino después de setenta años?... ¿Qué mal tan tremendo y tan deleitoso era el amor que así consumía en una hoguera de delicias a los predestinados a amar?

Sus ideales de místico se le aparecieron como él, envejecidos, marchitos, claudicantes... De niño soñó en los coros seráficos, de adolescentes en los principados arcangélicos, de hombre en los tronos y dominaciones coronadoras de los mártires, de los vencedores por el sacrificio, de los triunfadores de la carne y del mundo, sublimados por la exaltación y la transfiguración extática... Pero él no había cono-

---

<sup>18</sup> Su camino era sinuoso, desigual.

cido las grandes pasiones y por tanto no había jamás luchado con ellas; su abnegación había sido estéril, no había surgido acrisolado<sup>19</sup> en la prueba, no había ganado la palma en buena lid... y ahora, en sus sueños de anciano, veía como premio el descanso, un humilde escaño entre los ancianos celestes, una pensión vitalicia para la eternidad entre los inútiles, entre los inválidos anónimos...

Y aquella mujer de amor estaba allí, volcánica, trágica, expirante, consumida por el fuego de una pasión, devastada por todas las amarguras, devorada por todos los dolores, apuñaleada por todas las infamias, por todas las monstruosidades, por todas las tiranías, por todas las iniquidades humanas... ¡y pedía clemencia, ella, para quien jamás clemencia hubo!... ¡y demandaba gracia, ella, para quien jamás descendió el rocío de la gracia!... Ardía encandecida hasta consumirse en su amor, y la infortunada confesaba humildemente su divino pecado, divino puesto que la fulminaba como un castigo, y venía arrepentida implorando piedad...

Lentamente, los ojos marchitos del viejo llenáronse de lágrimas, que en la penumbra violácea semejaban tenues fosforescencias en las cuencas de una calavera exhumada...

---

<sup>19</sup> Cualidad positiva de una persona íntegra, honrada.



La pecadora lloraba raudalosamente, y el Jordán<sup>20</sup> de su llanto bañaba lustralmente su alma hasta dejarla pura, más blanca que su cuerpo blanquísimo... Lloraba inconsolable, interpretando la meditación doliente del sacerdote por una negación condenatoria...

De pronto, el espectro levítico se irguió, extendió sus dos manos trémulas y senilmente bendicidas, y exclamó con voz augusta y conmovida:

—¡De todo mi corazón te perdono!... ¡Vete en paz...!

¡Pero ya era tarde!

La pecadora había caído de bruces, muerta en una hemoptisis,<sup>21</sup> y su pequeña boca florida besaba en un supremo beso de amor un lago de sangre purpurina.

---

<sup>20</sup> Río Jordán, entre Jordania e Israel.

<sup>21</sup> Se refiere a que expulsaba sangre.

## CUENTO BOHEMIO<sup>1</sup>

*A Wallace Gillpatrick<sup>2</sup>*

**D**e mi vida, amigo mío, de mi azarosa y turbulenta vida bohemia, es ésta una sentida remembranza que yo guardo al calor de mi corazón que muchos creen muerto... porque se esconde bajo mi pecho como la madrepora<sup>3</sup> bajo el oleaje inútil, para dar silenciosamente su floración coralina, que salida a flor de agua se metamorfoseará súbitamente en madreporita<sup>4</sup> fosilizada...

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año IV, núm. 17, primera quincena de septiembre de 1901, pp. 266-268.

<sup>2</sup> Owen Wallace Gillpatrick fue un autor estadounidense que escribió *The Man Who Likes Mexico*. En 1899 tuvo una estadía en Chapala. Fue compañero de Rubén M. Campos.

<sup>3</sup> Familia de corales.

<sup>4</sup> Coral fósil.

De mi vida hastiada de placeres, he arrancado este espliego<sup>5</sup> tardío que aromó con su aroma uno de mis más bellos días, ya lejanos...

Éramos: un amorador de música y de las mujeres –¡hoy muerto! –de altanero perfil aquilino de Robert Herrick<sup>6</sup> y corazón de niño; un artista de ojos leopardescos y pasiones violentas, que debió haber florecido en Florencia y en el ciclo de Benvenuto;<sup>7</sup> un paquidérmico citareda membrudo,<sup>8</sup> de dientes blancos y ojos bovinos, que cuando bebía de un trago su vino golpeaba al descansar el vaso; un pensativo de brumosas miradas grises, que soñaba sin encarnar jamás su sueño, de cloróticas manos simiescas<sup>9</sup> y lasas como sus cabellos marchitos... y un cancionero oscuro...

Todos éramos buenos muchachos –¿qué corazón hay maleado a los veinte años? –y bebíamos el vino sano de nuestra adolescencia como una mariposa la miel de su primavera. Libábamos el amor en bocas bermejas que eran copas vivas, y el placer en copas cristalinas que cantaban la canción de Lorelay henchidas de vino del Rhin, la canción de Mignon henchidas de vino de Hungría, la canción de Car-

---

<sup>5</sup> Referente a la planta de Lavanda.

<sup>6</sup> Poeta inglés del siglo xvii.

<sup>7</sup> Benvenuto Cellini: escultor, orfebre y escritor italiano del siglo xvi.

<sup>8</sup> Está describiendo a un hombre, músico, de piel arrugada, pero vigoroso.

<sup>9</sup> Relativas al simio.

men henchidas de vino de Xerez.<sup>10</sup> Sirenas ardientes, afroditas sexuadas para amar, locuelas mariposillas nocturnas deslumbrábanse con la luz de nuestra juventud combustionada de alegría, y venían a rondar en torno de nuestros ojos brillantes, de nuestras bocas frescas, de nuestras cabelleras copiosas, de nuestras mejillas sonrosadas, de nuestras vidas briosas, pujantes y potentes... ¡Ah!, ¡la juventud, la salud y la fuerza, los tres dones soberanos que encarnan la única felicidad en la tierra!... Venían jacarandosas y borbollantes de risas sonoras, comían con sus dedos nacarados en nuestro mismo plato a semejanza de los pájaros que picotean los duraznos, bebían en nuestro mismo vaso echando atrás el cuello mórbido como las aves alectricidas,<sup>11</sup> nos brindaban fresas rosáceas y ciruelas purpúreas de boca a boca, en un vuelo de besos, y encadenados en sus brazos como los egipanes<sup>12</sup> de cabelleras de algas en los brazos de las nereidas oceánidas,<sup>13</sup> nos dejábamos sumergir en las sirtes<sup>14</sup> del deseo sedientos de gozar y despertá-

---

<sup>10</sup> Lorelay: ondina del río Rhin. // Mignon: personaje recurrente de la literatura, su primera aparición fue en la novela *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meistes* de Johan Wolfgang von Goethe. // Carmen: podría referir a la ópera que lleva el mismo nombre de Georges Bizet, del siglo xix.

<sup>11</sup> Familia de aves como la codorniz y la perdiz.

<sup>12</sup> Sátiros.

<sup>13</sup> Ninfas del mar.

<sup>14</sup> Elevaciones de arena bajo el mar.

bamos al peán<sup>15</sup> de las cornamusas<sup>16</sup> que saludaban al padre Sol, en una perdida isleta basáltica y sobre un lecho florido de líquenes errantes.

¡Y bien! Una tarde nos hallábamos en torno de una mesa suntuosamente decorada de botellas ebrias, cascos cuyo vientre habíase vaciado en un glu-glu de risa loca. Haces de flores tropicalinas agonizaban en búcaros de Falenza y frutas sápidas de cálidos climas, mameyes y ananas,<sup>17</sup> sandías sacarinas y apiñados racimos bananeros almizclaban el ambiente con su olor carnal. Hablábamos de cosas galantes, de alegres y festivos episodios cuyo recuerdo se abatía como un enjambre de cantáridas sobre nuestras cabezas torbellinadas en la loca fiebre de amar, de expandir nuestra radiosa vivacidad de organismos pletóricos; y después de los postres azucarados bebíamos a pequeños sorbos el rico café de nuestras vegas.<sup>18</sup> Aquel, por lo visto, había sido un buen día; las monedas cantaban en nuestros bolsillos con música argentina, y nos proponíamos pasar la noche estrellada en bulliciosa rondalla flaneadora,<sup>19</sup> al son de las mandolinatas<sup>20</sup> arrulladoras, al través de las callecitas de lilas blancas y bugambilias mora-

---

<sup>15</sup> Canto griego en nombre de Apolo, de carácter guerrero.

<sup>16</sup> Instrumento musical, parecido a una trompeta.

<sup>17</sup> Se refiere a la planta de donde proviene la piña.

<sup>18</sup> Terreno para sembrar.

<sup>19</sup> Revisar la nota 6, p. 94.

<sup>20</sup> Composición musical para el instrumento mandolina.

das de Coyoacán, donde uno de los amadores servía y cortejaba a cierta primorosa rubia de cabellera de hebras de sol.

Y a pesar de nuestra alegría, nos hallábamos contrariados: faltaba alguien de nosotros, el soñador pensativo de brumosas miradas grises, que hacía varios días no espectraba<sup>21</sup> su taciturna faz dantesca ante nuestros ojos maravillados. Y nuestra locuacidad estallaba en frases grotescas:

—¡Duerme apaciblemente el sueño de la embriaguez! —decía Herón, el artista de ojos de jaguar.

—¿Lo encontraste bebido? —preguntó el citare-da<sup>22</sup> chasqueando la lengua con tanta fruición como cuando hacía gemir las cuerdas de su cítara plañidera.

—¡Hecho una uva!... ¡Parece que había naufragado en Oporto!...<sup>23</sup> Al intentar levantarse le faltó tierra, y dijo dando una gran cabeceada hacía adelante:

—Sintomático... ¿eh?... ¡sintomático!

—¿Y qué suerte corrió?...

—Fui el Simón de Cirene de su viacrucis;<sup>24</sup> yo quería dejarlo piadosamente reposar sobre el mármol de la mesita de café, pero el propietario se opuso con ostensible falta de caridad, y entonces lo remol-

---

<sup>21</sup> Relativo a los espectros.

<sup>22</sup> Que toca la cítara.

<sup>23</sup> Ciudad costera al noreste de Portugal.

<sup>24</sup> Simón de Cirene es un personaje bíblico que ayudó a Jesús a cargar su cruz hasta el Gólgota.

qué rumbo a su casa; en el camino se despejó lo bastante para ver a la luz del gas una hembra pequeñita, enlutada, que brincaba las lagunas del empedrado como un pájaro-mosca, enseñando un breve choclo y una media calada... y entonces mi hombre reaccionó como por encanto y huyó en pos de la tentadora...

—¡Por la entrada triunfal de Baco en Tracia!<sup>25</sup> — interrumpió Oronoz,<sup>26</sup> el aguerrido mujeriego—. ¡Eso es bello!... ¡Oh, poder del amor!... ¡Dejadlo que se embriague de amor y que duerma tan dulce sueño!

—Decías bien, Herón, que duerme apaciblemente... Hace ocho días que duerme...

No bien decía esto el nasón<sup>27</sup> cuya tremenda tisis que debía fulminarlo, se resolvía en una perturbación constante de sus núcleos genésicos, cuando Herón, que estaba de frente a la entrada, exclamó:

—¡Dioses!... ¡Qué miro!...

Y al volver todos el rostro vimos entrar al pensativo de cabellos luengos, con un niño pequeñito en cada brazo; los bambinos traían puesto el dedo dentro de la boca, y nuestro amigo aparecía risueño, pero con una sonrisa grave, y un rubor desconocido empurpuraba sus lóbulos y sus mejillas.

Una aclamación estruendosa vibró en el viento:

---

<sup>25</sup> Baco, dios romano del vino. // Tracia era una ciudad guerrera de la antigua Grecia.

<sup>26</sup> Claudio Oronoz, personaje recurrente en la obra de Rubén M. Campos.

<sup>27</sup> Pescador.

—¡Ave,<sup>28</sup> oh patriarca!...

—¡Bien por el de Paul!...

—*Sinite parvulus!... Nolime tangere!...*<sup>29</sup>

—¿Otro huevecillo de Leda?... ¿Castor y Pollux?...<sup>30</sup>

—¿Fundaste orfelinato?...

—¡Entra, oh múltiparo!... ¡Siéntate y cuenta!

El recibió esta andanada sin inmutarse; todos nos habíamos levantado y le habíamos quitado los pequeños a quienes proveímos de azucarillos y de frutas; Oronoz, que tenía el vino encantador, reía regocijado y hacía frases dispersas:

—¡Dios es providente y cuando da, da a manos llenas!... ¡Alégrate, feliz mortal, que has encontrado muletas para tu no lejana paraplejía!... ¡Serán los báculos de tu matusalénica vejez!... *Essau pillosus erat, vero Jacob erat llanus!*<sup>31</sup> —agregó acariciando las dos cabecitas que, ciertamente, eran la una crespa y vellosa, y la otra blonda y suavísima.

---

<sup>28</sup> En la antigua Roma era un expresión utilizada para saludar.

<sup>29</sup> "¡Dejad a los pequeños!... No quieras retenerlos ante mí". Esta oración latina, en el cuento, puede tener una connotación perversa. Refiere a que quiere tener cerca a los niños.

<sup>30</sup> Referente al mito griego de Leda, una mujer bella a la que Zeus hace el amor transformado en cisne. Castor y Pollux son sus hijos.

<sup>31</sup> "Esaú era peludo, Jacob era verdaderamente lanudo. Refiriéndose a los niños, nuevamente con una connotación perversa y a sus características de ser velludos.

La fonda habíase quedado desierta. Nuestra algazara<sup>32</sup> había hecho huir a los bebedores de café y helados; éramos dueños del recinto empalidecido por la agonía de la tarde, y allí, en aquella penumbra propicia, nuestro pensativo amigo dijo así, alzando su vaso henchido de vino rubio:

—¡Será el último!... ¡Amigos míos, oíd lo que os voy a contar!... ¡y no riáis, que es ésta mi despedida de vosotros, de la hermosa vida bohemia que hemos vivido!... ¿Te acuerdas, Herón, del encuentro que tuvimos con aquella muchacha enlutada?... La seguí y la increpé, conferenciamos y me aceptó; antes de llegar a su casa, bebí aún, y cuando llegamos no supe de mí y me dormí profundamente. Al otro día, aún semidormido, oí algo semejante a un parloteo de pájaros, abrí los ojos y me quedé asombrado: yacía a medio vestir en un colchón extendido sobre el suelo; un rayo de sol de oriente venía sesgado al través de unos pobres tiestos floridos, y filtrándose por los cristales de la ventana abierta, doraba con su luz bella un grupo rafaelita: dos niños –estos picaruelos que veis –parloteaban alegremente en un baluceo del que yo no oía sino la música; me veían y reíanse, acaso querían que despertara y alargaban el cuello para pronunciar un sonido inarticulado, y volvían a reír con el alegre despertar de la infancia; cuando abrí los ojos su risa estalló... ¡veíanme como si ya fuésemos amigos!

---

<sup>32</sup> Ruido o alboroto; que por lo común nace de la alegría.

Mi asombro creció cuando volví el rostro. Junto a mí dormía Ángela, la saltarina de los pequeños lagos pluviales; su corpiño entreabierto dejaba ver un cuello de tez dorada semejante al ámbar rosa, sus brazos eran redondos y hoyuelados, su cabello desceñido era de jalde<sup>33</sup> seda floja; la pobre falda negra yacía como un capullo del que hubiera surgido tan rubia crisálida, y sus choclos salpicados de barro parecían esperar impacientes la morbidez de los pequeños pies de líneas purísima bajo su estirada media rosa y negra que se perdía entre su caracol bordado... ¡Y nada más!... ¡ni un mueble, ni una silla, ni un perchero!... Las paredes desnudas reflejaban el sol con tristeza, y en el centro de la habitación, el cuadro lúgubre y divino de la inocencia y del pecado, fatalmente unidos por un sarcasmo de la suerte... ¡Dios santo!... ¿Cómo pudo aquella muchacha rodar a semejante vórtice?... ¿Qué depravación era necesaria para que llevara allí a sus amantes de una noche?... Sus hijos –porque se veía que eran frutos de aquella mujer –, apenas menor uno del otro diez meses, habrían asistido inconscientemente a la horrenda profanación... ¡Ah, la miseria, la espantosa y trágica miseria!...

De súbito Ángela despertó. Se incorporó azorada, me miró con ojos enloquecidos, inundó su rostro la ola de un intenso rubor purpúreo, y después, palideciendo, dijo con voz sorda:

---

<sup>33</sup> Color amarillo.

—¡Ah, señor, qué he hecho!... ¡para qué vendríamos aquí!... ¡el alcohol, el maldito alcohol de anoche... yo estaba loca... qué vergüenza!... ¡Desgraciada de mí...!

Y estalló en sollozos.

Los niños, asustados, habían enmudecido; y en la lobreguez de la estancia desnuda, los sollozos de la pobre muchacha resonaban fúnebremente. Yo estaba abismado, deprimido, tenebroso. La hora apasionante del despertar orgiástico, la crisis tremenda de nerviosidad me abatía como a una bestia un golpe en la testuz,<sup>34</sup> ¡me sentía miserable, manchado, abyecto, hundido en el fango de mis extravíos!... Mi soledad hastiada de placeres, mi juventud malograda en vagos y febriles deseos de algo que no viene jamás, mi taciturnidad desencantada, mi impulsiva sed de amor atizada por el alcohol, mi esperanza violada y apuñalada en la marchita senda de mi vida... ¡Todo pasó en tétrica danza macabra por la vesania<sup>35</sup> de mi cerebro entenebrecido, sepultándome en el antro de mi degradación espontánea!...

—¡Mamá... pan!... ¡Mamá... pan!

Este lamento de los niños, en quienes despertaba el grito de la vida, el latigazo del hambre en las entrañas, me sacudió hasta la médula de mi ser y me hizo reaccionar.

<sup>34</sup> En la frente.

<sup>35</sup> Locura.

—¿No cenaste anoche? —pregunté al mayor acariciándolo.

Él movió la cabeza negativamente.

—¿Ni tu hermanito?...

El niño decía que no con la cabeza, y me miraba pesaroso.

¡Entonces sentí que mi sangre afluía a mi corazón ungiéndolo para la lucha! ¿No había yo deseado inútilmente algo que llenara el vacío de mi vida?... ¿No tenía ante mí una miseria humana que redimir, un infortunio que exultar?...<sup>36</sup> ¡Ah!... ¡Sí! ¡Ahora recordaba!... Ella me había contado su historia, su triste episodio vulgar de seducción y abandono... ¡Uno de tantos truhanes de casaca la había gozado y la había botado en el fango como se bota una breva saboreada!... Me había abierto su alma, a mí, pobre paría, pobre náufrago de la vida, a mí, el primero de quien no oía sensualidades ni lascivias para su boca de granada, para sus ojos de antílope, para su primorosa gracia de danubiana blonda...<sup>37</sup> Y por eso, por nuestra súbita simpatía, por nuestro doble infortunio, habíamos querido ahogar en vino las penas ideales en mí, y tremendamente reales en ella.

No pude más. Atraje a Ángela y la besé castamente, sí, castamente sobre sus cabellos dorados, y

<sup>36</sup> Que muestra alegría.

<sup>37</sup> Se refiere a las personas que provienen de los territorios que abarca el río Danubio. // Blonda refiere al color rubio.

dichoso y alegre de haber llenado el vacío de mi vida inútil, la dije con amor:

—¡Que no sea lo de anoche un sueño!... ¿Quieres?... ¡Yo trabajaré para todos, para que nuestros hijos— y mostré a los pequeños— no vuelvan a acostarse con hambre!... ¡Se acabó todo!... ¡Se olvidó todo!... ¡Arriba!... ¡No llores, perezosilla, a luchar, a vivir y a amar!...

—¡Ved por qué —concluyó— es éste el último vaso que bebo con vosotros!... ¡Ya no soy mío!... ¡Eh! ¡Salud!...

¡Pero ninguno de nosotros respondía, y, bruscamente, al encenderse el gas, vi que mis hermanos, al beber, mezclaban el agua con el vino!

¡A MUERTE...!<sup>1</sup>

Cuando el capitán Héctor Flor penetró súbitamente en la alcoba de su esposa, para darle el último beso, quedóse lívido, helado, tenebroso: Carmen atraía hacia ella, prisionero en sus brazos desnudos, a Rodrigo Rubio, el brillante alférez<sup>2</sup> que era el amigo más querido de Héctor, su compañero de infancia y de campañas. Carmen, de espaldas al portier<sup>3</sup> que había levantado su esposo, no le veía; y frenética, apasionada, enhiesta y vibrante de amor, con sus rubísimos cabellos sueltos y flotantes, pequeña y nerviosa, alzada en la punta de los pies, demandaba un beso de la boca esquiva y adorada... un beso... un beso... el del adiós y de la muerte... En tanto que Rodrigo, aterrado, en presencia de su amigo que contemplaba el

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año IV, núm. 18, segunda quincena de septiembre de 1901, pp. 285-287.

<sup>2</sup> Oficial de menor grado, inferior al teniente.

<sup>3</sup> Cortina de tejido grueso que se utiliza en el marco de las puertas para cubrir el interior.

grupo siniestramente torvo, luchaba por desasirse de los bellos brazos desnudos en las amplias mangas del peinador<sup>4</sup> arrolladas, y fascinado por las miradas fulminantes del esposo, no osaba proferir palabra... Un presagio centelleante hizo volver el rostro a Carmen, y al ver a Héctor dio un grito, desasióse y huyó pavorida, dejando a los rivales frente a frente.

El capitán rompió el breve silencio lúgubre que siguió a la huida de Carmen, y dijo con voz sorda y seca:

—El regimiento parte dentro de una hora. Tendré tiempo de saber si eres tan cobarde como traidor.

—¡Estoy a tus órdenes!— contestó simplemente Rodrigo.

Veinte minutos después se hallaban de nuevo frente a frente, pero esta vez libres de sus dormanes y de sus kepis,<sup>5</sup> ante dos testigos inflexibles en asunto de honor: el viejo coronel Yáñez, veterano del 47,<sup>6</sup> de ojos de acero bajo sus crespas cejas níveas,<sup>7</sup> de profundo corazón dolorido porque el leal viejo había sentado sobre sus rodillas a Carmen chiquitina; el otro era el

---

<sup>4</sup> Prenda femenina para dormir, similar a una bata.

<sup>5</sup> Dormanes: chaqueta de uniforme, usada por tropas, principalmente húsares. La prenda le pertenecía a los dolmanes, que eran un cuerpo militar. // Kepis: gorra cilíndrica, con visera horizontal, prenda de uso militar.

<sup>6</sup> Se refiere a la Batalla de Chapultepec del 13 de septiembre de 1847.

<sup>7</sup> Se utiliza como adjetivo para referir que algo es semejante a la nieve, es decir, de color blanco.

mayor Roló, de barba mosaica y tristes ojos azules, que amaba a Rodrigo Rubio como a un hijo.

El pacto había sido a sable, a muerte, pues los cuatro personajes de la tragedia siniestra estaban obstinados en que uno de los rivales quedara suprimido.

—¡Mi mayor, mi padre!— había suplicado el joven alférez— yo amo a esa mujer con amor indomable, he sido estigmado a causa de ella con los dictorios<sup>8</sup> más candentes por mi mejor amigo... y además ya no puedo sufrir que ella sea suya... Era la primera vez que la volvía a ver después de casada, al regresar de mi ausencia interminable, llamado repentinamente de Yucatán para incorporarme en la brigada expedicionaria del Río Mayo... ¡Mi mayor, que nuestro duelo sea a muerte!

Por su parte, el capitán Flor había pedido al viejo veterano que no aceptara ninguna transacción, que exigiera un lance mortal, y el coronel había corrido a pesar de sus reumáticas piernas y había encontrado al mayor Roló que también le buscaba.

—No hay tiempo que perder, señor coronel. Tengo la elección de armas y pido que sea a sable.

El coronel titubeó un segundo; conocía la superioridad de Rubio, desde que era cadete en Chapultepec, para manejar la temible arma; pero lo serenó la justicia del esposo ultrajado y pensó en la superioridad moral sobre su adversario en el lance supremo.

---

<sup>8</sup> Revisar la nota 23, p. 111.



—Convenido... ¡Y a muerte!

—¡A muerte!

La espera de veinte minutos había exacerbado la fiebre de Héctor. No era una *vendetta*<sup>9</sup> vulgar la suya, una susceptibilidad de soldado herido en su pundonor,<sup>10</sup> sino una revelación espantosa de su mancha<sup>11</sup> que tenía el deber de castigar. Reconstruía el proceso de su infortunio; su casamiento en que él se había fingido ser amado... ¡Ah, sí!, ahora comprendía su triste ilusión; no había sido amado, sino aceptado; había sido el amparo de la soledad de Carmen... ¿Pero acaso el aborrecido rival no había preparado largo tiempo, tenazmente, su triunfo propio y la infelicidad de Héctor?... Recordaba nítidamente, con la fulgencia del desencanto, las innúmeras veces en que le pareció ver llegar al cartero y llamar furtivamente. Las raras veces en que solía preguntar, siempre confiado como los corazones nobles, le fue mostrada sin que él lo solicitara, alguna carta de una prima de su esposa. ¿Y la constante correspondencia de Rodrigo Rubio?... ¡No había paquete del Ministerio de la Guerra que no le trajera una larga carta de su amigo, en la cual decía abrirle su corazón, quejarse con él, su único hermano, de su confinamiento y de su soledad, de su juventud malograda... quejarse

---

<sup>9</sup> Palabra italiana que significa “venganza”.

<sup>10</sup> Sentimiento de honor.

<sup>11</sup> Dishonra

con él, que era dichoso con un arcángel por compañera de su destino... Carmen escuchaba la lectura de aquellas cartas anhelantes, angustiada, sus exclamaciones lastimeras eran apasionadas... ¡Ah, sí, apasionadas!... Y ahora él llegaba, el odiado rival, ¡y triunfaba de un golpe!, ¡sobre toda la obra de amor del esposo amante!... Y esa pasión no era un pasajero ensueño carnal... ¡Héctor también era hermoso, noble, audaz, caballeresco, inteligente y joven!... ¡Esa pasión era del alma, y no la recobraría, a su adorada Carmen, nunca, nunca!... Debía, pues, morir aquel sagaz victorioso, mil veces traidor, a quien hasta un instante había querido como a un hermano.

La lucha fue horrible y sangrienta. Bajo el cielo plombagino<sup>12</sup> de noviembre, los sables desnudos cabrilleaban lúgubrementemente, estridaban con choques ríspidos, chirriaban como veletas azotadas por rachas desencadenas; los céspedes jaldes<sup>13</sup> del pequeño campo oculto tras los pórfidos del Peñón principiaron a salpicarse de sangre al quinto asalto: la clavícula izquierda de Héctor fluía y empurpuraba su camisa, y la franja roja del pantalón del alférez parecía desleírse sobre su pierna izquierda.

El mentón del viejo coronel se contraía en un gesto rudo que erizaba aún más sus cejas crespas, en tanto que la nariz del barbudo mayor afilábase

---

<sup>12</sup> Referente al grafito, para señalar que el cielo era oscuro.

<sup>13</sup> Revisar la nota 33, p. 153.

como la hoja de un cuchillo; y la palidez cadavérica de aquellos cuatro hombres contrastaba solamente en los ojos espantados de los testigos del tremendo duelo y en los ojos airados de los combatientes.

Al séptimo asalto, jadeantes, lívidos de rabia, frenéticos de exterminio, infernados por el furor de matar, enloquecidos por la rivalidad de su fortaleza equiparada, lanzáronse con un impulso igual, salvaje y súbito, y los dos sables tajantes y purpúreos hundieron el uno en el cráneo de Rodrigo y el otro, de través, en el tórax del capitán.

Los dos luchadores cayeron de espaldas.

Un grupo de oficiales de caballería apareció en ese instante en el campo de honor. Advertido el general de lo que sospechaba uno de ellos, dio orden de suspender la salida y envió a buscar a los dos jóvenes, con la consigna de que fuesen llevados inmediatamente a su presencia.

Carmen, advertida de la orden de comparecencia, comprendió al momento que se habían desafiado Rodrigo y Héctor, y por una casualidad supo que los cuatro militares habían subido a un carruaje en Loreto, dando orden de dirigirse al Peñón. Sin perder tiempo subió a otro carruaje, inquirió febril en el trayecto –era fácil seguir la pista a un coche en aquel rumbo– y llegó enloquecida tras el grupo de oficiales. El coronel, con acento terrible, les mandó que trasladaran los heridos a los coches; pero el médico del regimiento, que había saltado de su caballo, examinó rápidamente las heridas y dijo cuadrándose:

—Mi coronel, ¡están moribundos! El traqueteo del coche acabará de marlos. Son necesarias unas camillas.

—¡Pues id por ellos inmediatamente!

El grupo de oficiales partió al galope.

Carmen, bañado el bello rostro en llanto, se arrodilló en aquel supremo instante junto a su esposo –los dos viejos militares, en pie, rígidos, pensativos, silenciosos, parecían dos estatuas de piedra– y tomándole una mano exangüe, exclamó llevándola a los labios:

—¡Perdón, Héctor!... Es necesario que lo sepas: yo soy culpable, yo solamente... Él jamás me ha hablado de amor... Aquí están sus cartas, míralas –y mostraba un pequeño legajo– en las que ha respondido siempre a mi loco amor hablándome de ti, de la amistad que los unía, del respecto y del amor de que eres digno, de lo mucho que vales y de tu bondad para él... Cuando tú me sorprendiste fue la única vez que nos vimos a solas un minuto... sólo un minuto hacía que él había entrado... Nuestro delito, es decir, el mío, ha sido un abrazo de despedida...

El capitán abrió los ojos anegados en llanto y los posó en Carmen con una dulzura infinita. —Tontuela, ¿qué has hecho?– parecía decirle aquella mirada.– ¿No te amaba yo más que él? ¡Pero tú no podías dominar tu corazoncillo apasionado y veleidoso!– Con la suprema consolación de la muerte, en aquella noble alma se apagaban todas las pasiones ardientes, y volvían a brotar los eternos sentimientos

altos, como las estrellas en un cielo en que ha centelleado un huracán.

—¡Perdón, Héctor!— proseguía la inconsolable— ¡yo soy la causa de esta horrible desgracia!... ¡Dios mío!... ¡Morir los dos...! ¡No! ¡Yo quiero que los dos vivan!... ¡yo necesito el perdón de los dos!... ¡Rodrigo, yo necesito que los dos me perdonen...!

Un espasmo sacudió al capitán, como si fuera la última convulsión del odio que moría en él, al oír el nombre de su rival. ¡Era pues, su mejor amigo! ¡Era y había sido siempre su hermano! ¡No lo había engañado! Considerábase digno de recibir de su mano la muerte, él, Héctor, ¡que había dudado de su lealtad!... Y Rodrigo yacía moribundo, con su noble y hermosa cabeza hendida por él, ¡por su odio frenético y ciego!...

Lentamente, volviendo el rostro hacía Rodrigo, que se debatía presa de dolores horribles, Héctor exclamó con fatigosa voz jadeante:

—¡Rodrigo... hermano... los dos vamos a morir... y debemos morir en paz... perdóname, hermano!

Pero el joven alférez, en un esfuerzo sobrehumano, habíase incorporado apenas y veía con ojos fosforescentes a su rival, ¡dichoso aun a la hora de la muerte! La fiebre impetuosa que ardía en su cráneo hendido le hizo ver hasta el fondo su propia vida malograda... Su amor reprimido inútilmente, su abnegación estéril ante la nobleza de alma de Héctor, que al fin triunfaba de su amor en el corazón romántico y apasionado de Carmen... ¡Ella arrodillada

ante su esposo!... ¡ella que debía estar con Rodrigo, a quien había cautivado para siempre con su lenguaje volcánico de amor!... ¡Y él moría solo, abandonado, vencido en presencia de su rival feliz, que le pedía la fraternidad, la fraternidad que era la abjuración de su amor!

—Hermano... perdóname... —repetía la voz doliente de Héctor.

Entonces el amor tanto tiempo sofocado del alférez hizo erupción en este grito:

—¡No!... ¡No quiero engañarte!... ¡La amo y la adoro!

Y cayó de nuevo, para siempre, bien muerto.

El capitán escuchó aquellas palabras con los ojos desmesuradamente abiertos; una convulsión espantosa sacudió todo su cuerpo, como si el frío de la muerte lo fulminara con su hálito electrizado, y una sonrisa siniestra, sardónica, dolorosa, de satisfacción o de suplicio, tenebrosa y cruel y al mismo tiempo amarga y lastimera, plegó su boca en un *ric-tus*<sup>14</sup> supremo, en tanto que sus ojos abiertos fueron apagándose... apagándose...

Después, las camillas escoltadas por el grupo de oficiales conducían al cuartel de Loreto dos cadáveres; y en un carruaje trastabillante por el pedregoso sendero, el mayor Roló lloraba como un niño, y el anciano coronel Yáñez llevaba reclinada en sus bra-

---

<sup>14</sup> Se refiere a un estado de los labios que asemeja una sonrisa.

zos la rubia cabecita de Carmen desmayada, como en un tiempo, cuando Carmen pequeñita dormía en ellos abrazada de su muñeca...

## DE NATURA RERUM<sup>1</sup>

Nadie hubiera creído, al ver la galana pareja en plena bizarría<sup>2</sup> de edad, suspensos los dos peregrinos de amor en esa última cumbre de la vida en que se detienen los seres pensantes por la postrera vez para tramontar<sup>3</sup> los cuarenta años –porque hay así etapas en la eflorescencia humana, en las que se descansa por décadas bajo una apariencia inalterable físicamente, primero en la adolescencia, luego en la juventud, después en la virilidad–; nadie hubiera soñado que la gentil pareja granada y lozana, ella con su pesada masa de cabellos negrísimos y pujantes, él con su cabeza empolvada de nieve como los cortesanos versalleses, ella y él con los ojos límpidos, las mejillas tersas, los miembros ágiles y briosos, hubiesen

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año IV, núm. 20, segunda quincena de octubre de 1901, pp. 314-316. // El título está escrito en latín, se traduciría como “De la naturaleza de las cosas”.

<sup>2</sup> Revisar la nota 6, p. 77.

<sup>3</sup> Se utiliza para hablar de alguien que escapa de un peligro.

arribado a la cumbre de la vida de otra manera que llevados por las mañanas y las tardes en el capitonado landó<sup>4</sup> amenazado de volcarse al empuje del altanero tronco de frisiones equinos; mecidos con indolencia en una cadenciosa cracoviana<sup>5</sup> o torbellinados en el maelstrom<sup>6</sup> de un vals en la feérica gloria de un sarao;<sup>7</sup> reclinados ella en antepecho y él en el fondo del palco, ella para ser admirada y él para admirar a sus anchas la fruta prohibida que sus catalejos apropiaran<sup>8</sup> hasta su boca; bogadores los dos, en fin, en el barquichuelo alhajado y joyante de la fortuna, esa picarilla hada que cuando se deja coger por las alas cual mariposa ebria de miel, y aprisionar en una caja fuerte de hierro, premia a quien la dona tal prisión, acumulando infatigable noche a noche, en unión de los gnomos lapidarios y aurifabristas,<sup>9</sup> pirámides de piedras preciosas y columnas de superpuestas y selladas águilas de oro.

Así, con las pasables molestias de un *pullman*<sup>10</sup> de recreo, parecían aquellos dos viajeros haber arri-

---

<sup>4</sup> Carruaje.

<sup>5</sup> Son los naturales de Cracovia, pero como aquí lo utiliza se refiere a una danza proveniente de Polonia.

<sup>6</sup> Revisar la nota 18, p. 18.

<sup>7</sup> La expresión “vals en la feérica gloria de un sarao” refiere a un baile agitado.

<sup>8</sup> Acercaran.

<sup>9</sup> Oficio de trabajar el oro.

<sup>10</sup> Palabra inglesa para referirse a un vagón de tren dotado de ciertas comodidades.

bado a la cumbre alpestre<sup>11</sup> desde la cual contemplaban risueños el panorámico paisaje de la felicidad encumbrada después de regar flores, aguas, mieses<sup>12</sup> y uvas por las campiñas fecundas en bienes. ¡Pero nadie sabía, ahora, la violenta prueba en que su corazón habíase acrisolado!

Veneranda y Gabriel conocieron sin ninguna aventura novelesca: él daba clases de paisaje al óleo y ella las recibía en su mansión suntuosa de heredera única de una gran fortuna, rodeada de una corte de primas parasitarias sobre las que imperaba como una dogaresa.<sup>13</sup> Un ejército de criados y lacayos la servía al pensamiento, obedeciendo sus más infantiles deseos que por infantiles a menudo eran quiméricos.

Por ejemplo: cierta mañana despertó en su lecho de infantina, recamado de blondas alenconesas,<sup>14</sup> con el deseo de amar, y como el ideal de las criaturas románticas era por aquellos años hoy corridos –¡Dios mío, mi juventud ha florecido entera de entonces a hoy!– un soñador solitario y apasionado a la manera de los héroes romancescos creados por la corte planetaria de Hugo, el garzón paisajista avínose como cintillo al dedo, al caprichuelo púber de

---

<sup>11</sup> Adjetivo que designa un sitio montañoso.

<sup>12</sup> Semilla donde brota el cereal con que se hace el pan.

<sup>13</sup> Mujer de la realeza de Venecia y Génova.

<sup>14</sup> Del francés *alençon*, que refiere a una técnica de bordado.

la hermosa. Y así fue que al presentarse en el lindo estudio que se diría soñado por Sandro para desnudar a las Gracias y copiarlas desnudas, Gabriel turbó al ver a Veneranda zalamera<sup>15</sup> y ruburosa venir a su encuentro, tenderle su mano hoyuelada y guiarlo así, a semejanza de un arcángel a un joven Tobías, hacia al caballete donde alboreaba apenas un paisaje lunar, en el momento preciso en que Febea tramonta y el lucero del día precede como un paje a la cuadriga voladora de Faetón...<sup>16</sup>

Gabriel comprendió que la imperadora quería ser amada y ser obedecida, y se aprestó a la lucha. Era pundonoroso,<sup>17</sup> y pugnó por no quedar atado al carro de victoria, aun cuando fuese atado con cadenas de flores. La insinuación de la señorita bien nacida, si bien impetuosa en el arranque inicial, no traspasó empero el límite de la donosura<sup>18</sup> de una dama que se respeta; y tal insinuación parsimoniosa cautivó a Gabriel. Vióse abrumado por las atenciones de Veneranda en su casa, en los salones que ambos frecuentaban, ella con el poder de su belleza y su oro, él con el poder de su prestigio de artista; la murmuración, preludio del himno triunfal consagrador de los afortunados,

---

<sup>15</sup> Que es cariñosa.

<sup>16</sup> En la mitología griega era el hijo de Helios, quien iba montado en un carro alado para mover el sol en los distintos ciclos del día.

<sup>17</sup> Revisar la nota 8, p. 114

<sup>18</sup> Gracia.

los envolvió en una onda sonora que a Veneranda la hizo sonreír y al pintor sublevarse, y entonces se alejó de su discípula.

Ese alejamiento determinó la unión de aquellos dos seres que parecían haber nacido para encarnar el poema de la juventud vencedora por la belleza y la fortuna. El artista fue llamado a la presencia de la hermosa; la explicación surgió firme y franca dados sus caracteres altivos; el mundo, que ambos desdeñaban, fue proscrito en el pacto de alianza para toda la vida; el idilio romántico bien pronto se transformó en dichosa realidad, y la pareja de amor, laudada por el himno triunfal consagrador de los afortunados, paseó con la insolencia inconsciente de los felices, su cauda de murmuraciones cobardes, envidias con antifaz de galanterías, bajas pasiones plebeyas, que lo mismo fecundan el limo de la gleba<sup>19</sup> que los corpúsculos de la sangre azul.<sup>20</sup> ¡Sentimientos bastardos que brotan cínicos o disimulados, pero que son sedimentos latentes del mal en todo organismo humano!

Así, aquella doble valla de fracs encarnados y de hombros desnudos por entre la que pasaban triunfantes Gabriel Herrán y Veneranda de Villamar, en el sa-

---

<sup>19</sup> En la expresión “fecundan el limo de la gleba” se refiere a una tierra fértil para sembrar.

<sup>20</sup> Refiriéndose a la realeza.

lón resplandeciente de su mansión fastuosa<sup>21</sup> la noche de sus bodas, aquella doble valla cortesana escondida bajo su sonrisa palaciega, tenuemente sardónica,<sup>22</sup> los dardos romos de sus pasiones innobles.

El pintor no se curó de analizar almas, y se dejó mecer en la hamaca de seda de la alegría. Sus amigos invadieron la mansión señorial riendo ruidosamente; en el gran patio embaldosado piafaban los caballos y ladraban los lebreles<sup>23</sup> impacientes de partir a las famosas cacerías; al regresar, como una banda de cosacos, invadían las despensas y rociaban con añejos vinos borgoñones los ciervos asados, los jabalíes al horno, los civets<sup>24</sup> de liebres traídas por manojos, las perdices agachonas y las gangas azoradizas,<sup>25</sup> que hacían reventar las bolsas de caza, abundantísima en las posesiones del señorío de Villamar. En el recinto hospitalario todo era estruendo, luz, música, felicidad. El carácter franco y abierto de Gabriel, convertido súbitamente en gran señor, atrájose las simpatías fáciles de quienes secretamente lo habían desdeñado al subir a su rango, y Veneranda, al principio feliz en su plenilunio de miel, bien pronto vio, con asombro primero y después con rencor creciente, que ya no era la única, la reina, la mimada, la im-

---

<sup>21</sup> Lujosa.

<sup>22</sup> Una risa falsa, que incomoda.

<sup>23</sup> Una raza de perros.

<sup>24</sup> Estofado.

<sup>25</sup> Aves asustadizas.

peradora en su mansión. Todos buscaban a Gabriel: las invitaciones eran para él; los honores para él; ella quedaba en segundo término y la felina fierecilla que dormía en su corazón, como en el corazón de toda mujer, despertóse como una jaguareza de su sueño de amor... Veneranda tornóse tornadiza, nerviosa, ceñuda, irascible... su cólera hacía crisis e iba a estallar como un cráter...

Y así fue que una mañana en que Gabriel acompañado de tres amigos ordenó en alta voz desde su despacho que engancharan el landó, por respuesta vio presentarse a un lacayo purpúreo de confusión, que balbuceaba:

—¡La señora ordena que no se enganche!...

Gabriel palideció de rabia y de vergüenza, pero dominándose súbitamente, dijo a sus amigos con jovialidad:

—¡Vaya!... ¡pues tomaremos una calandria<sup>26</sup>!

—¡Sí!... Sí... ¡una calandria! –corearon– y partieron, queriendo en vano ocultar la afrenta bajo una falsa alegría.

Al día siguiente, muy temprano, Gabriel presentóse tranquilo en las habitaciones de su esposa y la invitó a dar un paseo matutino –hacia un tiempo espléndido. Veneranda, que esperaba impaciente una escena tremenda, quedó desconcertada–. “Será en el paseo” –pensó. Y se decidió a aceptar. Esta vez

---

<sup>26</sup> Carruaje sin techo.

sí engancharon con apresuramiento; pero en el carruaje Gabriel hablaba de cosas indiferentes, con la misma tranquilidad asombrosa. –“¡Dios...!– pensó Veneranda–, ¡si me hubiese casado con un hombre sin delicadeza!” Al terminar la calzada de milenarios ahuehuetes, Gabriel ordenó al lacayo que se internara en un barrio solitario. “ ¡Vaya, un capricho!” –pensó Veneranda–; y al llegar frente a una casa de humilde aspecto, Herrán hizo parar el carruaje, rogó a Veneranda que bajara y despidió el cupé.

—¿Pero de qué se trata? –preguntó Veneranda alarmada.

—Volveremos en el tranvía que pasa ahí, a unos cuantos metros– contestó él con serenidad que la tranquilizó–. Deseo que veas esta casita que compré...

—¿Pero estás loco? –dijo ella riendo– y entraron los dos.

El corazón de Veneranda dio un vuelco. Las dos únicas habitaciones pequeñas estaban abiertas; en una de ellas había un caballete, pinceles, lienzos y bosquejos prendidos a los muros blancos, una hamaca y dos o tres sillones de mimbre; en la otra había un humilde lecho albeante,<sup>27</sup> un tocador de roble, un ropero provisto de batas, faldas y ropa blanca y un lavabo de porcelana. En el pasillo que conducía a la cocina, bajo un cobertizo de trepadoras y cam-

---

<sup>27</sup> De color blanco.

pánulas<sup>28</sup> en flor, veíanse una mesa de comedor y un armario con loza y cristalería.

—Veneranda –dijo el pintor con voz tranquila, descubriéndose–, cuando yo me casé contigo era lo que soy, un paisajista que se gana la vida con sus pinceles, y tú me aceptaste así. Ésta es mi habitación que yo he guardado por cariño a mi vida de bohemio; ayer he solicitado mis antiguas clases y por fortuna me las han dado todas otra vez... Yo trabajaré con ardor, para que no te falte lo que decorosamente necesita una mujer... Estás en libertad para nombrar quien administre tus bienes y puedes hacer de ellos el uso que quieras... pero mientras no haya impedimento legal, tienes que vivir conmigo y compartir lo mío... ¡Espero de tu dignidad y de tu nombre que aceptarás mi honrada pobreza!

Cuando Veneranda despertó del delirio febril que la fulminó al recibir el tremendo golpe, encontró a su lado a su doncella más querida, que la consoló con frases cariñosas y la ayudó a recordar discretamente el motivo porque se encontraba allí. Era la rubia una compañera de infancia de Veneranda, y en sus brazos lloró la cuitada<sup>29</sup> sus penas; pero ante Gabriel se mostró indiferente, estoica, no quiso rogar ni causar compasión. Sufrió con heroísmo las impertinentes preguntas de sus amigas, que se inte-

---

<sup>28</sup> Tipo de flor con forma de campana.

<sup>29</sup> Afligida.



resaban por su salud y acudían a verla, pues toda la ciudad sabía el suceso y el lejano barrio se veía concurrido por soberbios carruajes de flamantes libreas. Encumbrados caballeros suplicaron a Gabriel, por el linajudo<sup>30</sup> nombre de Veneranda de Villamar, por su nombre de artista, pero el pintor se mostró inflexible. Levantábase por las mañanas y partía a dar sus clases; prodigaba al regresar atenciones y cuidados a su esposa, que los recibía con una impasibilidad mármorea, y la vida se deslizaba así, con una monotonía languidecente para la reina destronada. Su orgullo herido se rebelaba contra la idea de pedir gracia. El choque del dardo del vencedor contra la coraza de su altivez, la halló blindada para toda flaqueza, para toda vulgaridad, y la diosa no descendió de su plinto<sup>31</sup> a las correrías de los tribunales... Los días retemplaban a fuego lento aquellas dos voluntades indomables... ¿Quién podía romperlas ni domeñarlas?<sup>32</sup>

¡Ah!... ¡La eterna madre, la eterna avasalladora, la santa Naturaleza!

¡Una noche Veneranda, a punto de dormirse, sintió en su seno el latir de otra vida!... Imcorporóse palpitante, trémula, azorada, venturosa, y rompió a llorar. Gabriel acechaba, como todas las noches, insomne, desgraciado, y al oír los sollozos saltó de la

hamaca, donde reposaba, y corrió al lecho de Veneranda, que abriéndole sus brazos le decía ruborosa y sollozante:

—¡Ya no!... ¡Perdóname en nombre de nuestro hijo!

---

<sup>30</sup> De un linaje noble.

<sup>31</sup> Que no bajó de su columna.

<sup>32</sup> Someter.

## UN NOCTÁMBULO<sup>1</sup>

**I**ba por la calle plenamente feliz, riendo a los duendecillos danzarines que libeluleaban ante sus ojos errantes inflamados por el absintio;<sup>2</sup> su vieja corbata deshecha flotaba al viento como un velacho,<sup>3</sup> su fieltro hongo plegábase innoblemente sobre sus luengos cabellos grises y se manejaba un murciélago sobre una chimenea, sus harapos destrozados remendaban grotescamente una americana abotonada y un pantalón holgado; y de su barba en torbellino surgía una nariz perfilada en Bizancio<sup>4</sup> y asomábase a menudo un engarce de dientes blancos tras sus labios marchitos, quemados por la combustión diaria de alcohol.

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año IV, núm. 22, segunda quincena de noviembre de 1901, pp. 353-356.

<sup>2</sup> Sinónimo de *ajenjo*, una bebida alcohólica.

<sup>3</sup> Una de las velas de los barcos para impulsarlos con el viento.

<sup>4</sup> Ciudad antigua de Tracia, Grecia.

¡Iba perseguido por las risas estudiantiles que ignoraban la vida, y estigmado por las indignaciones burguesas... que ignoraban también la vida!

Pero él reía al crepúsculo de oro, a la esplendorosidad vesperámica<sup>5</sup> de aquella tarde en que el vencido seguía el libeluleo de los duendecillos que rondaban sus ojos, cual si fuesen flores nocturnas abiertas al fulgor de los astros...

De pronto el noctámbulo detúvose frente a una taberna henchida de bebedores; atisbó y escudriñó buscando sin duda a un camarada a quien arponear un trago, pero como no lo descubriese, detúvose pensativo a las puertas. Ya no reía. Sus ojos flameantes devoraban con mirada ávida los vasos rebosantes de bebidas plebeyas que eran sorbidas por bocas febriles y recordaban un filtro envenenado sorbido por vampiros. Era sábado, y los obreros acudían al tributo sabatino con religiosidad druídica;<sup>6</sup> aguijaban hacia la taberna ansiosos de dejar en ella su mísero jornal ganado de sol a sol en faenas de negros; espoleaban a eclipsar en el alcohol su sol de sangre, la fatalidad fulminadora que los había echado de bruces en la ergástula moderna de la gleba aplastada por el trust<sup>7</sup> de los fuertes. Grupos haraposos, de

<sup>5</sup> Se podría referir a las tonalidades del cielo cuando llega la tarde.

<sup>6</sup> De los druidas: miembros de clase alta sacerdotal, más asociados a la política que a la religión.

<sup>7</sup> Término utilizado en economía para referirse a un grupo de empresas que monopolizan el mercado y controlan los precios.

cuerpos espectralizados, de pechos caquéxicos<sup>8</sup> roídos por la obra de zapa<sup>9</sup> de la tisis; grupos míseros del rebaño esquilado y alimentado con bellotas, se atropellaban por abreviar en el Leteo<sup>10</sup> innoble que da el embrutecimiento a truke de la salud, de la dignidad, de la inteligencia y del bien.

El noctámbulo husmeaba con deleite, como zorro hambriento, el hálito de las ánforas abiertas, escapado en emanaciones acres, volátil y envolvente, cual si los espíritus del alcohol flotaran en el aire dotados de sagacidad sugestiva, y filtrándose por los sentidos fascinados, intoxicaran el ardor báquico más temible que el uror de las bacantes,<sup>11</sup> en el espíritu que una vez sediento de alcohol, no se saciará jamás, transformado el organismo a quien alienta en un tonel de Danaidas.<sup>12</sup>

El noctámbulo entristeciéndose lúgubrememente al no encontrar ningún amigo. Cruzóse de brazos y reclinóse sobre el alféizar, y sus ojos se perdieron explorando la negrura del barrio desierto, el zigzaguo morisco<sup>13</sup> del México legendario que guarda aún

<sup>8</sup> Que están decolorados.

<sup>9</sup> Herramienta de trabajo para la minería.

<sup>10</sup> En la mitología griega, es uno de los ríos del Hades. Las aguas del Leteo provocan el olvido.

<sup>11</sup> Personas que participaban en las orgías del dios romano Baco.

<sup>12</sup> Mito de la antigua Grecia. Se refiere a las cincuenta hijas del rey Dánao, quienes en una sequía llevaron cincuenta baldes de agua.

<sup>13</sup> Hijos de españoles con mulatos.

vestigios de la ciudad virreinal. Yo le había seguido, y asombrábame de no verle envilecido hasta mendigar un poco de alcohol; el hombre sufría, había-se levantado sin duda de un largo sopor del coma y empezaba su consuetudinaria correría nocturna en busca del amargo placer. ¿Era pues un ebrio que descendía a la abyección trabajosamente, en lucha por salvar del naufragio un rostro de vergüenza inútil...?

Le toqué suavemente en un hombro:

—¿Quiere usted beber conmigo una copa?

Él me miró desconcertado. Yo proseguí:

—Soy desconocido en este barrio y no me agrada beber solo...

Él sonrió ante mi sonrisa y se apresuró a aceptar. Nos instalamos en un rincón de la taberna separados del oleaje que burbujeaba en creciente marea. Yo platicaba de cosas flotantes en un sueño de hastío, palabras que se escapan cual de una válvula del cerebro vigilante, siempre en combustión, en tanto que él bebía ávidamente, entregado a una súbita confianza. A medida que bebía, sus ojos volvían a sonreír a los duendecillos que danzaban ante sus ojos en ronda de silfos<sup>14</sup> enamorados de abiertas flores nocturnas. Las cien mil lámparas de Aladino de la embriaguez encendiánse en su cerebro en feérica<sup>15</sup> iluminación, constelando las tenebrosidades de sus

---

<sup>14</sup> Revisar la nota 6, p. 124.

<sup>15</sup> Del mundo de las hadas.

males... y sonreía, sonreía con la incierta y cuasi de-mente sonrisa de los seres debilitados por la orgía perpetua. Su alegría necia me exasperaba, me quemaba, y de pronto, cruelmente, le increpé:

—¿Usted no ha sufrido en su vida?

Un latigazo chasqueó en su espíritu. Sacudió la cabeza para espantar la nubecilla alada de los silfos danzantes, vuelto brutalmente a la realidad, a la torturante realidad que huía de su pobre cerebro visionario, y en voz jadeante, dolorosa:

—¡Usted también...!— dijo— ¡usted también cree como los demás, que yo me embriago por innoble vicio...! ¡Ah, sí!... ¡Soy un vicioso, soy un relapso, soy un perdido, soy un leproso que me arrastro en las sentinas satánicas!... ¡Pero también soy muy desgraciado! Hace diez años era yo bueno... Vivía honradamente, trabajaba para ganarme la vida en labores de escritorio, pues me encontré desde muy joven solo en el mundo y no pude cultivar ni mi inteligencia ni mis brazos en ejercicios especulativos o prácticos; yo era animoso y fuerte; con mi rudimentaria educación afronté la lucha, y después de fracasos vulgares en los luchadores débiles, llegó un día en que creía asegurado mi porvenir, aceptado y considerado en una gran casa sólidamente establecida en los luengos años atrás. Pronto me vi rodeado de bienestar moral, pues se me confiaban trabajos delicados y comisiones honrosas, y varias veces fui en representación de mis jefes a arreglar negocios de importancia en lejanas zonas algodoneras de Durango que

eran manejadas por la poderosa negociación de que era yo empleado. Mi pulcritud en vestir, mi cortesía nativa para quienquiera que fuese, mi carencia de placeres viciosos, dierónme prestigio y despertaron simpatías en torno mío; y yo, halagado y deslumbrado por aquella alborada de felicidad que había sido mi sueño, amplí mi modesta ambición hasta desear la redención de mi soledad, una dulce compañera de amor...

Una mañana, la marea rebosante del Empedradillo arrojó hasta mí una morena encantadora, de ojos moros apasionados y lánguidos, de imperial cuerpo hebreo graciosamente blondado y coquetamente aparasolado por un fresco sombrero de primavera. Me miró, tentadora y complaciente en leve sonrisa, y me cautivó. La seguí encantado, vencido por su seducción, con el pecho oprimido por secreto dolor al ver la cauda de deseos que iba estelando su belleza turbulenta; con asombro y alegría vi al que retirarse de la brillante avenida, se alejaba de las calles aristocráticas y se internaba en un barrio humilde, hasta que traspuso los umbrales de un entresuelo de balcones volados y florecidos de malvas reales y geranios. Al entrar, la hermosa me despidió con una sonrisa, que fue mi golpe de gracia. Me transforme en sombra de la morena encantadora, pero mi timidez para las mujeres me impedía acercarme a ella, hasta una noche en que Gracia misma fue quien me llamó, y en voz débil, melodiosa, insinuante, que revelaba para mí una ingenuidad adorable, hizóme

confesarle mi amor, contarle mi vida, abrirle mi corazón en esa impetuosidad reprimida largo tiempo en los seres privados de afecciones; nos amamos, o más bien, la amé con frenesí, concentrando en ella mis adoraciones de niño y de mozo, los cariños de mi alma apasionada, latidos y granados en la soledad, que despertaban el beso del sol cual explosión de rosas salvadas de la sombra, de la muerte.

Gracia me venció, me dominó, me ató a la más dulce de las esclavitudes; los contados días en que la tiranuela me permitía verla, era yo muy dichoso; palpitábame el corazón en vuelcos precipitados cuando, venciendo mil peligros según ella me decía, asomabáse presurosa al balcón y cambiaba conmigo unas breves frases, ordenándome imperativa y sobresaltada que huyera; y yo obedecía venturoso y ávido de partir con ella el peligro que se quedaba a desafiar sola, pero inclinándome a su mandato. Por frases escarpadas al azar en medio a su perpetua nerviosidad, supe que la vigilaban constantemente, que la tenían recluida en aquel barrio por haber reusado casarse con un hombre a quien aborrecía, que pertenecía a una familia acaudalada y que nuestro amor debía permanecer secreto hasta el día en que nos uniéramos a despecho del mundo. Para comprobar sus aseveraciones<sup>16</sup> veíala a menudo suntuosamente vestida, en carruajes con

---

<sup>16</sup> Para afirmar lo que él considera correcto.

librea,<sup>17</sup> pero sin blasón, o dando el brazo a elegantes caballeros que ella me decía eran amistades de su familia; pero esto a mí no me sorprendía ni me inquietaba, pues adoraba a Gracia con idolatría, con fanatismo y jamás la sombra de una sospecha pasó rauda<sup>18</sup> por mi frente.

Al contrario, viéndola joyante y deslumbradora de lujo, la ambición me espoleó para equipararme a Gracia, para conquistarme la independencia y la riqueza con mi propio esfuerzo. Trabajaba día y noche, sin flaquear, penetrándome de las combinaciones mercantiles que mi jefe supremo, satisfecho de mi fidelidad bien probaba y de mi prodigiosa actividad, dejábame estudiar y muchas veces resolver, sancionando mis decisiones. Llegué a ser necesario, llegué a ser partícipe y socio de la casa, y por último, un día manifesté a mi jefe mi resolución de separarme bajo su patrocinio para fundar una negociación propia y libre. Me abrió los brazos y me concedió lo que pedía, augurándome un porvenir brillante ofreciéndome su apoyo en todo.

Para celebrar mi emancipación, fui invitado a su mesa, donde me presentó a sus hijos, no ya como subalterno, sino como un futuro negociante “y a un futuro competidor”, añadió sonriendo. A los postres, fui invitado por el menor de sus hijos, calavera<sup>19</sup> de

notoriedad, a pasear en carruaje después de una partida de bolos, y ya a solas los dos, tropezamos con una banda de amigos suyos, elegantes desocupados que iban de juerga, y nos enfrascamos alegremente en los bares elegantes, bebiendo lo que ellos querían, pues a mí me era indiferente optar por cerveza o *brandys* o *bitters*;<sup>20</sup> al caer la tarde la embriaguez estaba en todo su esplendor... ¡Jamás había sido yo tan feliz! ¡Me sentía aclamado en el pórtico triunfal de la vida! Me sentía fuerte, vencedor, igual a los brillantes jóvenes que me abrumaban con sus amabilidades.

Uno de ellos propuso de pronto que nos trasladáramos a casa de Carmen.

—¿Qué Carmen? —pregunté. Y un coro de carcajadas me contestó.

—¡Cómo! —apostrofó Ruiz Ordaz— ¿No conoces a Carmen, la matrona más ilustre de México?... ¿No has rebañado en su *haremlike*<sup>21</sup>?

Y yo, que me sentía capaz de restaurar un rapto de Sabinas,<sup>22</sup> fui de los primeros en levantarme. Subimos a dos carruajes que esperaban a sus dueños bajo la lluvia, y arribamos a una casa aislada en una de las más distantes colonias, rodeada de inmuebles y pequeños palacios solitarios.

<sup>17</sup> Traje que se les da a los criados de la nobleza.

<sup>18</sup> Rápido.

<sup>19</sup> Revisar la nota 8, p. 77.

<sup>20</sup> Revisar la nota 13, p. 95.

<sup>21</sup> La palabra *haremlike* se refiere a un harén, un burdel.

<sup>22</sup> Puede referir a un conjunto de mujeres provenientes de un pueblo italiano prerromano, o a un grupo de animales similares a los caballos.

Fue una irrupción. No bien cerramos la puerta, un himno báquico saludó a la antigua pupila de lupanar<sup>23</sup> ascendida a reina, dominadora en su amplio peinador y bajo la masa empenachada de sus cabellos rojos. Mi presentación fue una cortesanía de ópera bufa. Y sin más ceremonia nos instalamos a placer sobre los anchos y muelles divanes de aquel recinto que parecía un enorme lecho blando, suave, sensual, capitoneado de sedas y blondas; los camarines veíanse entreabiertos, esparciendo sobre las alfombras rosadas y lilas fulgores atenuados de lámparas veladoras de los misterios del amor; y el ambiente cargado de violeta enervaba, adormía, ensoñaba la inteligencia, en tanto que los sentidos abrían sus válvulas y aprestábanse a las luchas gloriosas de Eros.

—Violante, Laura, Amelia y Rosa me visitarán hoy, dentro de un instante —escuché que decía la matrona—. Adoración y Berta vendrán al momento que se las llame; pero nos falta una... ¡Ah!... ¡La misteriosa con quien dormiste, Ordaz, la otra noche!... ¿Te gusta?...

—No —dijo el joven con displicencia—, es demasiado apasionada para ser sincera... prefiero a Rosa...

—¡Yo la quiero! —dije impetuoso, enardecido ante la confidencia.

Carmen miró uno a uno a los jóvenes, quienes se apresuraron a garantirme.<sup>24</sup>

—Confía en él como en mí, Carmen —concluyó mi introductor.

Ella se inclinó ante mí, en actitud de quien se disculpa, y en ese instante cuatro muchachas preciosas, elegantemente ataviadas, entraron saludando con intimidad, cual si recibieran ellas en su propia casa a amigas del alma, con besos y graciosos diminutivos. La faunalia<sup>25</sup> entró en pleno periodo efervescente; las copas de champaña burbujeaban heridas y prismadas de luz; las risas sonoras volaban en el viento cual enjambres de golondrinas locas; ¡al entrar las otras dos primorosas llamadas a gran prisa, la algazara creció desbordándose en estruendosa orgía! Los amadores habíanse apareado, mas esperaban por galantería a que todas las parejas estuviesen completas y como la desconocida tardase, las ninfas eran devueltas a la gracia antigua, a la belleza antigua, a la revelación pagana de las formas no veladas, sino apenas por cabelleras sueltas... Rosas vivas, rosas frescas de pistilos dorados o negrísimos en vellazones sedeñas,<sup>26</sup> surgían cual crisálidas de capullos reventados, entre maliciosos pudores, ruegos

---

<sup>23</sup> Un prostíbulo.

---

<sup>24</sup> Viene de garantizar o asegurar a alguien o algo.

<sup>25</sup> Fiesta en nombre del dios Pan, representado por los romanos como un fauno.

<sup>26</sup> Revisar la nota 3, p. 93.

apasionados y besos sonoros y asaltantes... Yo estaba embriagado más que de vino de embelesamiento morboso... ¡Ah, sí!... ¡Aquel era un *haremlike*, o una bacanal romana, o una saturnal griega!<sup>27</sup> ¡La docilidad con la que las hermosas habiánse apresurado a complacer a los libertinos probaba una asidua costumbre en aquellas fiestas galantes!

De pronto, el rodar de un coche oyóse en la calle, Carmen vio al través de las persianas y dijo: “¡Es ella!” –y entonces uno de los jóvenes se adelantó y ordenó en tono teatral:

—¡Si entra, que entre como Frinea!<sup>28</sup>

—¡Sí, sí!... Corramos todos. ¡Como Frinea!

Laura y Ordaz salieron al encuentro de la recién llegada y conferenciaron con ella. Se resistía entre risas, pero nuestra decisión era inapelable, y por último, un aplauso de Ordaz nos dio el triunfo. Diez minutos de espera anhelante, y luego un estremecimiento cuando ella entró, seguida del joven, arrebujaada hasta la frente en una colcha, y al descubrirse, impúdica, sonriente, vencedora por su soberbia belleza lujuriosa, un grito de triunfo unánime y un grito de horror mío, porque aquella mujer era Gracia...

---

<sup>27</sup> En la antigua Roma era una festividad en nombre del dios Saturno, iba acompañado por un banquete y se entregaban regalos.

<sup>28</sup> Frinea: mujer de la antigua Grecia, era una hetaira, mujer libre, por lo general prostituta.

Al decir esto, el ebrio sacudióse en una embesitada espantosa de rabia, de dolor, de desesperación, de frenesí; bebió de un trago su vaso y lo azotó vacío despedazándolo contra las losas; en tanto que yo, taciturno, en rebelión contra la eterna fuerza aplastante, volvía sañudo<sup>29</sup> los ojos ante un abominable cuadro; los ebrios, en el paroxismo<sup>30</sup> del furor báquico, gritaban enronquecidos hinchando la taberna, se injuriaban con una exaltación demoniaca, los ojos inyectados y fuera de las órbitas, el equilibrio perdido, la lengua trabajosa y torpe. Los venenos emponzoñados hervían en aquellos organismos gastados por el trabajo diario y por el implacable vicio: y en medio de aquel pandemónium<sup>31</sup> execrable, a aquella sinfonía satánica de aullidos horribles y crispadores, el vencido esperaba su único descanso en la tierra: ¡el libelular de los duendecillos en torno de sus ojos errantes...!

---

<sup>29</sup> Enojado.

<sup>30</sup> Exaltación de las pasiones.

<sup>31</sup> Sitio imaginario donde habitan los demonios, donde hay mucho ruido y confusión.



## EL NOCTURNO EN SOL (CHOPIN)<sup>1</sup>

**A**na yacía moribunda en su lecho de pecadora. La tez de sus brazos era delicada en la apariencia de su pulpa, comparable a los pétalos de las peonías blancas, y descendía en alburas lunares hasta sus dedos gráciles cuajados de cintillos: sobre los dedos marchitos, los grumos de iris de las piedras preciosas semejaban gotas de rocío prismadas por el sol en una flor agostada. Ana moría a los veintiocho años, después de haber sido la cortesana más bella y más adorada. Las pasiones que había encendido abasaron su paso, como al paso de un arcángel de exterminio, de un Luzbel maldito, juventudes y fortunas, rubores y adolescencias, dignidades y aristocracias, esperanzas y hastíos.

¡Flor de sensualidad, deleitosa hembra de amor, copa henchida de elixir, escanció su fragancia de

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año IV, núm. 23, primera quincena de diciembre de 1901, pp. 368-370.

vestal venusina en noches blancas, bien por un joyel de crisólitos,<sup>2</sup> bien por un beso! Y del torbellino de placeres en que soñó su juventud indestructible, salía hoy náufraga con un puñado de diamantes por único tesoro, para rescatar sus huesos de ser turbados en el descanso perdurable. La fiebre consumidora que la devoraba hacía la desear una cripta de kaiserina,<sup>3</sup> un primor de capilla marmórea en la que pudiera dormir para siempre bajo la loggia columnaria de Paros<sup>4</sup> tan frágiles y blancos cual sus huesos de ave de paso, de ave viajera que emigraba a otros orbes en busca de nuevas primaveras y nuevas juventudes.

Sensual hasta en la muerte, habíase reclinado a morir en un suntuoso lecho de blondas malinesas y antiguos guipures siameses;<sup>5</sup> sus batas de cachemiras<sup>6</sup> bordadas flordelisaban la claudicante belleza merovingia de la hermosa; para sus pies nerviosos y desecados había hecho traer crisoelefantinos cha-

---

<sup>2</sup> Revisar la nota 8, p. 124.

<sup>3</sup> Término que proviene del alemán para nombrar al emperador (*kaiser*).

<sup>4</sup> Puede funcionar en dos significados: una persona que proviene de Paros, una isla del mar Egeo, o a Paros que es una forma de llamar a un tipo específico de aves.

<sup>5</sup> Mueble donde las personas descansan y el tipo de tela o tejido que los sostiene es de una malla gruesa y cómoda.

<sup>6</sup> De lana.

pines<sup>7</sup> asiáticos con la punta curva cual prora<sup>8</sup> griega; los brocados y draperías<sup>9</sup> de su lecho tallado en tapincerán<sup>10</sup> daban la nota señorial en un camarín coqueto alfombrado de blanco y lila, ornamentado con cortinajes diáfanos de matices muertos en que se bosquejaban paisajes de ensueño, ornado con un precioso tocador Imperio sobre el que descansaban primorosidades de Sevres y Saxonias,<sup>11</sup> plafonado<sup>12</sup> por una ninfa desnuda y prisionera en los brazos de un rapaz Amor impúber. El ambiente cargado de ixora<sup>13</sup> nipona, el perfume de Ana, enervaba los sentidos predisponiéndolos a la ebriedad de la muerte, de la muerte que llegaba paso a paso, cansada de espigar vidas cual se espigan violas en las mieses doradas del otoño.

Ana entreabrió de pronto los ojos tenebrosos y radiantes, ojerosa y febril tras breve soñolencia, y fijó su mirada errante en un punto vago, con la expresión de quien despierta a escuchar. Era, en verdad,

---

<sup>7</sup> Esculturas de chapín, es decir, que tienen oro y marfil.

<sup>8</sup> Una forma de llamar a la proa, la parte delantera de los barcos que corta las aguas.

<sup>9</sup> Es un modo al que los vestidos se les forman pliegos y una caída para que sean más vistosos.

<sup>10</sup> Nombre de un árbol con el que se produce madera fina.

<sup>11</sup> Sèvres es una ciudad al suroeste de Francia. //Saxonias significa Sajonia, refiriéndose a que proviene de ahí.

<sup>12</sup> Es un adorno que va en el centro del techo, comúnmente se utiliza para colgar candelabros.

<sup>13</sup> Especie de geranios que crecen en Asia.

un preludio que surgía de un piano como un gorjeo de pájaro; un preludio improvisado por una imaginación de artista –Ana escuchaba con deleite–; un preludio que convidaba a oír lo que siguiera a tan fugaz y bello *impromptu*,<sup>14</sup> y un instante después el nocturno en sol de Chopin,<sup>15</sup> el nocturno eterno, la divinísima reverie<sup>16</sup> doliente hacía flotar hasta los astros su cauda mecedora, su arrullador vaivén de berceuse<sup>17</sup> con que una alma enamorada durmiera a otra alma enferma –es, ciertamente, ese nocturno el que escribió Chopin para arrullar a su bien amada enferma– y desgranaba en la noche estrellada su constelación de notas, semejantes a murmurio de paseres en el intento cromático bordado de terceras y sextas...

Ana escuchaba con deleite, y de súbito, aquel deleite se transformó en dolor: ¡era la página negra de su vida! ¡La flor de su vida! ¡El único amor de su infecunda vida! –Ana tenía entonces dieciséis años, era apasionada y soñadora, y acababa de ser profanada por un veterano libertino que se hizo su esposo con la obsesión de sus ojos tenebrosos y radiantes, de su tez blanquísima y transparente, de su boca semejante a una herida abierta por un dardo

---

<sup>14</sup> Pieza musical para piano con la característica de que es muy corta.

<sup>15</sup> Revisar la nota 7, p. 62.

<sup>16</sup> Revisar la nota 17, p. 65.

<sup>17</sup> El berceuse es una canción de cuna, de melodía apacible.

del Amor. Iniciada, sintió despertarse en su sangre un fuego extraño que hasta entonces había dormido latente; hecha mujer en una noche, sintió impulsiva repulsión hacia el revelador, y al mismo tiempo una curiosidad precoz de saberlo todo, una ansiedad egoísta e hipócrita de descubrir una entrevista Citerea<sup>18</sup> que la hacía abandonarse con aparente inconciencia a los urores<sup>19</sup> victimarios. Sus descubrimientos la pavorizaban con este pensamiento perversamente hermoso: “¿Qué será sintiendo amor...?” –y caía súbitamente en el fango como una garza real herida en el cenit del cielo, supo fingir amor, supo deleitar y languidecer, sin sentir vibrar una sola fibra de su alma.

Empero, el acaudalado epicureísta<sup>20</sup> bien pronto se hastió de la regia perdiz, como en un tiempo el galante Rey Sol;<sup>21</sup> y huyó, reciarío de amor, a tender su red en aguas menos límpidas, pero más proficuas<sup>22</sup> en pesquería. Ana quedó a merced de la soledad, la gran azuzadora de deseos, y se echó a soñar en algo que saciara su sed despierta precozmente.

---

<sup>18</sup> Eran los que adoraban a Afrodita en la isla Citera en Grecia.

<sup>19</sup> Podría referirse a los Uro, que eran mamíferos salvajes parecidos a la cabra.

<sup>20</sup> Se refiere a un individuo que practica el epicureísmo, una corriente filosófica que proviene de Epicuro, que busca el bienestar de la mente y del cuerpo a través del placer.

<sup>21</sup> Era como se le conocía a Luis XIV de Francia.

<sup>22</sup> Favorable.

Hjalmar Waleski era el llamado a consolar la soledad de Ana. Slavo y artista, de brumosas pupilas azules, de complexión gimnástica bajo la americana abotonada hasta el cuello, pulquérrimo<sup>23</sup> y desaliñado a la vez, pues su barba y cabellos crespos y rubios crecían copiosamente, era el pianista consentido de las mujeres. Vástago errante de Varsovia, habíase injertado en nuestra América de razas indolentes y pensativas, y al vibrar bajo la presión de sus dedos las cuerdas de un Steinway o un Blüthner,<sup>24</sup> parecía evocar el espectro de los Cárpatos ante el paisaje de los Andes, parecía que las nivosas estepas<sup>25</sup> polacas surgieran en las sábanas perpetuamente primaverales.

Ana hizo venir al artista a su palacio, y el poema de amor principió el primer día, cuando ella le abandonó sus manos de fluido envolvente para encontrar una posición estética sobre el teclado; una dulce languidez los invadió al contacto de las manos sensuales y purísimas de Ana sobre las manos nerviosas del músico; los dos callaban, turbados, ruborosos, sin osar mirarse, y de pronto sus dedos se engarzaron en brusca acometividad, y sus bocas se buscaron y se prendieron para no separarse sino después de un beso que duró una noche. Al despertar de aquel

---

<sup>23</sup> Forma superlativa de pulcro, que está muy limpio o presentable.

<sup>24</sup> Ambas son dos marcas dedicadas a fabricar pianos.

<sup>25</sup> Un llano extenso, acompañado del adjetivo *nivoso* que tiene nieve.

beso, Ana, que se había quedado dormida a la alborada después de un breve instante, buscó la crespada y rubia cabeza amada sobre el almohadón y no la encontró; pero de pronto una música ardiente, arrulladora, celestialmente triste, el nocturno en sol, acarició su despertar con su queja enamorada... y Ana sintió entonces que amaba a Hjalmar, que lo amaba con la única pasión del alma que podría florecer en su vida predestinada, y lloró raudalosamente...

(El nocturno en sol entraba ahora en su ritornele<sup>26</sup> idílico y pastoral y glosaba su frase dolorosamente modulativa sobre la séptima menor...)

¡Y lloró raudalosamente al escuchar el canto bucólico y plañidero que le presagiaba un cruel destino!

Los amantes gozaron plenamente su loca y turbulenta pasión, pues el artista habíase también enamorado de Ana, y sin perturbarse del mañana bebían con avidez la ventura fugaz, la dicha que aprisionada cual ave incauta no espera sino que se abra la mano que la oprime por tender el vuelo. El abandono de Ana por la vida orgiástica de su esposo les permitió amarse libremente durante largas noches preciosas, y cuando habían fatigado su organismo en dulces trueques deleitosos, iban al piano Pleyel,<sup>27</sup> gemebundo y vibrátil, y el artista evocaba los espectros de John

---

<sup>26</sup> Estribillo.

<sup>27</sup> Revisar la nota 2, p. 61.

Field, de Stephen Heller, de Robert Schuman, de Friedrich Chopin,<sup>28</sup> los genios románticos más poderosos que ha tenido el piano, y se embriagan de música tanto como se habían embriagado de amor.

Pero la música más sentida para el espíritu apasionado de Ana era la del polaco;<sup>29</sup> ni la del irlandés, ni la del húngaro, ni la del sajón despertaban en ella las sensaciones exquisitas y radiosamente intensas que la música tenebrosamente divina del varsoviense genio, y traducida espasmódica y subjetiva por el apasionado Hjalmar, hacía desmayar de felicidad y sufrimiento a la pobre neurótica, flor de sensualidad, deleitosa hembra de amor, copa henchida de elixir que debía ser trasplantada en breve de la invernícula<sup>30</sup> al pudridero... Una noche dormía en brazos de Hjalmar, bajo la tenue luz rosa del camarín nupcial, en yacente grupo de amor que hiciera soñar en la reina Ginebra y Lanzarote,<sup>31</sup> cuando una estruendosa irrupción los hizo despertar; Ana echó sobre su cuerpo desnudo un peinador y Hjalmar cubrióse con su cafetán de pieles y blandió una daga damasquina,<sup>32</sup> a tiempo que se abrían los cortinajes

---

<sup>28</sup> Todos pianistas románticos de los siglos XVIII y XIX.

<sup>29</sup> Frédéric Chopin.

<sup>30</sup> La metáfora habla de la mujer criada en un invernadero, artificiosa y bien cuidada, pero ahora sería expuesta al pudridero.

<sup>31</sup> Personajes artúricos: Ginebra, esposa del Rey Arturo que le fue infiel con el caballero Lanzarote.

<sup>32</sup> Un arma blanca de temple fino.

del portier y entraba el esposo precedido de dos lacayos con candelabros encendidos y seguido de un séquito de amigos en traje de recepción y ebrios todos: venían de un baile en el Club Hípico,<sup>33</sup> expresamente invitados a presenciar un adulterio...

(El nocturno en sol había vuelto al primer motivo y espasmodiaba hasta el paroxismo su frase inicial modulada con arrebató febril en la esfera aguda del piano...)

Ana y Hjalmar habían retrocedido hasta un ángulo y parecían incrustarse en el muro, helados, rígidos, con los dedos crispados ante la mirada torva y la risa ebria, sarcástica, sardónica, demoniaca, del marido ultrajado. Reía en silencio, siniestramente, innoble y cínico ante la afrenta, y sus amigos pasando de la nerviosidad expectante de una esperada tragedia a una comedia plebeya, reían también con risas sofocadas encontrando grotesco lance. Hjalmar, indignado, lívido de rabia, transformado súbitamente en vengador de tal ultraje a la dignidad humana, avanzó ceñudo y tenebroso, airado y resuelto a matar... Ana comprendió que mataría, rápida se asió a él en constricción ofidia...<sup>34</sup> Pero no hubiera sido necesario: Hjalmar se había detenido petrificado por el asombro de lo increíble: el esposo de Ana reía ya no en silencio, sino con hilaridad creciente que estalló

---

<sup>33</sup> Club deportivo de equitación.

<sup>34</sup> Las víboras son ofidios; se refiere a que Ana lo abrazó con fuerza.

en una carcajada sonora, coreada por una carcajada homérica de intrusos.

—¡Sois unos cobardes, miserables, bandidos!... ¡Venid todos contra mí, armados como yo!... ¡Canallas...! ¡Ven tú el primero... tú, el más vil! —rugió Hjalmar.

Las risas decrecían, y en medio de esa risa siniestra como la de las Walkirias...<sup>35</sup>

(¡El nocturno en sol hacía soñar con sus terceras y sus sextas en una risa desgarradora... despechada... torturante...!)

La voz del libertino degradado, del marido bufo, del truhan abyecto, murmuró trabajosamente:

—¡Famoso!... ¡Magnífico!... ¡Es un soberbio galán de ópera!... ¡Blande un puñal... y no me mata!... —Y luego con voz sorda— ¡Y no se mata!

Hjalmar sintió una conmoción espantosa. ¡Ah, sí! ¡El villano tenía razón: entre apuñalear inútilmente y perder la vida, era esto lo prescrito... Sin matar, lo llevarían a una prisión y arrastraría a ella a Ana: el testimonio del adulterio estaba flagrante: su vida estaba rota: ¡su muerte salvaría a su amada... debía, pues, morir! Y súbito y centelleante, hundióse la daga en el corazón.

---

<sup>35</sup> En la mitología escandinava, las valquirias eran mujeres guerreras que llevaban al Valhalla a los héroes caídos en combate.

Ana estremeciósse con mortal espanto al recordar el epílogo del sangriento drama: su expulsión del palacio por el ebrio frenético ante el cadáver del amante, su peregrinación errante en la noche horrenda, y por último, su llegada a un lupanar<sup>36</sup> pidiendo hospitalidad, y su hundimiento vertiginoso en el fango, de donde fuera rescatada más tarde por su hermosura pesada en oro.

¡Por la muerte!... que venía paso a paso, cansada de espigar<sup>37</sup> vidas cual se espigan violas en las mieses<sup>38</sup> doradas del otoño...

(El nocturno en sol habíase detenido en la frase rota en séptima disminuida, y tras el descanso del calderón, querellábase en un último lamento virgiliano y doliente, plañideramente triste, de una poesía infinita de amor y de muerte, y aquel final gemebundo parecía decir a Ana agonizante: “¡yo soy el dolor hecho arte!... ¡la encarnación ideal de una alma demasiado inmensa, demasiado luminosa, incomprendible para organismos deleznales!... soy la muerte hecha música, el amor hecho música, el placer y el hastío hechos música adormidera de sueños imposibles... ¡de ardientes delirios sin nombre!... ¡ven!... ¡ya viviste, gozaste y padeciste!... bebiste hasta las heces el placer de los placeres...

---

<sup>36</sup> Revisar la nota 23, p. 189.

<sup>37</sup> Que recogía vidas como si fueran semillas.

<sup>38</sup> Tiempo de la cosecha.

¡amar!... ¡muere!... ¡oh, celestial vampiro de amor!...  
¡soñar moribunda es tu suplicio!... ¡soy el mal trans-  
figurado en arte!... ¡y te hiero!... ¡y te fulmino!... ¡y  
te brindo con crueldad fascinadora el sopor maldito  
de la muerte!... ¡Ven, ven, deleitosa!... ¡deleitosa!...  
deleitosa...”)

## UN SUICIDIO<sup>1</sup>

**M**aquinalmente, en una inconsciencia de so-  
nábulo, el pobre enamorado encontróse  
de pronto ascendiendo rauda, jadeante, los peldaños  
de caracol del campanario, cual un proyectil por un  
cañón rayado en espira. Acababa de jurar que se ma-  
taría, después de una breve escena borrascosa con  
Rosalina, la morena lunarosa a quien había encontra-  
do en el atrio de la catedral.

Ella pasó, dando el brazo al rival, y Jacinto la  
había llamado con su derecho de antiguo amante.  
Y Rosalina condescendió, desprendiéndose un mo-  
mento, para venir a decirle vibrando de cólera:

—¿Es la última vez, entiendes?... ¡Se acabó!... ¡Va-  
mos! ¡Te aborrezco!... ¡Ese otro es al que yo adoro!

—¡Mira, Rosalinda, que te mato!

—¿Acaso eres hombre?... ¡Uy, uy!... ¡Te mato!...

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año IV, núm. 24, segunda quincena de diciembre de 1901, pp. 281-283.

¿Y por qué no te matas tú?... ¿Porque no traes ni un alfiler, verdad?... ¡Pero si fueras hombre subirías a la torre y te quitarías de cuentos echándote!... ¡Anda!... ¿Ves? La puerta del campanario está abierta... ¡Cobarde!

Y lanzando una sonora carcajada y dando una rabieta, Rosalina, la más hermosa y perversa de las plebeyas galantes, huyó de Jacinto sardónicamente burladora. El mozo sintió que una ola de sangre le cegaba los ojos; luego livideció<sup>2</sup> y tambaleóse, y como si alguien más poderoso que su voluntad lo empujara, se dirigió febril y penetró a la torre subiendo la escalera.

Llegó al primer descanso, en la explanada de las grandes campanas, y asomándose por la balaustrada de piedra, descubrió con ojos ávidos a Rosalina que habiéndole visto subir, acechaba con mirada avizora,<sup>3</sup> levantando el rostro al cielo. Pero los árboles del atrio se interponían entre los dos, y como Julián quisiera ser visto por ella plenamente, continuó ascendiendo tembloroso y palpitante, ahogado por una secreta y extraña rabia contra su propia cobardía sagazmente descubierta por Rosalina. Quería que ella viera su hazaña suprema de valor, quería lavarse para siempre del estigma sangriento, con la tenebrosa y fatal interpretación que del valor

---

<sup>2</sup> Que se puso en un estado lívido, es decir, frágil, pálido.

<sup>3</sup> Vigilante.

hace nuestra gleba.<sup>4</sup> ¡Cobarde él!... Ella, la perjura, la idolatrada con una pasión de vida o muerte, como las tremendas pasiones de los plebeyos atávicos de crimen, había juzgado cobardía su amor sumiso, aquel amor suyo pisoteado que a su pesar florecía como el cactus. ¡Para el mozo apasionado y romántico, una vez despreciado no le quedaba sino matar o morir! No había tenido valor para acuchillar a la pérfida, y puesto que ella lo había desafiado a quitarse la vida, y lo que más había lacerado su orgullo, afrentándolo de cobardía, debía probarle ante la ciudad entera que sabía morir por ella como un hombre, y que le arrojaba su cadáver como un ultraje para callar su lengua de serpiente.

De pronto, tras una ascensión de grumete<sup>5</sup> por una escalera que colgaba en el vacío, encontróse en el último cuerpo de la torre, entre los arzobispos de piedra que se irguen sobre los cuatro ángulos. La ciudad extendíase panorámica y murmurante, bajo la esplendorosidad de un crepúsculo de fuego, una hornaza ígnea<sup>6</sup> de luz vespéralmente desulbradora. Las cúpulas y los campanarios de cien templos seculares se alzaban altivos en proclamación monumental de muertas centurias conquistadoras;

---

<sup>4</sup> Grupo de personas en conflicto.

<sup>5</sup> Nombre que se le atribuye a los ladrones que utilizan escaleras o trepan para robar.

<sup>6</sup> Se refiere al horno que utilizan los herreros.



y las manchas verde-oscuras de los macizos de árboles se destacaban de la blancura uniforme perfilada en reflejos de oro de los palacios virreinales almenados y de las pesadas arquitecturas cuadrangulares de la ciudad vieja entre la cual se amurallaba la antigua catedral española.

Jacinto inclinóse a mirar al pie de la torre, y un terror espantoso culebreó por su espina dorsal; la altura, juzgada pequeña desde el atrio por la vasta pesadumbre del edificio enorme, era prodigiosa. El atrio veíase en proyección semejando a un parque pequeñito, y una población de Liliput<sup>7</sup> hormigueaba en apresuramiento de himenópteros<sup>8</sup> sorprendidos por la noche. Los ojos enloquecidos de Julián buscaron a Rosalina sobre el asfalto y la descubrieron rígida, con el rostro siempre alzado en espera del siniestro drama.

Entonces Jacinto sintió flaquear su decisión. ¡Cómo!... ¡Ella se quedaba en el mundo a gozar de la vida, del amor, de la juventud y del placer!... ¡Ella, burladora y cruel, traidora y sin corazón, seguiría flechando y perdiendo corazones, y él se estrellaría el cráneo sobre las losas y lo recogerían hecho una masa sangrienta que causara horror!... De súbito, una

---

<sup>7</sup> Se trata de una ciudad ficticia de gente pequeña de *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift.

<sup>8</sup> Nombre científico de un tipo de insectos, parecidos a la abeja o a la avispa.

sonora y vibrante campanada, la del Ángelus, rasgó las ondas aéreas, y Jacinto, sacudido por un estremecimiento de pánico, al borde del abismo, perdió pie. ¡Cristo!... Con un movimiento prodigiosamente rápido, logró asirse arañando con sus uñas la piedra, y se encontró posado sobre una voluta que apenas se avanzaba en relieve una yarda. Resbaló adherido al muro, echado atrás el cuerpo, escapado milagrosamente a la atracción y a la pesantez, y quedóse lívido, helado, los ojos fuera de las órbitas por el terror, la cabeza erguida por instinto de conservación para no ser atraído por el abismo, los brazos abiertos en cruz para prolongar su adherencia salvadora. Pero las fuerzas le faltaban; sus corvas temblaban acometidas por un temblor invencible; su cabeza desvaneciase de horror; sus miembros helados y flojos exudaban el sudor viscoso de la muerte; su lengua paralizada, pegada a su paladar árido, ahogaba su respiración estertorosa;<sup>9</sup> ¡su corazón en un golpear vertiginoso parecía atropellarse por acelerar sus últimos latidos!

Un terror inaudito, inconcebible, invadía en relámpagos destructores la razón del mísero; la idea tremenda de Dios inexorable, de Dios castigador y justiciero, tentado por el extravío demente del desgraciado, crecía en proporciones inconmensurables en su cerebro desquiciado; ¡y el terror inmedible, el terror insondable, aplastaba en su alma todo pensa-

---

<sup>9</sup> Una respiración agónica.

miento implorador de gracia, imprecador<sup>10</sup> de piedad y de misericordia!

Erizado, lívido, tembloroso, jadeante, aguijaba su terror a la muerte y su ansia febril de vivir un instinto animal acosado por un supremo peligro, el instinto latente en el hombre y que llegado el instante decisivo de prueba triunfa sobre todo impulso que no sea el de vivir. Una nube de murciélagos escapados de sus madrigueras al toque del Ángel rondaba con sus alas membranosas y satánicas el cuerpo del infeliz; diríase que eran pequeños espíritus del mal que bailaban la danza del vértigo atrayendo con un mareo demoniaco al suspendido sobre el abismo; pasaban en vuelo pesado y torpe, rozando el rostro cadavérico cual un enjambre de vampiros ávidos de chupar la sangre de aquella presa que se les escapaba... Un chirrido agudo y estridente, más horrido que el exasperante chirriar de un gonce<sup>11</sup> enmohecido, chilló sobre su cabeza, y al levantar Jacinto los ojos vio en el paroxismo del horror dos ojos fosfóricos, los ojos llameantes de una lechuza que parecía la encarnación de Lucifer, y que lo miraban en un movimiento giratorio del nictálope<sup>12</sup> que parecía infundirle: “¡Arrójate! ¡Suéltate! ¡Échate!”, y el misera-

ble sentía que le abandonaban las fuerzas exhaustas; comprendía que un solo movimiento hacia adelante lo precipitaría al vértice, que cualquier tentativa de modificar su posición rompería el equilibrio que milagrosamente había guardado, y este pensamiento exacerbaba su dolorosa angustia... ¡Solamente Cristo, el divinamente fuerte, pudo sufrir tres horas de formidable agonía enclavado en la cruz!

¡Y los murciélagos rondaban, rondaban en danza macabra alrededor de Jacinto, despertando en su espíritu pavorosas y siniestras visiones de aquelarre! Parecía que una greguería<sup>13</sup> aullante ascendía de la noche negra en que había caído la ciudad, y que hórridas brujas venían cabalgando sobre escobas a rondar también, cogidas de la cola de un gato negro de ojos de ascua, y seguidas del macho cabrío que bramaba brincando en el viento, empujado por una racha huracanada de infierno que prestaba alas quiméricas a todo lo que se arrastra, a todo lo abyecto, al ofidio y al escuerzo,<sup>14</sup> a las víboras cascabeleras y a los sapos hinchados y congestionados de odio. ¡Pasaban, pasaban en ronda abracadabrante sugestionando su pobre espíritu pavorido, invitándolo a voltear en el vacío con las alas de la quimera!...

---

<sup>10</sup> Que desea el sufrimiento de alguien más.

<sup>11</sup> Forma de llamar a la bisagra, el herraje que permite el movimiento de puertas o ventanas.

<sup>12</sup> Animal que ve mejor de noche.

---

<sup>13</sup> Revisar la nota 19, p. 121.

<sup>14</sup> Ofidio: aparecido en notas anteriores, refiere a los reptiles parecidos a las víboras. // Escuerzo: reptiles que no tienen un desarrollo normal.

“¡Ven...! ¡Ven...!”

Y la lechuza, inexorable, repetía su estribillo:

“¡Arrójate! ¡Suéltate! ¡Échate!”

Del fondo negro del abismo, pues aquella noche por un sarcasmo de la suerte se había interrumpido la corriente eléctrica y no daban luz los focos, surgía un coro lastimero de aullidos ululantes: los perros habían visto sin duda a la muerte, a las brujas y al diablo, los perros vagabundos, los perros flacos y hambrientos que poseen olfato de cadaverina y ojos visionarios, y lanzaban su clamor fatídico vuelto el húmedo hocico al cielo, en tanto que los gatos mayaban<sup>15</sup> enarcando el espinazo erizado de púas, resoplando enfurecidos ante aquella sinfonía siniestramente demoniaca.

El angustiado, presa de mortal agonía, jadeaba en lucha desesperada con la muerte que veía estrechar sus círculos constrictos más y más. Su vientre hundíase en contracción de pánico; sus flancos palpitaban cual los del *equus*<sup>16</sup> fulminado de insolación; ¡sus miembros se derretían en copioso y maldito exudar de ético, y sintió en un cataclismo<sup>17</sup> de espanto que sus pies vacilantes resbalaban pulverizando la cantera de la voluta roída por los siglos!

---

<sup>15</sup> Maullaban.

<sup>16</sup> Caballos.

<sup>17</sup> Catástrofe natural o del orden social.

Súbitamente, un rozamiento extraño, pero real, tocó la palma de su mano izquierda; el frotamiento, casi insensible sobre su epidermis helada, se repitió más pronunciado, y Jacinto volvió lentamente el rostro y a la luz de las estrellas vio que un pedazo de cuerda descendía de la cornisa y flotaba al viento, al alcance de su mano, cuando una ráfaga la empujaba... Una sensación portentosa de esperanza electrizó sus miembros y vivificó sus nervios agotados... pero la cuerda había vuelto a su quietud en perpendicular, y era necesaria otra ráfaga de viento para que Jacinto la alcanzara... Estiró su brazo todo lo que pudo, en elasticidad increíble para la rigidez de su cuerpo siempre a plomo; pero apenas tocó con las yemas de sus dedos la cuerda... Esperó extático, devorado por terrible ansiedad... ¡pero el viento parecía haber soplado solamente para burlarse del infeliz!... Pasó uno, pasaron dos mortales minutos... y el viento no venía... Gruesas lágrimas de despecho y de insondable amargura resbalaban por las mejillas del condenado, en crisis tremenda de tortura... y enajenado, enloquecido de sardónica esperanza iba a jugar sus vida imbécilmente, pretendiendo saltar hacia la cuerda para asirse a ella, cuando una ráfaga débil, apenas sensible, fue creciendo... creciendo... la cuerda se movió, osciló, enarcóse cual si resistiera el empuje... ¡ya al fin Jacinto la palpó entre sus falangetas, y deslizándola más en un movimiento envolvente, logró asirla!

¡Santo Dios!... ¡Era salvo!...

¡Respiró largamente embriagado de inefable ventura! Su horrible pesadilla de sangre y muerte, macabra y satánica, desvanecía en su alma; ¡pero de pronto, al ver que los focos eléctricos se encendían, estalló la cobardía atávica del pobre degenerado en alaridos salvajes, demandando socorro!

¡Y cuando acudieron a salvarlo y pudieron izarlo con cuerdas, al fulgor de antorchas de brea, Jacinto, pavorizado, lamentable, los ojos errantes, huía de los que lo rodeaban y adhería de espaldas a los muros, con los brazos en cruz, perfectamente loco!

## EN EL CHAPALA<sup>1</sup>

Es el lago de las aguas verde-perla, de las aguas temblorosas en fruición<sup>2</sup> de caricia, de las aguas rieladas en rizamientos de copos tajados a espátula. Es el lago divino y soñado, perdido a pesar de su lengua anchura, y por desconocido más hermoso. A la luz meridiana levamos anclas, y entramos después de una breve travesía en el río Ocotlán, a la planicie cabrilleante que centellea al beso del sol, que despiende centellas de oro al beso electrizado del sol cenital, como si descendiera en fugaz chispa y se desmenuzara en un reguero cintilante y lumínico.

Arriba, todo azul. Abajo, todo verde, de un verde imposible, de un verde de azufre acerado, verde metálico y pavonado como los caparzones de los escarabajos tornasolados al sol, que corre y se dilu-

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año V, núm. 2, segunda quincena de enero de 1902, pp. 26-27.

<sup>2</sup> Revisar la nota 11, p. 80.

ye en tonalidades ascendentes, hasta perfilar la línea del horizonte con un verde intenso y dorado, que contrasta con la línea violeta de las montañas, onduladas en jorobas de bisontes, en jorobas de búfalos y dromedarios maravillosos que rondaran un abrevadero terciario.<sup>3</sup>

Arriba, sobre la superficie del agua, un temblor de luz, un mariposeo de libélulas de oro, un cabrileo de hebras de arácnidos que tejieran su seda luminosa de las nubes a las aguas, de las nubes voladoras y pequeñas, semejantes a plumas errantes desprendidas de una lucha de arcángeles, a las aguas nadadoras y bordoneantes,<sup>4</sup> a las aguas arrulladoras y palpitantes, estremecidas por un hálito prodigioso de vida en sus miríadas infinitas de corpúsculos.<sup>5</sup>

Y el vaporcito boga y boga, dejando una estela que serpea y abre un surco advertido a flor de agua, como el surco que deja una serpiente en las copiosas herbazones pradeales.<sup>6</sup> Un viejo pilotín trasplantado de nuestras costas del Pacífico al mar niño de Chapala, y que jura para hacernos saber que es viejo lobo; un viejo a quien las frescas brisas de agua dulce no han dulcificado la reuma de su pecho herido

---

<sup>3</sup> Estanque de agua formado bajo un arco de piedra.

<sup>4</sup> Que rozan la tierra por sus bordes.

<sup>5</sup> Miríadas: es lo extenso y voluminoso. // Corpúsculos: son las partes más pequeñas de un lago.

<sup>6</sup> La serpiente, de la que habla, pasa sobre una pradera dejando su rastro en la abundante hierba.

por las brisas saladas, me hace la gracia de un oso bailando al son de un organillo zíngaro,<sup>7</sup> y vuelvo los ojos hacia los paisajes marinos, hacia los grupos de panguitas<sup>8</sup> pescadoras que vuelan allá lejos a flor de agua...

A la diafanidad meridiana, alcanzan a verse en la lejanía pequeños puntos blancos, las iglesias de pintorescos puertecitos pescadores; Jamay al oriente, Cojumatlán al sudeste, Jacotepec al oeste, Tuxcueca al suroeste, Tizapán al sur,<sup>9</sup> de los que salen parvadas de barcas con velamen<sup>10</sup> blanco en forma de trapezoide, pero que visto a la distancia remeda una pincelada de cuarzo en una lámina de lapislázuli.

En pleno cielo, en lejanísimas y altas zonas, se distingue una línea vaga, esfumada, negra, trazada al caso como en un transparente japonés: una innumerable parvada de zanates y magalones<sup>11</sup> aventureros que emigran a los arrozales de las tierras calientes. Y en torno nuestro nadan y se zabullen los patos silvestres, las gallaretas brunas y tardas,<sup>12</sup>

---

<sup>7</sup> Gitano.

<sup>8</sup> Bote.

<sup>9</sup> Se refiere a las distintas poblaciones que rodean el lago de Chapala en el estado de Jalisco.

<sup>10</sup> Conjunto de velas de una embarcación.

<sup>11</sup> Los dos son especies de aves.

<sup>12</sup> Aves similares a las grullas, con la característica de que son oscuras y perezosas.

los pipiles<sup>13</sup> de alas rudimentarias y plumón de pachona piel; multitud de gallináceas desconocidas que prefieren la pesca en las ensenadas pantanosas, los esteros fecundos en charales y limazones, el limo incubador de gérmenes, a la transparencia de las aguas altamarinas en que el vaivén del oleaje no permite la pesca a flote.

El calor sostiene su fervor toda la tarde; persiste a pesar del viento que arrecia, del viento del oeste, raudo y tajante, y de súbito, en el último segmento del ocaso, el sol palidece, se baña en sangre herido de muerte, riega de púrpura su estela que se diría un *gulf-stream*<sup>14</sup> de sangre viva, de sangre viva y dorada de sol, que va palideciendo, palideciendo hasta bajar en tonos del púrpura al rosa, del rosa al jalde, del jalde al oro pálido...

Entonces se puede ver faz a faz al Sol; puede vérselo voltear en el vacío, igniscente<sup>15</sup> y moribundo, palpitante como una hostia de oro aureolada de fuego; y por un espejismo de óptica se multiplica hasta lo infinito y se policromiza, se ven soles grises, rosados, violetas, amarilláceos, verdes, morados, azules, negros, danzar sobre las olas color de acero, sobre el cielo pálido de matiz lila, sobre el horizonte encan-

decido al rojo blanco, sobre el agua y el cielo que se transforman en un divino paisaje de ensueño.

El espíritu arrobado piensa en la metamorfosis de las cosas sin alma, en los espejismos que despliegan ante nuestros ojos los seres magos, los seres cosmográficos<sup>16</sup> a quienes los helenos panteístas dieron formas y nombres y lenguaje de seres pensantes, y correspondieron así al encanto que nos brindan las aguas y los espacios, las nubes, vapor de agua, y los cielos, vapor de luz, las cosas bellas que jamás se marchitan como el hombre, que jamás traicionan como el hombre, que jamás sufren como el hombre.

¡La alegría de la vida está en ese vesperama<sup>17</sup> que ni sueña ni se entristece ni ríe, sereno y divino, bello por ser bello!

La argentina claridad se ramifica, se difunde, penetra y fluye en las aguas, las impregna de transparencias cristalinas y diamantinas, las da cristalizaciones de aguas brillantinas, y a flor de agua en una ramazón de hoja seca sin pulpa, cuyas nervaduras<sup>18</sup> fueran de hojas plateadas de álamo... El paisaje adquiere matices imposibles, no soñados, superposiciones de verde sobre azul y rosa, de morado sobre naranja y oro, de languideces neuróticas, de tonificaciones enfermas, que desesperarían y arrobarían

---

<sup>13</sup> Ave similar a los pavos y las gallinas.

<sup>14</sup> Corriente de agua cálida que atraviesa el Golfo de México.

<sup>15</sup> Se refiere al color del sol, al atardecer cuando va ocultarse, entre tonos rojos, amarillos y anaranjados, como en llamas.

---

<sup>16</sup> Que se miran desde un vidrio óptico.

<sup>17</sup> Revisar la nota 5, p. 180.

<sup>18</sup> Tiene la forma arqueada de una bóveda.

a un pintor. Se diría que todos los matices del iris acudían en tropel a hundirse en la noche.

Y de pronto, cuando las últimas vibraciones van a extinguirse en un semifulgor grisáceo, una claridad blanca, blanquísima, inunda en un instante meditativo mío todo el cielo, y maravillado vuelvo mis ojos al oriente: la luna en orto,<sup>19</sup> la luna en plenilunio, pudorosa y casta, desnuda y florida, asciende en asunción de amor y usurpa el imperio del sol muerto, vencedora por la belleza, y el paisaje lunar enciende, para cantar su triunfo, los candelabros maravillosos de las constelaciones de soles.

*Chapala, 28 de marzo de 1899*

FUENSANTA<sup>1</sup>

¡Duerme bien, linda, buena noche! –dijo Estefanía acariciando a su hija Fuensanta en los cabellos de matiz de paja tierna; pero su caricia era felina, sensual, motivada por el placer epicúreo<sup>2</sup> que sentía la acariciadora en sus manos gráciles al pasarlas sobre la ola de seda rubia.

Fuensanta dardeó a su madre sus pupilas de violeta consteladas de briznas de oro, y tras la efímera y fugaz intensidad luminosa, que habría podido fingir eclosión de amor y ser relámpago de odio, respondió zalamera,<sup>3</sup> ciñendo a su madre en sus brazos:

—No me dejes todavía... Desnúdame como todas las noches... Me falta sentir la delicia de tus be-

---

<sup>19</sup> Que sale por el horizonte.

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año V, núm. 3, primera quincena de febrero de 1902, pp. 37-39.

<sup>2</sup> Revisar la nota 20, p. 197.

<sup>3</sup> Revisar la nota 15, p. 170.

sos cuando descubres mis hombros y me cosquilleas la garganta... ¡No me dejes...!

Y las dos, en grupo divino si hubiese sido grupo de amor, luchaban por desasirse la una y por retener la otra, con risas falsas. Fuensanta lívida bajo la apariencia encubridora de su tez blanquísima de blonda adolescente, Estefanía encendida, sanguínea en su morbidez arrogante de morena de treinta años. Sus labios de flor reventada temblaban en risa nerviosa, delataban la impaciencia y la contrariedad, y las oleadas de sangre que subían a su busto opulento y a su rostro de Venus viuda, ponían de manifiesto el pensamiento tenaz, persistente, que su hija leía en sus ojos cargados de languidez y en sus labios henchidos de amor... ¡Él la esperaba, él la llamaba, él la atraía para ceñirla en sus brazos, para dormir prisionero en los brazos de Estefanía!... Y aquel pensamiento único, absorbente, de la madre enamorada y de la hija celosa, fluía, desbordábase dominador y manifiesto, envolviendo en felicidad ignorante el corazón de Estefanía y en odio vigilante el corazón de la vencida. A punto estuvo de gritar enajenada: “¡Me lo has robado! ¡Cruel vencedora impúdica!”, pero era su madre, y ante la tremenda reflexión fingió docilidad.

—¡Estoy fatigada, linda, buena noche! –repitió Estefanía, esta vez con el enternecimiento suplicatorio de los seres dichosos que no sueñan sino en reanudar su felicidad, y dándole un beso sonoro en plena

boca, salió de la estancia, moviendo rítmicamente su ondulante talle calipigio.<sup>4</sup>

Apenas pasó el umbral, volviendo el rostro para recomendarle que no se expusiera a la nieve que caía en pequeñas plumas de grajea, Fuensanta se desplomó sollozante frenética en su lecho, engarzando sus dedos helados y oprimiéndose con ellos su pobre corazón apasionado y destrozado. ¡Sí!... ¡Se amaban!... ¡Se amarían noche a noche, y Fuensanta no podría impedirlo, no podría gritar a su rival su odio frente a frente! Por más que la infortunada quería atenuar el amargo sentimiento que le henchía el alma, a pesar de escudarse en sus inflexibles escrúpulos de adolescente recién salida del claustro escolar, la pasión suprema, la pasión avasalladora roía sus entrañas vírgenes cebándose en ellas como la tisis en los organismos jóvenes, los celos, los emponzoñados dientes del Pitón Amor.<sup>5</sup>

¡Fuensanta sintió que la nieve purísima en que su cuerpo blanco estaba cuajado, se deshacía en un raudal de llanto! Con un temperamento vehemente, había hecho donación de su ser a Aarón Corella, el galante cortejador de hermosuras a quien desde niña estaba destinada para esposa. El garzón amador volvía de Asia y había conquistado en breve romanesco prestigio para flechar corazones de hembras.

---

<sup>4</sup> Referente a la Venus Calipigia, una escultura de anchas caderas.

<sup>5</sup> Habla de la serpiente pitón que estruja y envenena.



Su extremada juventud floreciente de los ardorosos oasis del país del Sol; su rango de alto miembro de Legación,<sup>6</sup> sus ojos de fuego, su tez exangüe y diafanizada, en la que el tinte de las razas de Oriente encarnaba un nervioso y fiero perfil moro, realizaba en Aarón las actitudes señoriales de heredero de un nombre caballeresco.

Con permiso para permanecer en su patria una primavera y un estío, el tiempo necesario para casarse y gozar en el señorío de su prometida una primavera de amor y un verano de placer, hábale precedido una constante aunque tardía correspondencia que atravesando el Pacífico le daba cuenta minuciosa de la temprana viudez de Estefanía, la hermosa morena mayor apenas tres años que Aarón, y a la que dejó recién casada con su protector cuando partió adolescente a su práctica de diplomata que en poco tiempo debía encumbrarlo. Por esa correspondencia supo el ausente la súbita muerte del esposo cardiaco, la precoz adolescencia de Fuensanta y el deseo póstumo, al abrirse el testamento, de que la heredera única y Aarón se unieran en matrimonio. El paquete había llevado a Asia la efigie Rafaelita<sup>7</sup> de Fuensanta y sus cartas adorables como su imagen, en las que despertaba su espíritu soñador, sustitu-

---

<sup>6</sup> Que tiene un cargo de legado, un cargo de gobierno.

<sup>7</sup> Es un término artístico con el que se define una obra hecha por Rafael Sanzio, pintor italiano del Renacimiento.

yendo al sentimiento fraternal que hasta entonces había ligado aquellas dos almas, otro sentimiento más hermoso que se delataba en ansiedad de ver al prometido, al predestinado, al elegido, al señor y dueño poetizado por la distancia y adorado luego con locura ante la imagen exótica que los pincelistas de *Yeddo*<sup>8</sup> habían recamado en suntuosos trajes asiáticos, de los que emergía el busto nervioso y bello de Aarón, o las fotografías reproductrices<sup>9</sup> del severo uniforme de secretario de plenipotencia ajustado al ritual republicano.

La primorosa adolescencia de Fuensanta dio alas al ensueño del proscrito, de tener por rubísimo arcángel de amor en el país de la epidermis de ámbar, aquella preciosa y viva crisantema de luz que sería reina por su hermosura de azucena cuajada en nieve y oro. Arribado a la gran ciudad latina, fue el héroe del día en los salones aristócratas, o mejor dicho el héroe nocturno, pues al agonizar la estación de invierno, los saraos<sup>10</sup> delirantes dieron ocasión al joven diplomático de cautivar a más de dos corazones impresionados por las narraciones de los maravillosos cuentos del Levante,<sup>11</sup> que de la imaginación

---

<sup>8</sup> Se refiere al *Yeddo, Japón*, un cuadro en acuarela del pintor Robert Frederick Blum.

<sup>9</sup> El arte de reproducir el propio arte, es decir, una copia del original.

<sup>10</sup> Reunión nocturna dedicada al baile.

<sup>11</sup> Que provienen del Este.

calurosa de Aarón surgían con dardeante prestigio a impresionar cabecitas de pájaro y a rendir voluntades inclinadas al rendimiento.

Las amigas que Fuensanta tenía en México, le escribieron los triunfos de su amado, y esta confianza aquilató los méritos del ansiado; así es que cuando llegó el momento de abrirle los brazos, en el lejano retiro fecundado por el Nazas,<sup>12</sup> en las laldas<sup>13</sup> de Coahuila, la pobre niña enamorada sintióse desfallecer de ventura. Así lo había soñado: ¡hermoso, gallardo, altivo, blasonado por los dones de la fortuna y del amor! Fue suya en pensamientos, en acciones y en sueños; lo amó con arrobamiento y con delirio, con la vivaz intensidad de llama de que su ser de amor estaba encandecido, como una luciérnaga está hecha de luz.

¡Pero el amador estaba predestinado a fascinar y ser fascinado por algo más poderoso para los neurósados<sup>14</sup> por el espasmo que la dulce cautividad de una blanca alma enamorada! La mañana que llegó a Valmar, el señorío veraniego de la joven viuda, Estefanía no se hallaba en casa, había ido a una hacienda cercana y volvería a almorzar. La aparición de Fuensanta fue para el joven una visión celeste, algo diáfano y sidéreo que en las fatigas de la turbulenta juventud

se sueña para encontrar un descanso y una redención. Sintió con la sinceridad pasajera de los seres apasionados, que Fuensanta sería el oasis de su peregrinación ardiente y combatida por los simunes<sup>15</sup> de las pasiones, más pavorosos que los tifones devastadores de los países que había conocido. La amaría por su pureza, su fragilidad de flor y el aroma de amor que brotaba de su alma virgen como de un cáliz immaculado.

¡Bella y triste ilusión! Apenas habíase echado a soñar ante el encanto de un espejismo de las praderas de Sión, reclinado en el regazo de Fuensanta como un niño en el regazo del ángel egidario,<sup>16</sup> cunado el trote de un caballo oyóse súbito, surgiendo detrás de la veranda en que Aarón hallábase pensativamente dichoso, y al mismo tiempo apareció Estefanía radiante, espléndida, opulenta y dominadora sobre el alazán caracoleante, ella toda de negro, ceñidas sus caderas calipigias, ceñidos sus hombros tornátiles y sus muslos rotundos y sus culminantes pechos henchidos, enguantada y preciosa.

El joven sintió un vuelvo en el corazón y corrió presuroso, a tiempo para recibir en sus brazos aquella envolvente y deseada mujer cuyos tesoros palpó de un golpe, en un frotamiento felino, en un abrazo constrictor de cuerpos y almas que sienten abrirse de improviso las puertas del cielo.

---

<sup>12</sup> Poblado de Durango.

<sup>13</sup> Gran extensión de tierra proliferante de vida silvestre.

<sup>14</sup> Podría referir a los que sufren de neurosis.

---

<sup>15</sup> Ráfagas de aire caliente.

<sup>16</sup> Un ángel protector.

Estefanía habíase arrollado el velo que le cubría el rostro, y sin que ninguno lo previera, dos besos centelleantes se unieron en un chasquido de huracán... y dos sonrojos delatores empurpuraron dos rostros... y dos ojos, los de ella, se bajaron al peso de la dicha y de la falta, en tanto que los de él, triunfantes, devoraban aquella fruta sazónada en la soledad para él.

Y así, las manos engarzadas, los dedos expresando nerviosamente lo que no podían decir los labios, subieron de prisa la escalinata, y desprendieron sus manos al oír la risa argentina de Fuensanta, que venía presurosa a borrar con un beso de gracia un beso de fatal y deleitoso amor.

Desde entonces principió en el señorío de Valmar un idilio falso y un drama de pasión turbulenta y devoradora. Los amantes tenían que huir de la dulce niña que los perseguía en su candor inconsciente, interrumpiendo sus transportes de felicidad amarga y cruel, pues los dos estaban convictos de su delito, y a pesar de su remordimiento buscaban en el placer el eclipse de su amargura inexorable. Fuensanta, que no podía dejar pasar una hora sin ver a Aarón, corría desolada al través de la inmensa casa desierta, como la hada de un palacio encantado, llamando al doncel<sup>17</sup> con el enamorado reclamo de la paloma torcaz, que solamente sabe dos notas

---

<sup>17</sup> Revisar la nota 17, p. 120.

de amar... ¡siempre amar!... dos notas plañideras<sup>18</sup> y deleitosas que eran para los pescadores de aquel paraíso de amor, un estremecimiento y un sobresalto, al oír la voz enamorada:

—¡Aarón!...

Entonces Venus y Tannhäuser<sup>19</sup> sacudían su delirio ebriante y huían pavoridos con las bocas aún palpitantes de besos, con la fiebre de la caricia en la sangre candente... Pero una tarde, la niña, que soñaba oculta en un bosquecillo de laureles, los vio pasear furtivamente, enlazados los brazos a las cinturas, los ojos arrobados en mutuas miradas delirantes... ¡Fuensanta sintió una conmoción espantosa! Por primera vez, y súbitamente, la vida le abría ante ella desplegando su omnipotente realidad. Su espíritu apasionado despertó bruscamente al mal, como alguien que soñara lagos murmuradores y despertara al fragor de un incendio; ¡y heredera del fuego de amor que tardíamente abrasaba a su madre, sintió que el Pytón subía del fango, se enrollaba a su cuerpo, anudábase a su pecho y la mordía en el corazón! Cruelles y odiosos pensamientos la asaltaron como una horda de bandidos a un viajero solitario, y presa indefensa, sintióse violada y mancillada en su pureza espiritual, y las pasiones dormidas, los sedimentos latentes desa-

---

<sup>18</sup> Revisar la nota 12, p. 90.

<sup>19</sup> Remarca la dualidad de los personajes de la ópera *Tannhäuser*, de Richard Wagner: el amor cortés y el libertino.

rollaron su potencia destructora de bienes en aquella pobre alma enferma de celos y amor.

Vencida y pérfidamente engañada, devoró en silencio su amargura insondable; vigilante y siempre alerta, fingiendo una hipócrita ignorancia, siguió paso a paso a los amantes, sin dejarse ella jamás sorprender en su acecho. Hallaba un placer amargo en abrir su herida enconada a cada instante, en cerciorarse de su desdicha hasta tener la evidencia palpable, tangible, de la traición de Estefanía, y ahora que la victoriosa habíase despedido de su hija, ahora que ella tenía la prueba flagrante en aquella mirada confusa y en la turbación delincuente de la pecadora, Fuensanta habíase decidido a penetrar en la alcoba nupcial y apostrofar al grupo yacente con los dictérios<sup>20</sup> más terribles que su precocidad febril habíale sugerido.

Y la pobre niña, convulsa y jadeante, martirizada por el pensamiento candente, siempre vivo, de la noche de amor de Estefanía y Aarón, dejando correr su llanto de lava, irguióse de pronto en el lecho, apagó la bujía y huyó frenética por las galerías que conducían a las habitaciones de Estefanía. Se deslizaba como un espectro, con los pies desnudos y los brazos al frío de la noche, semicubierta con una bata de dormir, adhiriéndose a los muros, el corazón galopante dentro del pecho, como un pájaro preso que

presiente un peligro, salta frenético pretendiendo escapar. Llegó a la puerta-vidriera que daba paso al camarín de su madre, y allí se detuvo asaltada por un temblor repentinamente acelerado; temblaba con el sacudimiento de los enfermos atacados por una crisis de malaria, la horrible enfermedad trepidatoria que cierne un organismo entero, y para no caer se apoyó en el alféizar y respiró largamente.

Y como si aquel respiro diera salida de su pecho a los tenebrosos deseos de venganza que hervían en su pobre corazón dolorido, una desolación infinita la invadió de súbito, una flaqueza de su pobre ser inmolado, que volvía a diluirse en raudales de llanto, y el pensamiento castigador y justiciero tronó en su alma como las iras bíblicas del Jehová hebreo. ¡Era su madre!... ¡Era su madre!... ¡Y Estefanía no podía ser increpada por su propia hija! ¡Fuensanta no tenía el derecho de pedirle cuentas de sus acciones y menos aún de renegar en una requisitoria infamante, de aquella que la había llevado en sus entrañas!...

Alzó al cielo los ojos anegados en llanto, y un divino paisaje de ensueño se desplegó ante ellos: la nieve caía en pequeñas plumas de grajea, en plumação copiosa y silente, y la sabana deslumbrante, bañada por una semiclaridad lunar, se extendía allá, lejos, en las espaciosas landas coahuilenses comparables a las estepas rusas... Y aquella claridad, y aquella soledad, y aquel silencio de muerte la llamaban al reposo, al olvido, a la desaparición perpetua de lo que no ha podido ser dichoso en esta vida...

---

<sup>20</sup> Revisar la nota 23, p. 111.

“¡Ven...!” parecía decirle la noche blanca, la noche tétrica en su blancura infinita, en su blancura de sudario y de espectro, en su blancura tumularia<sup>21</sup> que semejaba un osario de tumbas removidas en los pequeños montículos que formaban la nieve...

Y Fuensanta, en una inconsciencia sonámbula, descendió la escalinata, abrió la reja que no chirrió, dócil como la puerta de un patíbulo que da paso a un reo, y se perdió en la estepa solitaria...

A la mañana siguiente, en media a las rachas huracanadas del deshielo, los pastores recogieron el cuerpo de Fuensanta, rígido, sangriento, horriblemente mutilado, con el vientre abierto devorado por los lobos.

## CLEMENTINA<sup>1</sup>

Clementina tenía los ojos garzos, deliciosamente garzos,<sup>2</sup> ojos que hacían soñar en las hebreas samaritanas y en las gacelas de los desiertos rosados de Arabia; los ojos nazarenos de Clementina miraban con una dulzura infinita, destellaban miradas de amor cual dos estrellas cintilantes<sup>3</sup> en una noche umbría. Bajo el arco de triunfo de sus cejas, soñábase, al ver los ojos de Clementina, en los ojos de las galileas veladas que iban precedidas de los camelleros, sobre las gibas de sus dromedarios, al través de las praderas floridas del país de Galilea,<sup>4</sup> para celebrar la Parasceve en Jerusalén,<sup>5</sup> bajo las arcadas del templo de Salomón...

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año V, núm. 4, segunda quincena de febrero de 1902, pp. 57-59.

<sup>2</sup> Ojos de color azul.

<sup>3</sup> Brillantes.

<sup>4</sup> Región de Israel.

<sup>5</sup> Forma de referirse al día que murió Cristo, en un Viernes Santo.

---

<sup>21</sup> Viene de *túmulo*, que es un sepulcro para guardar un cadáver.

Y en esos ojos soñadores y tristes hirieron de amor al pobre artista solitario... Una tarde hallábase Clementina reclinada en el alféizar de su ventana, entre sus geranios floridos, cuando él pasó, pensativo, taciturno, en su abstracción soñadora que lo encumbraba en alas de las rimas y de las notas a otras regiones ignoradas... Y de pronto, un sacudimiento vibró en sus nervios y una ola de sangre se agolpó a su corazón: aquellos ojos bellos le miraban, le miraban con su mirada de amor inconsciente, haciéndole soñar en las agarenas<sup>6</sup> de ojos de gacela, en los ojos de Noemí la Sulamita,<sup>7</sup> y abrieron de improviso al artista las puertas del cielo.

Al beso de luz de aquellos ojos, el amor se abrió en el corazón del peregrino como una flor tardía al beso del sol; encarnó en Clementina sus sueños de adolescencia y de juventud; su corazón envenenado por el hastío, sintió la frescura purísima de un rocío celestial que lo volvía a la vida, al amor y al bien, a la alegría de vivir, y en su jubiloso despertar –era el tiempo en que la primavera ríe en el gorgojeo de las aves y en el verdor de los ramajes– creyó que aquella mujer era el arcángel descendido del cielo para salvar su juventud náufraga del oleaje de las pasiones, de la vorágine insondable, y elevó a ella su esperanza y su fe, su anhelo de redención, su sed de

consuelo y piedad, y la adoró con un sentimiento sagrado y tierno, como solamente saben amar los corazones encandecidos por el fuego de los placeres, fuego tremendo que devora o purifica, que fulmina o acrisola,<sup>8</sup> según que hiera un temperamento de arcilla o de diamante.

Hizo de ella su ideal, su amor, su dios, la amó sobre todas las criaturas y sobre todos los ensueños, la amó tanto como a su arte, y sonrió dichoso a la alborada de amor que ennubecía con nubes de oro el cielo de su alma.

El idilio fue breve y dichoso los primeros días; el artista se sintió amado por aquellos ojos que lo contemplaban en un sueño de amor, semidormidos, ensoñadores y tristes, con la arrobadora mirada que irradiaba felicidad en su juventud marchita, cubierta milagrosamente de flores como el esqueleto del almendro al beso de la primavera. Ávido de consuelo, sediento de las linfas<sup>9</sup> sonoras de aquella fuente de purificación, la abrió su alma con la ingenuidad de un niño, y los pensamientos y los ensueños surgieron en parvadas y desplegaron sus alas cual nubecillas de mariposas blancas en torno de una varita de nardos floridos... Ella fue para el enamorado soñador la Estrella matutina presagiadora de un bello sol radiante de dicha; ella aparecióse reclinada en su balcón, se-

---

<sup>6</sup> Que descienden del personaje bíblico Agar, esclava de Abraham.

<sup>7</sup> Revisar la nota 9, p. 125.

---

<sup>8</sup> Limpiar.

<sup>9</sup> Referente al agua.

mejante a la samaritana en el brocal, piadosamente consoladora para los tristes y sedientos, para el solitario peregrino apasionado que la imploraba el rocío del cielo en el hueco de concha nácar de sus manos de pulpa de flor de almendro, el agua bienhechora de la piscina sagrada de su alma, el agua bendita de la fuente sellada en cuya haz rielante<sup>10</sup> apagaban su sed las aves del cielo...

¿Los dos se amaron?... ¡Quién sabe! Él al menos lo soñó y lo creyó así, porque su corazón se lo decía y su corazón jamás lo había engañado. Ella velaba su sueño con sus caudales alas de arcángel abiertas sobre aquella frente antes plegada por la garra de halcón de las dudas y hoy yacente en un lecho de praderas de junio... Ella velaba sus horas de labor diaria como la bandera enhiesta vela la fiebre del soldado en la lucha, blindándolo de ardor para la victoria y la gloria... Ella no sabía la ventura que regaba en aquel pobre corazón pasionario con una mirada, con una leve sonrisa. ¡Así el cielo no sabe la felicidad que riega sobre los campos moribundos con una fresca lluvia!

La primera vez que ella le concedió un breve instante para hablarle, al pie de su balcón florecido de geranios, el enamorado sintióse preso en la red de tímido amor de su lejana adolescencia... Aquel

---

<sup>10</sup> Que brilla con luz temblorosa.

artista que había diseccionado almas pérfidas<sup>11</sup> o almas puras en sus estudios humanos, sentíase ahora, en presencia de la mujer soñada para compañera en la senda de la vida, invadido de un casto y sagrado sentimiento, de una timidez insólita en su carácter impetuoso, apasionado y vehemente. Por una ley inevitable, a la que no pueden substraerse los seres facultados para amar, venía, tardíamente acaso, a inclinarse obedeciendo al divino mandato: “Amaos”, y obedecía rindiendo las potencias de su alma, él, que jamás rindió a nadie su albedrío, y encarnaba en aquella mujer todos sus afectos malogrados, todos los amores dormidos en su alma desde que era niño.

Cuando ella le abandonó fugazmente su mano hoyuelada en señal de alianza, él se sintió confortado y alegre, cual si hubiese bebido un vino generoso, el vino sagrado de la paz y el perdón, el vino eucarístico de la comunión de dos almas; y echándose a soñar en alas de su imaginación ardiente, en aquella noche perfumada por una lluvia crepuscular, en aquella noche dorada por los reflejos electrizados que doraban los frondajes<sup>12</sup> de Chapultepec, vio a los lejos, pero al alcance de sus ojos, un hogar fabricado por los dos, a semejanza de dos pájaros que hubieran enhebrado su nido... Vio en él la felicidad soñada –¡oh, el viejo idioma que expresa

---

<sup>11</sup> Traidoras.

<sup>12</sup> Abundante de hojas de árboles.

en las mismas frases el perdurable sentimiento de amar!–, la felicidad en flor, con el idilio del plenilunio<sup>13</sup> de amor; la felicidad en fruto, con la realidad de las cabecitas crespas, inquitas y vivaces, cantando la alegría reproductriz de la vida; la felicidad en lucha, combatiendo los asaltos diarios de la ingratitud, de la traición, de los males coaligados para destruir su obra de amor... ¡Y se sintió fuerte, cual si hubiese bebido un elixir de vida!

¡Ah!, ¿por qué a los artistas se les hubiese negado el derecho de triunfar? ¡Si bregaban<sup>14</sup> igualmente que los otros, con su inteligencia y su acción, si habían aceptado la lucha con la misma fiebre de prueba y de premio, por qué obtenían solamente al fin del combate la ergástula<sup>15</sup> moderna del vicio enervador de la derrota?... Y el soñador erguía en rebelión protestatoria ante el víacrucis de los ajusticiados por la injusticia; y renaciente a la segunda primavera de su esperanza, retaba a la fatalidad ahora que estaba armado de todas armas, del amor, del bien, de la fe, de la generosidad, de la juventud aún no agobiada ni domada; y su esperanza prepotente cuajábase de flor como el almendro al beso de la primavera, y brotaba ramajes nuevos, y veía posarse un enjam-

---

<sup>13</sup> Luna llena.

<sup>14</sup> Revisar la nota 13, p. 118.

<sup>15</sup> Término de la antigua Roma utilizado para definir una cárcel de esclavos.

bre de pájaros gorjeadores de la música de Chopin y Stephen Heller,<sup>16</sup> sus artistas queridos, y en alas del velamen de púrpura del barquichuelo del ensueño, bogaba mecido por el soplo de los pequeños céfiros que hinchaban sus carrillos rosados, hacia el archipiélago áureo, hacia las islas de oro en que nadan con vuelo natatorio de pez volador las náyades y las nereidas,<sup>17</sup> las sirenas de enjambres de oro y rosa y nieve, mientras dan su bucólico *ranz aquario*<sup>18</sup> las cornamusas de los tritones y los hipocampos raptadores de amadriadas<sup>19</sup> y ninfas desnudas de tez de seda... ¡El archipiélago de luz... el archipiélago de poesía... el archipiélago de música... el archipiélago de amor... el archipiélago de arte!

Los días volaban con la arrulladora monotonía de un rielante murmurio de agua. El enamorado, flameante de esperanza, sentíase plenamente venturoso; soñábase amado con igual intensidad de amor; y como su anhelo crecía raudalosamente cual un remanso que recibiese en su seno un caudal de aguas pluviales, palpitaba hinchando los bordes en avidez de derramar sus linfas, y la vehemencia de su deseo de mirarla, de contemplarla, de arrobarse en sus ojos deleitosamente garzos, espaciába-

---

<sup>16</sup> Frédéric Chopin y Stephen Heller, compositores y pianistas del siglo XIX.

<sup>17</sup> Náyades: ninfas de ríos y lagos. // Nereidas: ninfas del mar.

<sup>18</sup> Podría referir a un sonido.

<sup>19</sup> Ninfa de los bosques.



se en largas cartas de amor rebosantes de ternura, en frases rutilantes que eran estrofas del poema de su alma, rimadas con el ardor del sueño de las islas de oro, imaginadas ante el espejismo de los paisajes de Oriente, panorámicamente luminosos y vívidos ante la presencia de los dos ojos nazarenos que pasaban en visión errante al través de las forestas de Galilea, sobre las gramíneas<sup>20</sup> de junio estrelladas de flores, bajo la leve sombra de las pestañas sedeñas<sup>21</sup> y de las amplias cejas comparables a dos pequeños arcos de triunfo levantados para el paso de dos estrellas...

Quiso verla día y noche, no le bastó el breve instante en que, por su dicha, la pequeña mano blanca agitábase en el viento como una bandera de paz que le enviara un saludo de gracia. Su presencia le fue imperiosa; era para él tan vivificante como el sol... Y sintió celos de quienes la rodeaban íntimamente, y podían beber a sus anchas la luz de crisólitos<sup>22</sup> de sus ojos de gacela enamorada; ¡y sintió celos de las flores en quienes se posaba la mirada de aquellos ojos, y sintió celos de las aves prisioneras que solían picotear en su boca de flor como en una cereza reventada!

---

<sup>20</sup> Raíz latina para definir a las plantas similares al trigo.

<sup>21</sup> Revisar la nota 3, p. 93.

<sup>22</sup> Del color de las hojas verdes.

Y entre tanto que su amor crecía avasallador y desbordante, entre tanto que él languidecía de amor, del suplicio de no verla ni hablarle, de súbito, vio que ella le huía, que ella lo esquivaba, que ella, Clementina, doblaba la frente pesarosa cuando el azar poníalos frente a frente. Despertó el artista de su sueño de amor en brusca sacudida: ¿era posible tal desencanto? Y ávido de inquirir, descubrió el breve y sombrío drama.

¡Clementina florecía semejante a una pasionaria de la vida! ¡Sufría, inconsciente de su infortunio, el suplicio de tener encadenadas su voluntad y su alma! Recluida en los muros de su casa como en una prisión, ejerciase en ella una vigilancia inaudita, en sus movimientos, en sus acciones más leves, podría decirse que hasta en sus pensamientos. ¡Ella, pureza y bondad, era circuida de un halo de sombra que no manchaba el disco de Febea<sup>23</sup> inmaculada, transparente y luminosa! ¡Ella, inocencia y castidad, no sabía del vuelo torpe de las aves nocturnas que rondaban su plinto<sup>24</sup> sin osar ver la luz de sus ojos bellos! ¡Ella, docilidad y humildad, era temida cual si en tan celestial candor pudiera despertar un fugaz pensamiento de rebelión!

---

<sup>23</sup> Relativo a Febo, nombre de Apolo, como dios de la luz o del sol.

<sup>24</sup> Base cuadrada de las columnas.

¡Jamás garza real tan pura fue presa de raptadores neblíes!<sup>25</sup>

¡Un egoísmo implacable se ensañaba en marchitar a la sombra aquella flor de luz, aquella flor de amor purísima y sagrada, que donaría la felicidad a la otra pobre alma solitaria!... Y, lo que pavorizaba el soñador enamorado: ¡la guardaría el opresor egoísmo para un odiado señor sin corazón y sin alma, para un espíritu mezquino y plebeyo! ¡Y tanta inocencia, y tantos soberanos dones irían a sepultarse en la vulgaridad de un enlace sin amor, para declinar y morir como habían florecido, en el sacrificio inútil de una abnegación ignorada! ¡El artista sublevábase ante un cruel pensamiento! Imaginábasela vestida de blanco, cubierta de azahares, con la resignación de los seres débiles inmolados por la fatalidad, pálida y desmayada dejar para siempre el hogar de geranios en flor... Y al pensar que no iba a llevar la felicidad a la soledad que la esperaba, la del apasionado solitario, ¡una saeta mortal lo hería en el corazón!... ¡No!... ¡No era posible! ¡Ella no podría disipar un sueño tan hermoso!... ¡La obediencia obedecería el impulso de su corazón, y sería obedecida merced a su vida inmaculada! ¡Ella vibraría hoy por el despertar de la vida, por la simpatía y la afinidad de dos almas que parecían haberse fusionado en una sola eclosión simultánea de amor!... Proclamaría su

---

<sup>25</sup> Aves de rapiña.

derecho agosto y sagrado de mujer, herido con la amenaza del claustro...

Y el golpe fue súbito, centelleante:

—¡Ni os he amado, ni os amo, ni os amaré jamás!

Y aquella noche, tras el breve crepúsculo esplendorosamente pavoneado, en la solitaria pradera manchada por los moribundos lagos del valle maldito, evocador de espectros errantes, el doloroso artista iba abrevando en el agua amarga del infortunio su sed sardónica de amor, y febril y angustiado y tenebroso vio ennublecen en su alma negra.

## EL ENTIERRO DE LA SARDINA<sup>1</sup>

**A** las cuatro de la mañana de la Domínica de Pasión, el baile del Entierro de la Sardina, en el Nacional<sup>2</sup> hoy extinguido, estaba en todo su esplendor. La orquesta rompió dos danzas compuestas por Villanueva en aquel Carnaval memorable, *Venus y Cupido*, y una ola de alegría insólita, una ola desbordante de placer, una ola avasalladora de júbilo inundó la sala en plena orgía. Las mujeres, las bacantes modernas envueltas en amplios dominós<sup>3</sup> rosa, verde, violeta, salmón, anaranjado o blanco, habían botado

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año V, núm. 7, primera quincena de abril de 1902, pp. 101-104. En distintas localidades de España e Hispanoamérica se le conoce como “Entierro de la Sardina” al fin del carnaval del Miércoles de Ceniza; de forma simbólica realizan la quema de alguna figura, comúnmente sardinas.

<sup>2</sup> Refiriendo a una nota periodística de *El Nacional* (periódico de México que duró de 1880 a 1918), que anuncia el carnaval del Entierro de la Sardina, el quinto domingo de cuaresma.

<sup>3</sup> Una prenda de ropa que llega hasta los tobillos.

los antifaces inútiles, y sus ojos ebriantes de amor y deleite, sus ojos cabrilleantes de pasión, despedían fulgores intensos, ardían en la fiebre sensual atizada por el alcohol; sus bocas bermejas vivían como flores de carne, purpúreas y quemantes en su frescura incitadora, y entreabiertas dejaban ver los dientes menudos y blancos semejantes a granizos, y la lengua de elasticidad de sanguijuela encarnada cuyo destino de vampiro era succir<sup>4</sup> la vida.

Los cuerpos de las danzadoras se escorzaban en espasmódicos anudamientos de serpiente, y las sedas plegábanse modelando los torsos enhiestos y cupulados, las caderas poderosas en desarrollo gimnástico de amor; los hombros nacarados de poro marmóreo emergían de los escotes blondados y audaces, y los pechos hemisféricos y las gargantas tonalizadas por Rubens<sup>5</sup> cotizaban el precio de la moderna esclavitud del gineceo.<sup>6</sup> ¡Pero quién pensaba en esas cosas!... El coro de risas sonoras y frases impúdicas melopeyaba<sup>7</sup> el ritmo sensual de las danzas creadas por un artista apasionado, y la juventud eterizaba<sup>8</sup> el ambiente caldeado, lo impregnaba de

---

<sup>4</sup> Succionar.

<sup>5</sup> Podría referirse a Pedro Pablo Rubens, pintor alemán del siglo XVIII que perteneció al barroco.

<sup>6</sup> Estancia que poseían las grandes viviendas de la antigua Grecia de uso exclusivo para mujeres.

<sup>7</sup> Que se dicen con un tono rítmico, como si fuera poesía.

<sup>8</sup> Volvía etéreo el ambiente.

hálitos almizclados y enervantes.<sup>9</sup> La luz reía locamente en los matices y las irisaciones de las sedas, en los peinados caracoleantes de las cabelleras comparables a cascos aquilinos, en los solitarios prendidos como arácnidos de luz a las orejas encendidas, en las sartas de las agrupadas en torno a las gargantas mórbidas; y las joyas y las sedas despedían reflejos lumínicos refrangibles<sup>10</sup> de matices cambiantes.

Al golpear de los timbales que llevaban el ritmo del ballet criollo, se unía la salva de los taponazos de la champaña descorchada, y el glu-glu de la risa loca de las botellas que vaciaban su vientre, armonizaba con las carcajadas cascabeleantes de las hechiceras blondinas de crenchas y ojos de oro, azul y oro, cielo y sol, y de las morenas de crenchas y ojos de azabache, de ojos moros, de apasionados y ojerosos ojos penumbrosos y rutilantes que despedían en reflejos de centellas la luz fulminadora del amor y del mal.

Entre las danzadoras había una, pecadora insaciable, que llamaba poderosamente la atención. Era pequeña, luminosamente pálida, pero con esa palidez enferma de las antillanas que florecen a la orilla del mar; y por un capricho de la raza veguera<sup>11</sup> que produce mujeres morenas de vellazón negra, por un

---

<sup>9</sup> Que huele a almizcle, sustancia utilizada en perfumes, proveniente de la excreción de las aves, altera los nervios.

<sup>10</sup> Cuando los rayos de luz van en distintas direcciones.

<sup>11</sup> Personas que vienen del campo.

contraste encantador, la danzadora era rubia, de un rubio de oro, de un matiz de crisantema besada por el sol; las hebras de oro de sus pestañas, las estrías de oro de sus ojos violetas, la pincelada de oro de sus cejas abiertas, los copos de oro que asomaban bajo el arranque de sus desnudos brazos blancos, la copiosa mata de cabellos blondos empenachados cual un casco de oro sobre la albura<sup>12</sup> de su tez, de su nuca rubia, de su frente nítida, de sus lóbulos encendidos, dábanle una belleza crisoelefantina<sup>13</sup> de concha nácar transparente, proclamaban su nombre de guerra, *Concha la Sardina*, la pecadora codiciada que vestía esa noche un dominó matiz de carne maculado de golpes de oro.

Iba y venía, ágil, flexible, undulante, rieladora,<sup>14</sup> hendiendo aquel mar atronador con sus aletas invisibles de pez-volador en zig-zagueo incansable. Tan pronto se zabullía<sup>15</sup> esquivando el ataque violento de un abrazo codicioso, como aparecía a flor de ola, sobre la marejada de fracs negros y encarnados, con una copa de champaña en la diestra, enviando besos en las yemas de sus dedos de rosa a sus aclamadores. Yo la seguía desde hacía breves horas con mis ojos encantados de su gracia frágil, plegadiza, movediza, cual si su médula estuviese lubricada de azogue;<sup>16</sup>

<sup>12</sup> Blancura.

<sup>13</sup> Escultura realizada en oro y marfil.

<sup>14</sup> Revisar la nota 10, p. 236.

<sup>15</sup> También zambullia, sumergirse.

<sup>16</sup> Mercurio.

su nerviosidad incesante hacía que se la imaginara mitad mujer y mitad pez, rutilante y bifurcada en su extremidad serpeadora al través de aquel mar en brama, donde los tritones y los centauros acuáticos no por estar desposeídos de la forma fabulosa eran menos bestiales en sus instintos...

¡Y ella reía nerviosamente, y de su garganta comparable a un cristalófono<sup>17</sup> surgían las notas áulicas semejantes al gorjeo de la flauta de Pan!...<sup>18</sup> ¿Cómo era posible tanta alegría en aquel pobre corazón destrozado...? Porque me había contado su historia pocos días antes, en la fiesta galante y campestre que había invadido como una ráfaga loca la soledad del cabrío,<sup>19</sup> y en la que Concha, viniendo hacia mí con su turbadora impaciencia nerviosa, me dijo zalamera<sup>20</sup> ante la tristeza insólita de mi adolescencia en plena fiesta:

—¿Qué te pasa, chico?... Me das pena, ¿sabes?... ¡Cuenta!...

Ornoz,<sup>21</sup> que la cortejaba en privanza aquel día, la dejó galantemente a mi lado, y entonces ella, contagiada por mi breve queja de hastío, sintió despertar en su corazón la nostalgia dormida con el

<sup>17</sup> Una especie de instrumentos musicales fabricados en cristal.

<sup>18</sup> El instrumento que tocaba el dios Pan, de la antigua Grecia, incita a la fiesta.

<sup>19</sup> Forma de referirse a las cabras.

<sup>20</sup> Revisar la nota 15, p. 170.

<sup>21</sup> Revisar la nota 26, p. 150.

sopor de los nocturnos placeres, y ante los arbustos primaverales cuajados de dones, abrió el espejismo del pasado.

Era habanera, pero antes de los esplendores orgiásticos de Teniente Rey había tenido los esplendores de su pequeño palacio alzado al margen de la bahía. Hasta allí la siguió una tarde un oficial de marina, que puso cerco al palacio hasta que logró rendir a la rubia Concepción, mientras el padre de ella estaba ausente en su viaje anual a Canarias con su barca velera cargada de tabaco. La pobre niña apasionada y romancesca sintió el amor con la ternura vehemente de su nerviosidad precoz; amó al marino con un frenesí delirante, se entregó a él en donación absoluta, no vivió sino para él y por él. Y un día el seductor desapareció, y en vano ella le esperó noche tras noche; no volvió ni volvería jamás; había sido trasladado súbitamente a Filipinas y debía morir de insolación en Oceanía.

Ocho meses después era arrojada ignominiosamente de su casa, por su padre que volvió de África; y la desdichada en víspera de dar a luz, fue de puerta en puerta pidiendo refugio, hasta que un alma compasiva, una matrona clandestina, la recogió de la calle y la alojó en su casa, para resarcirse apenas pasando veinte días del parto. Desde entonces principió un descenso rápido a las simas del mal. Fue explotada por las aves de rapiña sucesoras de los negreros, por los traficantes de carne humana, para quienes no se ha abolido aún el derecho de

trata de esclavos; proxenetas y celestinas<sup>22</sup> cayeron sobre aquel inexplorado placer de oro como gambusinos, saquearon su juventud con avidez de ogros, hicieron subir aquella rubia onza de oro en el mercado fangoso de usureros y banqueros, de truhanes desdentados en el viejo, viejos zorros para quienes son siempre los más tiernos bocados; los mantenidos de oficio, la canalla de toreros y chulos, vinieron a su vez a rondar la fácil presa que en su ignorancia de la vida dejábase arrullar por la falsa y necia música de amor; y dejando jirones de su corazón impresionable y sensitivo en cada una de aquellas páginas galantes, encontróse un día poseedora de la ciencia amarga del desencanto, hastiado de querer y de sentir, hundida en una vorágine de orgía perpetua, en una nocturna bacanal interminable en la que resplandecía su peregrina hermosura rubia a despecho de los excesos diarios. Su seductor había muerto, su padre había muerto de oprobio<sup>23</sup> y soledad, su hijo había muerto en el orfanatorio: hizo un balance de su vida y se encontró con un harapo de seda y briznas de diamantes en las orejas y en los dedos por único caudal, después de haber enriquecido a sus amos con el río de oro que había pasado por sus manos, y despechada se despojó de sus jo-

---

<sup>22</sup> “Proxenetas y celestinas” es de uso coloquial, se refiere a gente que busca emparejar personas.

<sup>23</sup> Dishonra.

yas, después de una escena tremenda con la matrona a quien adeudaba una cantidad enorme tras prolijo resumen, y se embarcó para México, tentada por una tratante también, según su inexorable destino.

Y en la ciudad de placer, la misma vida, la misma horrible vida de la que ya estaba cansada, a pesar de su juventud y su hermosura persistentes, vivaces, radiosas, semejantes a esas flores extrañas que crecen en el fondo de una fuente de aguas termales. ¡Ah, sí!... Su vida había sido maldita, desolada, ardiente y luminosa y combustible como la vida fugaz de una luz de pirotecnia... Ante aquella tarde que agonizaba primaveralmente sobre los ramajes floridos del cabrío, la pobre Concha había abierto el espejismo del pasado y soñaba... soñaba... ¡un sueño imposible!... ¡Oh!, ¡qué pura y qué buena hubiera sido, poseedora de aquel tesoro de amor y sensibilidad y ternura! Qué raudal de celeste amor deshecho en lluvia había caído en vez de sobre un prado, sobre los pantanos del mal... Y en vez de hacer brotar flores y de fecundar cariños santos, había hecho brotar pasiones turbulentas, deseos violentos, celos tenebrosos, mezquinos odios plebeyos amasados con amores efímeros cual la llamada carnal que los atizara... Y ella soñaba, ante aquella tarde luminosa que sosegaba con su bienhechora frescura la faunalia<sup>24</sup> extinguida, en un rompimiento inesperado con su antigua vida, en un

---

<sup>24</sup> Festival italiano dedicado al dios Fauno.

paréntesis consolador de paz venturosa... Y ágil, viva, voluble, comparable a una mariposa dorada, a una crepuscular mariposa de luz, habíase batido en los rosales cuajados de dones, y volvía con muchas flores diciéndome apresuradamente:

—¡Tenlas, son para ti...!

De súbito, en este instante, un estruendo me despertó bruscamente de mi abstracción; dos concurrentes, el uno pálido, de corrida barba negra, y el otro membrudo y afeitado a la americana, habían derribado la mesita cubierta de vasos y botellas, donde bebían, en inesperada acometida, y se habían plantado frente a frente en medio del baile, bajo el candil constelado de luces moribundas; la muchedumbre arrollada, les había hecho campo en azoramiento expectante; la policía habíase precipitado sobre los reñidores que se medían con airados ojos salvajes, e iba a sujetarlos, cuando uno de ellos, el joven exangüe de la barba negra, extendió las manos en ademán de suspender toda acción y de pedir que se le escuchara. Y con una calma admirable, aunque en voz trémula, dijo lentamente:

—No ha sido nada... ¡Pido tan sólo un instante de atención!

Paseó los ojos en torno, y cerciorado de la curiosidad auditora, volvióse a su rival:

—¡Que ella decida cuál de los dos!

El joven afeitado asintió después de una vacilación, inclinando el rostro, sin proferir palabra, y entonces el barbudo gritó vibrante:

—¡Concha!

Me levanté de un salto en la penumbra de la platea<sup>25</sup> que ocupaba en compañía de Oronoz, y vi adelantarse a Concha sonriente, ebriante, con sus luminosos ojos violetas estriados de luz de oro...

—¡Concha! —volvió a exclamar el joven lívido—, ¡escoge entre él y yo!

Concha flameó una mirada de cólera sobre el increpador, envolvió en otra mirada de amor al joven membrudo, y luego, sin decir nada, fue hacia él y se prendió a su boca en un beso sonoro.

Un murmullo creciente asintió que todo había terminado y la orquesta reanudó su danza rota, en tanto que el joven de la barba negra doblaba la cabeza, vencido, vacilante, a punto de caer; la policía lo vigilaba teniéndolo a raya, pero su dolor manifiesto infundía la confianza y despertaba compasión, cuando de súbito alzó los ojos, y al ver que Concha se alejaba enlazando la cintura de su rival, como un tigre, de un brinco, salvó la distancia que lo separaba de ella y centelleante hundió una daga, entera, en la espalda de Concha.

...

---

<sup>25</sup> El palco de un teatro.

Al siguiente lunes, una mañana brumosa y fría, me encaminé solo al Hospital Juárez, y gracias a mi amistad con el practicante Jordán pude entrar al anfiteatro.

¡*Concha la Sardina* yacía en la plancha, semicubierta por un sudario, blanca, blanquísima, con sus floridos cabellos sueltos, con sus ojos apagados y su sonrisa helada para siempre! El lavado piadoso de la muerte había sido hecho con pulcritud por una juventud admiradora de la belleza y respetadora del enigma tremendo, y la muerta, exangüe y divina, con la divinidad de la esfinge, parecía esperar una ofrenda amiga, un homenaje póstumo a su desesperanza infortunada...

Y tras el viaje al través del Valle helado con las ráfagas del norte, cortejando el entierro de *Concha la Sardina*, devolví el don de rosas frescas y evoqué bajo el sudario de flores, la imagen de una rubia primavera muerta...



A las cinco de la madrugada se despertó Felipe en su lecho de soltero con una lasitud<sup>2</sup> antigua en él, pero cada día más acentuada y deprimidora.<sup>3</sup> Su primer movimiento fue echar la cabeza a un lado y buscar a la luz tenue del alba que penetraba por los intersticios de la ventana de su alcoba, el tazón de porcelana nítida y lechosa donde vertía diariamente las amarguras que henchían su pobre organismo gastado y perturbado no ya a intervalos, como hacía apenas breves años, sino crónicamente, con persistencia de trabajo minador de himenópteros<sup>4</sup> que al fin viene a derrumbar un edificio en apariencia joven. Con un gesto de horror depositó el tributo diario de su acre

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año V, núm. 16, segunda quincena de agosto de 1902, pp. 244-246.

<sup>2</sup> Falto de fuerza.

<sup>3</sup> Deprimente.

<sup>4</sup> Revisar la nota 8, p. 208.

boca envenenada, intoxicada por los tósigos<sup>5</sup> que en forma de excitantes, de mentidos rehabilitadores fugaces, dejaban caer su espíritu cada vez más bajo, en tanto que iban acreciéndose las dosis y los jugos de la vida degeneraban en el laboratorio combustionador de su organismo.

¡El acíbar<sup>6</sup> de la relajación orgánica, el acíbar de la relajación moral, habían emponzoñado su alma y su cuerpo! A medida que los días y los años volaban, habíanse llevado los cabellos y las ilusiones de Felipe, así como sus sentimientos generosos y sus bríos vivaces; cansado, enfermo de voluntad y de impulsión, desencantado y deprimido por los excesos cotidianos, esperezóse con gesto de fastidio, pasóse los dedos por los párpados hinchados, los dedos culoteados cual si fuesen pipas malolientes a tabaco, y después dejó caer los brazos en cruz, fatigado de haberlos levantado.

Quien hubiera contemplado a Felipe, desaliñado y sin el atildamiento<sup>7</sup> del vestuario que hacía de él uno de los jóvenes más distinguidos y elegantes del flaneo<sup>8</sup> diario por los bares, habría visto la realidad destructora de una juventud malograda, la intimidad vergonzante de aquel rostro ajado y marchito,

---

<sup>5</sup> Tiene dos acepciones: se refiere al veneno o a la angustia.

<sup>6</sup> Amargura.

<sup>7</sup> Arreglo o aseo.

<sup>8</sup> Revisar la nota 6, p. 94.

cubierto de una palidez malaria, los ojos enrojecidos por la fatiga de un sueño pesado y torpe, poblado de aterradoras visiones de pesadilla; el cuerpo desgonzado y dolorido cual sin en vez del descanso hubiera terminado un trabajo abrumador. El agotamiento de sus espaldas y la atonía de su cerebro hueco necesitaban el latigazo de la ducha para reaccionar; pero entre tanto se decidía a cometer la acción heroica de recibir la impresión deleitosamente espasmódica de las mil flechas heladas que se embotan en la epidermis, saturándola de frescura azuzadora del galopar de la sangre en las arterias, dominado por la postración consuntiva de su juventud agostada, echóse a soñar, como a menudo le acaecía, en la edad plenaria de su adolescencia indolente, confiada en su fuerza latente a semejanza de la soñolencia del puma, tardía en resolver el problema enojoso de la vida, puesto que tenía ante ella la panorámica esplendorosidad del sol en orto.<sup>9</sup>

Pues que su pasividad de vegetativo soñador se condensaba en las sobresalientes de contemplación e irresolución, habían buscado siempre del río de la vida, tumultuoso e incontenible, los recodos umbrosos en los que ponía flotar sin ser arrollado, las márgenes besadas por el oleaje moribundo y murmurante, en las que destacaba su inmovilidad insólita como las zancudas arbóreas que sueñan en

---

<sup>9</sup> Que se halla en el horizonte, tanto para salir como para entrar.

los ribazos, hundido el retráctil cuello lírico en el plumón del buche.<sup>10</sup> Un amor, breve y lejano ensueño, había perfumado la fragancia de su adolescencia venturosa como una ráfaga lejana, precursora del alisio<sup>11</sup> que debía aventarlo bien distante de sus praderas nativas; y a partir de su éxodo<sup>12</sup> de lucha, no recordaba que algún otro amor hubiese abierto su *fata morgana*<sup>13</sup> de oasis en su soledad peregrinante. La lucha, siempre la lucha, árida, ruin, de perros hambrientos a quienes la esperanza arroja un hueso que roer, había henchido con su entusiasmo irrisorio el vacío de su vida, de lo que constituye la verdadera vida: ¡amar, ser amado! –¡pues fuera de eso no existía la vida!–, y aturdido en la orgía de placeres vulgares, no vio que los años volaban, lentamente, en vuelo insensible, pero que no debían tornar.

Los primeros tiempos de su arribo al estadio de ambición retadora fueron de ardorosa fiebre de gloria. La embriaguez de triunfar absorbió sus facultades convergiéndolas a un fin; desdeñó el amor, la única fuerza de cohesión que blindaba y templaba una

---

<sup>10</sup> La imagen poética “plumón del buche” podría referir a que estaba cabizbajo. El *buche* se refiere al pecho y *plumón* son las plumas interiores del ave, con la cualidad de que son muy suaves y vistosas.

<sup>11</sup> Un viento que proviene del nordeste o sureste, dependiendo de la región.

<sup>12</sup> El emigrar de un poblado.

<sup>13</sup> El *fata morgana* es una expresión italiana para referir una ilusión óptica.

vida en lucha, y sintió de veras la plenitud de su ilusoria fuerza, porque tenía entonces cuatro lustros. Desdeñó el fin de la vida con el aturdimiento de los seres fracasados a quienes les falta campo de acción, que se sueñan personajes de una tragedia esquilina<sup>14</sup> y no son sino débiles marionetas en los dedos ágiles de los más fuertes.

El hombre crece, florece, fructifica y muere. Felipe había crecido y florecido, mas habíase quedado suspenso a la mitad de la ruta: era, pues, un incompleto, un ser errado en su misión. En la edad en que el hombre despliega su poderío conquistador; en la edad en que caen uno a uno los pétalos de la brillante garzonía<sup>15</sup> para dejar asomar el fruto cuajado y nutrido, el joven veía marchitarse su lozanía floreciente, caer una a una las mejores galas de su juventud, sin que la única primavera de su vida hubiera logrado un solo fruto.

Y los cultivadores del campo de la vida, los hijos leales de la madre tierra que habían acariciado una esperanza en aquel ser apto, facultado para amar, luchar, fructificar y devolver a la vida el divino don que de ella había recibido, se alejaban –él lo veía bien –de su parasitaria pasividad de seta, de su inutilidad infecunda, que en avidez desenfadada de

---

<sup>14</sup> Se refiere a Esquilo, dramaturgo griego, gran representante de las tragedias.

<sup>15</sup> Revisar la nota 14, p. 95.

placeres no había hecho sino usurpar el puesto a la buena simiente, absorber los jugos de la savia nutridora que a él lo había colmado de bienes, a expensas de quién sabe cuántos desposeídos.

La inteligencia, la audacia, la perseverancia, la firmeza, el predominio por su percepción rápida de los hombres, todas esas cualidades habíanle sido donadas con largueza, y él, desdeñoso, había se acostado a soñar sobre los céspedes floridos de su adolescencia, había buscado siempre el río de la vida, los recodos penumbrosos para flotar sin ser arrollado. ¡El amor habíale gritado “ama”! ¡El trabajo habíale gritado “trabaja”! ¡El dolor habíale gritado “duélete de las miserias humanas”! Pero él no había atendido sino a la bestia insaciable que azuzaba sus instintos, al hermoso animal carnicero ávido de placeres, de nariz movable, glotonamente olfateadora, y garras y dientes de acero, de espina dorsal electrizada por el goce, de pupila dilatada por el espasmo, de sed de sangre caliente succida<sup>16</sup> por el placer.

¡Mentira los anhelos nobles!, ¡los falsos altruismos!, ¡las pasquinadas de pundonor<sup>17</sup> y generosidad! ¡En el fondo no alentaban sino el macho cabrío saturado de lascivia, el tigre envenenado de odio, el cerdo ahogado de fango!

---

<sup>16</sup> Revisar la nota 4, p. 246.

<sup>17</sup> Revisar la nota 8, p. 114.

Había elegido de las armas que le brindara galantemente su fortuna de escogido, el puñal y el veneno, el *hatchis*<sup>18</sup> de la palabra para corromper almas y la hoja damasquina<sup>19</sup> de la perfidia para herir de muerte en la sombra. Con el zumo venenosamente precioso de su frase, había infundido en espíritus menos fuertes que el suyo los afectos que le convenía explotar en bastarda hipocresía: el amor, la amistad, la compasión, la simpatía, según que fuese a herir la sensibilidad en las fibras vibrátiles a sus fementida<sup>20</sup> seducción.

Con la daga pérfida de su sugestión demoniaca había herido los orgullos para lanzarlos unos contra otros como perros rabiosos, había herido los corazones con súbitos saetazos de rencor, de duda, de desencanto, había clavado en el alma como el colmillo de una víbora, el cáncer corrosivo de los celos.

Pero de todas aquellas pasiones sublevadas por él, puestas en lucha por su perversidad idiosincrásica, habían salido ilesos o habían sido fulminados en la catástrofe los seres que lo rodeaban. La lucha, la acción prepotente y arrolladora, había arrebatado en sacudida formidable de marejada aquellos organismos pensantes que habían dado el espectáculo soberbio de la pelea... mientras él, Felipe Juarranz, el

---

<sup>18</sup> Es una hierba utilizada como estupefaciente.

<sup>19</sup> Revisar la nota 32, p. 201.

<sup>20</sup> Engañosa.

exquisito, el pulcro, el impecable, permanecía impasible, helado, indiferente, sin sentir el divino dolor de los vencidos, ni el flameante ardor de los vencedores.

A medida que los años volaban, Felipe fue descendiendo los peldaños de la degradación moral interna, más tenebrosa que la degradación ostensible, como es más lamentable la miseria oculta que la miseria haraposa del sol. El arbusto florido de su juventud fue despoblándose de flores. Huyeron los anhelos ardientes de gloria, los impulsos generosos de lid<sup>21</sup> caballeresca, la satisfacción alta del espíritu indomitable, cual parvada de páseres gárrulos,<sup>22</sup> y dieron paso a la plaga de moscas negras que bordonean en el ramaje triste de los árboles infecundos. Y las orgias nocturnas, los placeres plebeyos, las conquistas fáciles, las camaraderías vulgares de taberna, estancaron la corriente del agua alegre y murmuradora, y las lamas del hábito innoble tendieron su red eclípsadora del cielo reflejado en el haz de linfas muertas; y así la esbeltez petrónica de Felipe Juarranz transformóse en pasajera rubicundez gambrinesca,<sup>23</sup> y sus labios, y sus ojos, y sus cabellos, y su tez, marchitáronse tras la efímera eclosión sanguínea de salud espoleada en la diaria y devo-

radora combustión caquéxica<sup>24</sup> del alcohol, y a la degeneración orgánica de los tejidos, siguió con sus terribles pródromos<sup>25</sup> precursores la degeneración intelectual.

Su memoria fue debilitándose, apagándose, sufriendo interrupciones momentáneas que exacerbaban la acritud ictérica de Felipe; los hechos sobresalientes de su vida, fijos antes con fulgencia luminosa en su cerebro, aparecían ahora brumosos e imprecisos, indiferentes a su estoicismo de dipsómano.<sup>26</sup> La concepción de sus ideas era tardía, incompleta, vacilante y brumosa. Su lengua trabajosa y torpe, tartamudeaba a veces frases inconexas, esbozaba pensamientos oscuros, deteníase súbitamente paralizada en su acción y proseguía con una fatiga exasperante en trastrabilleo lastimoso. Al pretender fijar con la pluma sus elucubraciones antes fosfóricas, eclosivas, límpidas, escapábasele en huida burlesca, desvanecíanse cual un rayo de sol de una cámara que se cierra, y el eclipse antes raro, era hoy frecuente, persistente, y la voluntad vencida secundaba con su molicie la perturbación destructora, y Felipe Juarranz abandonaba el trabajo antes fácil, y huía a buscar en el alcohol el olvido de su derrota, a ahogar la vergüenza de su degeneración en la

---

<sup>21</sup> Buenos motivos.

<sup>22</sup> Aves que hacen mucho ruido.

<sup>23</sup> De Gambrinus, reconocido como el rey de la cerveza y su fabricación, en el folclore europeo, más en Países Bajos.

---

<sup>24</sup> Condición del cuerpo en la que se pierde peso y volumen muscular.

<sup>25</sup> Término científico con el que se define el inicio de una enfermedad.

<sup>26</sup> Alcohólico.

charla amena y fácil de la taberna, en la versatilidad epigramática<sup>27</sup> poco a poco también caída en pali-que plebeyo<sup>28</sup> y vulgar mordacidad.

¡La antigua alegría dionisiaca<sup>29</sup> pronto alzó el vuelo de la mesita de mármol del bar en que Felipe y sus amigos bien pudieron haber bebido en el carquesio homérica!<sup>30</sup> A las orgias juvenilmente epicúreas de antaño, sucedieron las embriagueces torvas, el desenfrenado frenesí de ahogar en alcohol los males orgánicos y las depresiones del espíritu sacudido noche a noche por la fulmínea<sup>31</sup> fiebre. Y de la sabatina perpetua en que el cabrío y las brujas y el gato negro eran substituidos simbólicamente por lascivias, visiones tenebrosas y cóleras satánicas, Felipe tornaba a su estancia solitaria dando traspiés, poseído de pánicos horribles, perseguido por la jauría aullante de sus visiones demoniacas, hasta que el coma caía en lava aplastante sobre el desgraciado, que al amanecer despertábase jadeante, sacudiendo sus pesadillas opresoras, desligándose las víboras constrictoras que le mordían en el corazón con ponzoñosos dientes inyectándole los venenos del pavor, del desencanto, del hastío, del miedo cerval a la muerte que estruja-

---

<sup>27</sup> Compuesto por epigramas, es decir, por un lenguaje perspicaz, algunas veces satírico.

<sup>28</sup> Una persona del vulgo, de clase social común.

<sup>29</sup> Refiriéndose a Dionisio, antiguo dios griego del vino y la fiesta.

<sup>30</sup> Vaso utilizado en la antigua Grecia.

<sup>31</sup> Adjetivo para referir algo que tiene la cualidad de los rayos.

ba con sus garras heladas las entrañas del fulminado neurasténico.

Un sudor frío, copioso, viscoso, inundaba el pecho esquelético del pobre visionario; los mechones de sus cabellos lacios adheridos a sus sienes pobladas de un rumor sordo, dábanle una apariencia de ahogado, aquella madrugada en que Felipe despertó en su lecho de soltero. Con terror indecible notó que, al pretender esperezarse,<sup>32</sup> sus piernas insensibles obedecían trabajosamente, presas de un hormigueo epidérmico que se exacerbaba al tender los músculos; agudos pinchazos le taladraban las rótulas de súbito, o ardores urentes<sup>33</sup> radiaban de un punto de su piel, cual si le desprendiesen vejigatorios, o sentía sensaciones dolorosas comparables a descargas eléctricas que le rompiesen la piel en violenta desgarradura.

Felipe Juarranz, atónito, presa de su pavor creciente, echó una ojeada al páramo de su vida y por primera vez vio hasta el fondo de su soledad parasitaria y nubló su cabeza el vértigo al asomarse al antro de su porvenir horrendo.

Vióse enfermo, abandonado, achacoso, alcoholizado, reumático, en el vestíbulo de la paraplejia por intoxicación del absintio<sup>34</sup> y sin fuerzas para defen-

---

<sup>32</sup> Quitarse la pereza.

<sup>33</sup> Que queman.

<sup>34</sup> Que proviene del ajeno, una bebida alcohólica.

derse porque era un vencido de la vida, carne de placer y de vicio. Y con la cobardía de los impotentes, y con el azoramiento de los mandrias<sup>35</sup> que han caído de muy alto porque no tuvieron alas para cernirse sobre todos los abismos, buscó la única solución al problema de su vida relajada, desquiciada y maldita.

Ana María era una criatura humilde, abnegada, resignada a la mediocridad perpetua de su orfandad; dotada de una flebilidad<sup>36</sup> suave y dulce, de una estructura ósea de pájaro, de una delicadeza sensitiva, de una timidez genuina, había sido destinada para el sacrificio, para la servidumbre de inconsciente esclavitud de las mujeres débiles. Cierta vez Felipe intervino al acaso para que a la viuda y a la hija les fuera dado trabajo constante por un año en el vestuario del ejército, y la señora con su finura nativa le abrió su casa, y desde entonces Juarranz fue el dominador en aquel hogar del que alejó a todos los aspirantes al amor de la bella Ana María, jóvenes humildes que se vieron eclipsados por el elegante flaneador de los bares, aunque se consideraran más dignos que él porque conocían sus orgías sempiternas.

Ana María era, pues, la única solución del problema de su vida. Las desamparadas esperaban sólo la palabra del salvador para rendirse a su voluntad. Él las había ocultado cuidadosamente sus hábitos

---

<sup>35</sup> Adjetivo que refiere a las personas de poco valor, inútiles.

<sup>36</sup> Flexibilidad.

viciosos, sus miserias morales y orgánicas, su degeneración lamentable. Deslumbradas por la pulcritud de Felipe en su exterior, ignorantes de la vida, creían en la alianza providencial con aquel joven en quien veían un brillante provenir: ¡él estaba convicto de ello! Podría dominar a su amplio albedrío, con tiranía de oriental en su hogar, donde se vería mimado, complacido, servido al pensamiento; ¡y podía engañar a los demás, ya que no podía engañarse a sí mismo, sosteniendo la mentira irrisoria de su superioridad histriónica! Y Felipe Juarranz, espereándose al fin a sus anchas, en un olvido momentáneo de los males que lo rondaban como hienas carniceras de carne putrefacta, dijo en un bostezo voluptuoso:

—Está resuelto: ¡hoy pido a Ana María!

Rosamunda se desperezó voluptuosamente en su lecho, como una soberbia gata friolenta. Blanquísima, de uñas rosadas en sus breves pies y en sus largas y frágiles manos, semejaba una sirena bajo el leve copo de espuma de su traje de dormir. Una de sus caderas, hundida en la seda, plegaba el nido como el buche esponjado de un cisne, y la otra arqueaba su curva comparable a un ala abierta de nítida garza real, cuyo plumaje abatido al vuelo en yacimiento undulante se plegaba a golpes modeladores de las bellezas de la hermosa.

Rosamunda pasó sus manos por las ojeras violáceas que circulan sus magníficos ojos grises estriados de oro; anudó con movimiento suave y lánguido sus trenzas desechas que se agolpaban a su frente inmaculada como un pétalo de camelia, y desper-

---

<sup>1</sup> Publicado en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año VI, núm. 4, segunda quincena de febrero de 1903, pp. 54-56.



tando completamente, sonrió son zalamera<sup>2</sup> sonrisa: era joven, deseada y libre. Había reconquistado su libertad de un solo golpe, por la adoración de que era objeto preciso para su madre, anciana señora de señorial orgullo indomable, que acariciaba una valiosa alianza para Rosamunda en la persona de un joven heredero de gran fortuna. Precisamente el día anterior había recibido la tremenda noticia de la confiscación de todos los bienes del prometido, por una serie de deudas contraídas en el juego y los placeres, y la anciana señora irguióse en su sillón de roble al saber la noticia, llamó a su hija y la dijo con solemnidad:

—La familia Blumer era la única digna de alianza con mi raza; pero puesto que el último vástago es un truhan, no tengo ya nadie que escoger para ti: eres, por tanto, libre para escoger a quien quieras.

La joven recordaba estas palabras con delicia. Sus caprichos de consentida habían sido obedecidos hasta entonces a una sola enunciación, y hoy quedaba destruido el único valladar<sup>3</sup> que había aceptado la joven porque halagaba su orgullo, aunque en el fondo no sintiese amor por Javier Blumer. Y puesto que había desaparecido el único freno a su ambición de ser cortejada, admirada, adorada por la brillante corte de satélites de su belleza victorio-

sa, Rosamunda veía abrirse ante ella un panorama de deseos en peregrinación hacia el trono en que imperaría la soberana hermosura de su cuerpo de Antíope del Correggio.<sup>4</sup> Vendrían a besar sus pies pequeños y a disputarse una sonrisa de su boca henchida de voluptuosidad, y una lánguida mirada de sus ojos sensuales, hechos para adormir con el fluido de su luz.

Y Rosamunda, saltando del lecho con agilidad sorprendente para sus opulencias carnales, de pie ante la luna veneciana, embelesóse en la contemplación de sus bellezas, sonrió a sus ojos desmayados de languidez, a sus brazos comparables a dos serpientes constrictoras de amor y muerte, a sus pechos semejantes a copas henchidas de besos salomónicos, a sus hombros hoyuelados<sup>5</sup> y ardientes. Llamó a su doncella, una frondosa negra haitiana que por capricho de Rosamunda presentábase todas las mañanas con esclavas en aros de oro; y la haitiana, como todos los días, la levantó gozosa en sus brazos y huyó con ella bajo una galería de cristales velados por espesos cortinajes hasta un pequeño estanque de transparente agua azulina donde volcó a Rosamunda, que era dicha con el rapto, la fuga y la zambullida, riendo

---

<sup>4</sup> Hace referencia a la pintura *El sueño de Antíope* del pintor renacentista Antonio Allegri da Correggio (1489-1534).

<sup>5</sup> Es una característica del rostro en la que se forman comisuras durante una sonrisa. En los hombros podría referir a que estaban muy perfilados.

---

<sup>2</sup> Revisar la nota 15, p. 170.

<sup>3</sup> Cerca, bloqueo, obstáculo.

espasmodiada por la caricia del agua envolvente, nadadora como una nereyda.<sup>6</sup>

La haitiana no tardó en reunírsele, reclamada por la loca alegría de la hermosa, y bien pronto las dos ágiles sirenas, persiguiéndose en vuelo natatorio, habrían hecho soñar a quien las hubiese visto en Amione perseguida en amorosa tritoniada...<sup>7</sup> El haz del agua cabrilleante se quebraba en opalescencias prismadas, y los fugaces escorzos de las ondinas<sup>8</sup> espléndidas, la una en su blancura marmórea, la otra en su negrura de azabache, flotaban o hendían al sesgo la cristalización licuada y esmaltaban a flor de agua su carne de cuarzo y ónix en un relieve palpitante, o reptaban en temblorosa inmersión cual dos peces de alabastro y de hulla rielando entre dos aguas.

Después, las estatuarias criaturas grumadas de rocío emergieron y se irguieron jadeantes, y la negra, vuelta súbitamente a la sumisión de sierva, enjugó a Rosamunda y la volvió a llevar en sus brazos al tocador; la ungió con esencia de violetas, la vistió un peinador de Birmania fimbriado de ibis<sup>9</sup> de oro, la peinó en bandas flojas que caían sobre sus lóbulos encendidos por la ablución, substituyó sus chapines

---

<sup>6</sup> Revisar la nota 17, p. 239.

<sup>7</sup> Amione es una región de Piamonte, Italia. // Tritoniada viene de tritones, criaturas de la mitología griega representados como hombres mitad pez.

<sup>8</sup> Revisar la nota 35, p. 130.

<sup>9</sup> Un tipo de ave.

turcos<sup>10</sup> por breves choclos ajustados sobre vaporosas medias de seda carne que transparentaban sus pies nerviosos, y hasta que Rosamunda estuvo visible, desapareció por pasillos interiores para dejar que la diosa fuese adorada.

Las primeras adoratrices fueron las señoritas de Sedano,<sup>11</sup> tentadoras rubias descendientes de californiana, que palidieron de envidia al ver la esplendorosidad de Rosamunda. La alegría de la bella pronto envolvió en su fluido a las blondinas,<sup>12</sup> que presenciaron el almuerzo de pájaro de la niña consentida, nutrida con fresas y cremas; ayudáronla a vestirse un traje nilo, del que surgía su cuello desnudo como el pétalo de una ninfea,<sup>13</sup> prendieron a sus gruesas trenzas con flecha de carey un sombrero de crisantemos y margaritas, y subieron al carruaje abierto que rodó por la brillante avenida radiosa de sol.

En la avenida, como siempre, todas las miradas seguían a Rosamunda, las de las mujeres asombradas o desafiadoras, las de los hombres codiciosas o soñadoras. El deseo y el triunfo concertaban un himno a la radiante peregrina que paseaba con insolencia inconsciente su libertad dominadora. Los jóvenes blasonados<sup>14</sup> por la fortuna disputábanse un

---

<sup>10</sup> Un estilo de sandalias provenientes de Turquía.

<sup>11</sup> Que provenían de Sedano, España.

<sup>12</sup> Una prenda de ropa, de seda, muy estrecha que se pega a la piel.

<sup>13</sup> Referente a las ninfas.

<sup>14</sup> Que portan el escudo de la familia, por lo general de la realeza.

saludo o una imperceptible sonrisa de Rosamunda, como los caballeros antiguos que servían ostensiblemente a su dama. Desde aquel día, Rosamunda, conquistadora, ató a las ruedas de su *landeau*<sup>15</sup> una víctima diaria. Los jóvenes flechados por los ojos desmayados de Rosamunda, caían a sus pies en adoración apasionada, rindiéndose esclavos de ojos tan bellos; pero Rosamunda estudiaba el carácter del amador en turno, con su percepción sutil de mujer intelectual pesaba las cualidades y las debilidades de sus rendidos caballeros en una sola entrevista procurada por ella, pero hábilmente atribuida a la casualidad. Con sagacidad femenina llevaba ingeniosamente su investigación escudriñadora a los dones que ella más estimaba en un hombre: la inteligencia contemplativa, la imaginación romancesca, la belleza plástica, pues Rosamunda convicta de su propia hermosura, no deseaba ser fecunda sino para dar una raza de dioses.

Y entonces fue cuando una noche de recepción en la Legación japonesa, Rosamunda conoció por su mal a un joven rumano agregado de plenipotencia, un noble brumoso y soñador, taciturno y bello como Antínoo.<sup>16</sup> Arnold Rosenthal escondía bajo sus pár-

pados semidormidos y nostálgicos, dos pensativos ojos violetas; poseía tez de andrógino, barba de seda y manos ducales<sup>17</sup> minuciosamente cuidadas; en la mesa ocupó la diestra de Rosamunda, la que intrigada por la sobriedad de palabra del rumano y por su peregrina belleza, quiso en vano saber de su propia boca algo secreto de su alma, inútilmente. La inquisición fue superficial: él no bebía, él no bailaba, él no flirteaba, él sufría a la música... Pero en su acento había tal inflexión insinuante, en su palabra había tal distinción de frases musicadas, en su porte había tal aristocracia, en la manera de servir a Rosamunda había tal cortesanía irreprochable, que la conquistadora sintióse cohibida, sorprendentemente intrigada de conocer el alma del joven exótico.

Desplegó la hermosa toda sus gracias y seducciones para cautivar al rumano impasible; lo asedió con mirada de adormideras,<sup>18</sup> con sonrisas enloquecedoras; pero el proseguía insensible, implacablemente ceremonioso ante la bella dama. Donóle ella el favor, codiciado por tantos otros, de ser electo paje de la bella en saraos y matinales,<sup>19</sup> de concurrir a las fiestas íntimas en la casa señorial de Rosamunda Clavé, en donde unos cuantos escogidos se agrupaban a adorar a la diosa envuelta en suntuosos

---

<sup>15</sup> Término francés, significa "carriola".

<sup>16</sup> Antínoo fue un joven considerado de gran belleza, del siglo I d. de C., amante del emperador romano Publio Elio Adriano. Tras la muerte del joven se le rindió culto.

---

<sup>17</sup> Revisar la nota 5, p. 61.

<sup>18</sup> Es la flor amapola, muy vistosa y de la que se extrae el opio.

<sup>19</sup> Compañero en las noches (sarao) y en las mañanas (matinales).

trajes vaporosos de gasas diáfanas, transparentes, impalpables, que ennubecían el joyante cuerpo de María de Padilla,<sup>20</sup> de la hechicera, reclinada en una *chaise longue*<sup>21</sup> cual Venus en una concha nácar.

¿Pero Rosenthal era un misógino irreductible? ¿Poseía la adoración del propio ser no con la cínica ostentación de un vicio, sino con la insensible naturalidad de una virtud? Esteta por organización, servía a Rosamunda por el placer que le causaba la contemplación de su soberana hermosura, con el amor que se siente a una estatua admirable, a una obra de arte perfecta. Su inclinación hacia la señorita Clavé fue platonizándose a medida que el trato diario hacía ver a Rosamunda como un tesoro hereditario, como una joya del Renacimiento heredada de abuelos a nietos, pues tan familiar era la presencia de Rosenthal en la mansión de la preciosa.

Para Rosamunda, en cambio, la simpatía que la presencia del rumano despertó en su alma vehementemente, apasionada y romántica de americana, bien pronto encendióse en amor, y ante los desdenes inconscientes de Arnold, en una pasión abrasadora. Velada de insinuación por educación y por sexo, la vencida sufría cruelmente ante la frialdad del elegido; aunque a menuda sorprendíale en muda con-

---

<sup>20</sup> Mujer de la nobleza española del siglo xiv, conocida particularmente por tener una vida clandestina de amoríos.

<sup>21</sup> Del francés: “silla larga para alzar las piernas”.

templación, en extasiado arrobamiento ante ella, Rosamunda comprendía dolorida que tal adoración era para su perfil helénico, para la onda armoniosa de su cuerpo de mármol; la confianza que la joven infundió en su privado hizo que él la pidiera tocados dibujados por él, copiados de los peinados de las antiguas estatuas de la divina raza soñada y plasticada por Scopas y Praxíteles.<sup>22</sup> Y la bella, con una amarga sonrisa complaciente, trenzaba sus copiosos cabellos negros sobre su cabeza atenea, ostentaba desnudo su cuello enhiesto de ninfea, impuso la moda de los peinadores semejantes a clámides<sup>23</sup> y de los velos comparables a peplos,<sup>24</sup> hizo transportar a sus jardines bosquecillos de laureles y desdeñó sus triunfos de virtuosa en Brahms y Rubinstein<sup>25</sup> por el aprendizaje de citareda.<sup>26</sup>

A todo se inclinó sumisa y enamorada; despreció la adoración plebeya que tanto la halagaba, y se concretó al vasallaje de una pequeña corte de amor, a ser la soberana de una pléyade de intelectuales, artistas delicados preferidos por el joven rumano para

---

<sup>22</sup> Escultores del mundo griego clásico.

<sup>23</sup> Prenda similar a una capa utilizadas en Grecia y Roma.

<sup>24</sup> Vestidura, sin mangas, ligera y ancha, utilizado por las mujeres de la antigua Grecia.

<sup>25</sup> Johannes Brahms (1833-1897) y Arthur Rubinstein (1887-1982), compositores y pianistas.

<sup>26</sup> Músico que toca la cítara.

la recepción hebdomadaria.<sup>27</sup> ¡Y en ella el ingenio de Rosamunda hacía prodigios por despertar una pasión en el alma de Rosenthal, inútilmente! Ni la coquetería parsimoniosa y aristócrata, ni la pasajera predilección de la voluble aparente por un rendido amator, ni el panegírico de algún otro, hecho con calor por ella en ausencia del elogiado, lograron despertar el más leve estremecimiento de Arnold. La joven apasionada, en quien el despecho no podía florecer sus adelfas<sup>28</sup> envenenadas porque amaba delirantemente, agonizaba de amor, languidecía de ternura en doliente reclamo no escuchado.

Su adoración por el joven llegó a tal punto, que fue para ella su visión constante, su alucinación perpetua, su tormento y su delicia contemplarlo indiferente y frío. Súbitamente habíase trocado de victima en víctima, no encontraba en el adorado sino complacencia galante, satisfacción de sentirse hermoso y amado, egoísmo indiferente para todo lo que no fuese su gallardía aquilatada por su exquisita educación caballeresca. Sus brillantes y pintorescos uniformes de agregado militar realzaban su belleza oriental; su privanza<sup>29</sup> cerca de Rosamunda Clavé habíale nimbado<sup>30</sup> con una aureola fascinadora que turbaba

---

<sup>27</sup> Que los reciben todos los días de la semana.

<sup>28</sup> Se refiere a un tipo de arbusto de laureles rosas, con la característica de que es venenoso.

<sup>29</sup> Un comportamiento apto para la situación.

<sup>30</sup> Decorar con una aureola.

a las mujeres y las hacía insinuarse en no difícil rendimiento.

Rosamunda veía con el temor de los amorosos no correspondidos, que en un instante iba alguna de sus rivales a arrebatarle su adorado, al que ella creía no haber podido conquistar con su deslumbrante hermosura, sus gracias y su fortuna, y ante esta última consideración, el amor de la pobre enferma del alma aquilataba las valiosas prendas del incomparable. Sentía celos inexplicados de una rival incógnita y como sus artificios no fructificaran, resolvió llevar su audacia hasta pedir y exigir de Rosenthal una entrevista nocturna en el propio camarín de la hermosa.

Rosenthal apresuróse a contestar en un pequeño billete blasonado, que iría a donde la señorita Clavé quisiese, pero sentía displicencia y contrariedad porque precisamente la noche de la cita perdería su habitual velada íntima en el cuarto de su amigo Hans Lehn, el exquisito pianista búlgaro en cuya compañía se deslizaban las horas como un sueño oyendo baladas *tziganas*...<sup>31</sup> Y Rosamunda, dichosa en espera de aquella suprema tentativa de conquistar al bienamado, aún a riesgo de comprometer irreparablemente su nombre sin mancha, se aprestó para desplegar en insuperable artificio sus seducciones y sus gracias; no deseaba sino que al mirarla tan bella y complaciente,

---

<sup>31</sup> Del francés *tzigane*, se refiere a baladas gitanas.

el rumano cayera a sus pies en adoración, para levantarlo y ostentarlo triunfante como dueño y señor de Rosamunda Rosenthal, nacida Clavé. ¡Pondría a su disposición su fortuna, sus palacios, sus tierras y sus minas, viviría donde él quisiese, sería suya en cuerpo y alma con tal de que fuese suyo! Y Rosamunda, embelesada en el sueño de su próxima felicidad, languidecía de amor en brazos de sus doncellas que la aromaban, la joyaban y la peinaban como para la noche de himeneo.<sup>32</sup> Resplandeciente, divina, surgía cual Venus del tocado hecho por las gracias cuando Haydee, la haitiana, vino a decir a Rosamunda con los ojos que Arnold esperaba en el camarín.

La joven despidió a sus doncellas y con el corazón palpitante prendió a sus cabellos de Berenice<sup>33</sup> un haz de peonias,<sup>34</sup> dio algunos golpes a los pliegues de su traje de recepción y entreabrió el cortinaje de la antecámara...

Pero súbitamente quedóse inmóvil, detenida por lo que veía.

Rosenthal estaba en pie frente a la luna veneciana; sus magníficos ojos orientales miraban fijamente, en una abstracción arrobada: Rosamunda creyó al pronto que la miraba a ella, pues Arnold, de espaldas a la entrada, quedaba frente a ella en la imagen

reflejada del espejo. Sintió Rosamunda un vuelco en el corazón y quiso avanzar, pero no pudo... sus ojos dudaban de lo que veía: el rumano, en una abstracción extasiada, entornaba sus párpados para contemplarse a sí mismo, con una expresión de placer tal, que Rosamunda como en una ráfaga vio descorrerse un velo en su inocencia: ¡aquel hombre se amaba, se veía hermoso en su propia imagen y se amaba!... Ella había leído aquel amor en una fábula antigua, en una metamorfosis de Ovidio...<sup>35</sup> Narciso se había amado a sí mismo y habíase convertido en flor... Y en otra fábula del exquisito decadente, Hermafrodito habíase transformado en la ninfa Salmacis...<sup>36</sup> Y el egoísta, insensible para todo amor que no fuese el monstruoso amor a él mismo, estaba allí, ante los ojos espantados de la hembra perfecta de la naturaleza, de la hembra por excelencia, facultada de sentir hasta el espasmo el amor, el placer, la pasión, el odio, el dolor, todas las formidables pasiones humanas, y aquel hombre ególatra y neutro se adoraba en su propia efigie, insensible a su crimen, inconsciente de su degeneración orgánica, muerto para todo sentimiento alto, para toda vergüenza y todo honor.

---

<sup>32</sup> Noche de bodas.

<sup>33</sup> Revisar la nota 31, p. 71.

<sup>34</sup> Que proviene de la región de Peonía, de la antigua Macedonia.

---

<sup>35</sup> Publio Ovidio Nasón, poeta romano del siglo I a. de C., autor de *Las metamorfosis*.

<sup>36</sup> En la mitología griega, Salmacis era una ninfa de la región de Frigia, que se enamoró de Hermafrodito. Aparecen en *Las metamorfosis* de Ovidio.

Rosenthal se aproximó al espejo... avanzó sus labios y entornó los ojos...

Y Rosamunda, que se sentía desfallecer de angustia y de dolor al ver su desencanto, irguióse electrizada ante aquel acto supremo de impudor y abyección, y lanzando un grito ahogado que hizo volverle a Rosentahl sorprendido, abrió de par en par los cortinajes y ordenó en voz fulminadora, extendiendo la diestra inexorable:

—¡Salid!



**Título:** *La muerte llegó de improviso*

**Autor:** Julio Ruelas

**Año:** 1906

**Técnica:** Grabado, punta seca

**Medida:** 29.2 cm x 38.4 cm



DESCARGA

LA COLECCIÓN COMPLETA



*El nocturno en sol (Chopin) y otros cuentos*, de Rubén M. Campos, se terminó de editar y digitalizar en junio de 2023, en el Departamento de Letras Hispánicas, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Campus Guanajuato, de la Universidad de Guanajuato. La edición estuvo al cuidado de Alejandro Ramírez Medina y Flor E. Aguilera Navarrete.

UNIVERSIDAD DE  
GUANAJUATO



Ediciones  
Universitarias

LECTURAS  
VALENCIANA